



Entre sueños, ausencias y resistencias

Crónicas de vida de
personas LGBT
víctimas del conflicto
armado en Colombia



Embajada de Noruega

Entre sueños, ausencias y resistencias

Crónicas de vida de personas LGBT
víctimas del conflicto armado.



Embajada de Noruega

Entre sueños, ausencias y resistencias: Crónicas de vida de personas LGBTI víctimas del conflicto armado

Corporación Caribe Afirmativo

Luisa Fernanda Gáfaró Duque

Julián David García Murcia

Autoras

Alfredo Bula Beleño

Revisión

Wilson de Jesús Castañeda Castro

Director

Daniela Brache Caballero

Diagramación y portada

Daniela Brache Caballero

Carlos Insignares Cuello

Ilustraciones

978-958-53473-6-6

ISBN

www.caribeafirmativo.lgbt

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Embajada de Noruega. Los contenidos de este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores y no necesariamente reflejan los puntos de vista del gobierno de Noruega.

*Comprender cómo los cuerpos reunidos
o conectados pueden producir, y de hecho
producen, nuevas formas políticas.*



Judith Butler

Contenido

Prólogo: Narramos para vivir.....	7
Escribir, también es resistir.....	15
Amar en la diversidad como puente para sanar las heridas	31
Historias que inspiran: El liderazgo y valentía de una mujer trans en Montes de María (Bolívar)...	41
Amar para resistir y resignificar la propia historia	53
“A mí no me reconocen por la diferencia, me reconocen por la igualdad”	63
“Hay mucho dolor y preguntas sin respuestas, pero la vida sigue”	75
La valentía de reconocerse diverso en medio del conflicto armado en los Montes de María	85
“¡No voy a permitir que el miedo me gane!”	97
Resistir entre aguaceros de indiferencia	107

“Mi hija solo era diferente”. Ser padre de una mujer trans en medio del conflicto armado	117
La vida puede ser un desplazamiento constante cuando se es una mujer trans en medio del conflicto	127
“Mis liderazgos yo no los cambio, porque mi lucha es contra la impunidad”	139
Entre las riberas de los sueños inmortales	151
La familia que elegimos: Colectivas LGBT, hogar y resistencia frente al conflicto armado	161
“Seguir en pie y no desvanecer”	175
“¡Yo soy lo que soy!”	185
Entre tintes y tijeras: Memorias y resistencias trans en el Magdalena Medio	193
Los colores de la ausencia	203
Cuerpos y territorios: La resiliencia frente al conflicto armado urbano en la Comuna 13 de Medellín	215
Ser LGBT siempre ha sido de resistir cada día	227
Bibliografía	240

Narramos para vivir

El conflicto armado arrebató muchas cosas a las víctimas, vidas, seres queridos, tierras, proyectos de realización, entre otras. Pero si algo pervivió a pesar de la adversidad fue la capacidad de narrar, contar o expresar de múltiples maneras las experiencias, dolores y temores que este generó en sus vidas. Por esa práctica connatural de la oralidad, ha sido posible la transmisión casi ritual de esas situaciones de riesgo y precarización que nos permiten hoy, como aporte a la construcción de paz, construir memoria desde la polifonía de voces y la riqueza transformadora de sus relatos.

Las personas LGBTI hacen parte de este grupo de ciudadanos y ciudadanas colombianas que, profundamente convencidos que podemos construir un país en paz, contribuyen a la memoria con sus voces, a veces acompañadas del ritmo de sus sueños que se niegan a perder, o del sonido de la esperanza que recrea el ambiente que en otrora fue silenciado, que serán las únicas herramientas que, en un territorio destruido por la violencia, permitirán que la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición sean el espacio ideal para la reconciliación y construcción de una nueva sociedad.

Las historias, que pasan de voz a voz en espacios de tertulia o de conversación como mecanismo sanador, han mantenido viva la memoria de las personas sobrevivientes del conflicto armado y nos han permitido caminar por senderos que sus historias han creado y recreado. Ellas han operado como actos de resistencia ante la ausencia de garantía de derechos y discriminación naturalizada que hicieron más difícil sus proyectos de vida, pues desató formas desproporcionales de violencia hacia aquellos grupos poblacionales que en la estructura social estaban excluidos y podían ser olvidados. Esto trajo consigo múltiples violaciones a los derechos humanos de lesbianas, gais, bisexuales, trans e intersex, imponiendo una relación motivada por los prejuicios hacia la diversidad sexual y la expresión de género, que hizo que muchas personas de este grupo poblacional crearan mecanismos de supervivencia para que el desplazamiento u ocultamiento de su proyecto de vida no fuera la única alternativa.

La resistencia de las personas LGBTI, en el marco del conflicto, está dada en la capacidad que tienen los sujetos, a pesar de la precariedad que como consecuencia se les confinó en muchos casos, para constituir espacios de identidad que se articulan con su anhelo de libertad y la procura de su dignidad. Así, enfrentaban la invisibilización de sus vidas o cosificación de sus demandas, impuestas por la cultura machista, patriarcal y heteronormativa, que se han consolidado en escenarios de conflictos armados, donde opera el control “al otro” como mecanismo de guerra y la experimentación del desprecio de su misma vida como limitación a experiencias de libertad, conduciéndoles

a actos de violencia desproporcionada y viviendo nuevos medios de dominación, donde a cada nueva demanda de libertad y autonomía reciben control y represión.

En los territorios de mayor agudeza del conflicto armado, muchas personas fueron asesinadas, desaparecidas, desplazadas; quienes sobrevivieron han buscado mantener su vida y la memoria de las que ya no están. Ahí, la oralidad como respuesta a las negaciones de sus demandas se convirtió en narración trasformativa para responder a la indignación, entendida esta como un sentimiento de reacción a una acción considerada inaceptable, pues los prejuicios institucionalizados en los actores de la guerra, y naturalizados en los territorios, hicieron que a muchas personas les quitaran violentamente todas las posibilidades de libre disposición de su autonomía por su orientación sexual, identidad o expresión de género, llevándolas a experimentar sentimientos de humillación que limitaron el desarrollo de su proyecto de vida. Situaciones que marcaron sus cuerpos, sus espacios vitales y recuerdos, y perviven en las narrativas que ellas y ellos, insertados en una comunidad oral, expresaron como mecanismo de memoria.

Los prejuicios, en los territorios donde se agudizó el conflicto armado, forman parte de un particular circuito de realimentación mutua que se despliega a través de la producción social de las diversas formas de aceptación que legitiman tanto la desigualdad como las prácticas discriminatorias y, a la vez, invisibilizan sus consecuencias. Esta situación ha consolidado la diversidad como sinónimo

de inferioridad y hace que no solo los efectos del conflicto armado se pormenoricen sobre ellos, sino que les condena a territorios que producen y reproducen incesantemente condiciones de exclusión como sumatorias de las violencias represivas y simbólicas en diferentes ámbitos de la vida social.

Esa invisibilidad se ha venido rompiendo en tres tipos de reacciones: (a) una reacción donde las personas LGBTI se sienten responsables de su borramientos, lo que se materializa en sentimientos como el miedo, y produce, a la vez, una expresión de silenciamiento o parálisis por un sentimiento de vergüenza social que le asiste, donde la “culpa” de ser responsable no le permite asumirse en relación consigo mismo; (b) poner fin a acciones reduccionistas hacia las personas LGBTI y sus proyectos de vida, que se expresan en prácticas de cosificación o reificación, y limitan ampliamente su relación con el entorno; y (c) llamar la atención de la indiferencia de su estatus de ciudadanía de segunda categoría por parte de las autoridades estatales y las creadas en el marco del conflicto, que generan en ellas una experiencia – casi siempre imperceptible – de sumisión, particularmente en su relación con las instituciones del Estado o quienes controlan el territorio.

Todo esto conduce a las personas que padecen las prácticas de exclusión a ver en el desprecio la causa de las relaciones sociales injustas que tienen que padecer, que obligan cambios estructurales en las dinámicas que generan esos mismos sentimientos y, en esos casos, las renovaciones de las prácticas sociales por sí solas no son

un remedio, sino que necesitan un cambio cultural en la manera de percibir al otro. Las acciones de desprecio hacen zozobrar la infraestructura moral de la persona, afectan el valor de su identidad y la aíslan de los entornos sociales. Para las personas LGBTI que sufrieron los embates de la guerra, la cosificación a el confinamiento, ello operó como mecanismo para el olvido del reconocimiento, olvido entendido como disminución de sus demandas de realización y destrucción de la presencia intersubjetiva del otro en el proyecto de sociedad; por eso hoy sus voces operan como mecanismo para contrarrestar el olvido y reparar las identidades destruidas.

La polifonía de voces permite que las experiencias de desprecio, que se hacen conciencia en lo individual, promuevan comunicación con otros y otras, también “ofendidas”, y se adhieren a grupos y organizaciones conectadas por sus voces que se activan para las resistencias políticas y el avance al desarrollo de espacios para su ciudadanía plena, que permitan que la construcción de paz sea sinónimo de poner fin al desprecio y las injusticias. Si bien el desprecio y las injusticias no son la misma cosa, ya que por desprecio entendemos las limitaciones a los proyectos de vida para alcanzar la libertad y por injusticias la aplicación arbitraria de normas en la sociedad o la ausencia de ellas, las injusticias podrían entenderse a este punto como la continuación o el desenlace de las expresiones de desprecio, pues las injusticias no solo tienen la base en las estructuras sociales, sino que también están arraigadas en los aspectos morales y psicológicos de la persona.

Años de violencia han dotado de mecanismos de control a la conciencia de injusticia para que ella misma se aliene o reduzca su capacidad de transformación; de un lado tenemos procesos de exclusión social que generan barreras, presentadas como naturales o socioculturalmente dadas, y que eliminan posibilidades de articulación y procesos cada vez más crecientes de individualización institucional que también, en última instancia, buscan privatizar las expresiones de la conciencia de injusticia. Este tipo de desprecio a los proyectos de vida buena arranca de raíz el valor social del sujeto y produce un sentimiento de insatisfacción, que el busca corregir pidiendo espacios de reconocimiento en el entramado social.

Por ello, como aporte a la superación del conflicto y para contribuir a poner fin a las experiencias de injusticia social que posesionó el conflicto hacia las personas LGBTI, amplificamos estas narrativas de muchas y muchos sobrevivientes que experimentaron los embates de la guerra, que les condenó a vivir en la frustración de una vida imposible de ser vivida, pero su resiliencia les condujo a prácticas de resistencia que les permitió no solo no caer en el absurdo lugar de la muerte y el olvido, sino abrirse espacio en la adversidad, y hoy reinventan su vida desde la dignidad y la libertad para recordarnos que solo cuando narramos para vivir, se puede tener una vida vivible y realizable.

Wilson Castañeda castro

Director de Caribe Afirmativo



****Por motivos de seguridad, fue necesario cambiar los nombres reales de las protagonistas.***



Escribir, también es resistir

Sinopsis

Español

Isaac Pérez es un hombre gay, líder social y periodista comunitario que a través de la escritura ha denunciado las violencias, masacres y crímenes que cometieron los actores armados contra personas LGBT en el Cauca. Es el periodismo y el amor por su gato Juan lo que lo mantienen en pie de lucha para contribuir a la verdad.

English

Isaac Perez is a gay man, social leader and community journalist who has, through writing, denounced the violence, massacres and crimes committed by armed actors against LGBT people in Cauca. Journalism and his love for his cat Juan are the things that keep him fighting to contribute to the truth.

Como era usual todos los domingos en el parque principal del pueblo, debajo del árbol del samán un hombre anunciaba a gritos los titulares del semanario. Isaac Pérez[i] con tan solo 12 años salía de misa con su familia, y procuraba no dar tantas monedas en el momento de la limosna, para que le alcanzara para comprar un periódico de esos. El niño salía corriendo a comprar un periódico, se sentaba y lo leía en un parpadeo y, en una de esas, enamorado del periodismo, de escribir, de leer y de conocer el acontecer de los días le propuso a aquel hombre que lo contratara como vendedor.

Así empezó su historia de amor con el periodismo, porque años después Isaac Pérez se entregaría en cuerpo y alma a este oficio, y haría del ejercicio comunicativo una herramienta de liderazgo y transformación social. Con tan sólo 12 años, Isaac sabía que no era igual que los demás, que su forma de amar sería cuestionada y rechazada por un mundo machista en el que creció, su mamá lo amó y apoyó incondicionalmente, pero en el caso de su papá y su hermana mayor no fue así.

Ante eso Isaac decidió irse de su casa para Santander de Quilichao y su primer trabajo fue de ayudante de panadería, allí decidió enfrentar la vida y trabajar en lo

que le saliera para tener un sostenimiento diario, aunque en medio del olor a pan en la madrugada soñara con ser periodista. Puede que Isaac no haya estudiado en la universidad más prestigiosa, pero la experiencia, los cursos, talleres y el amor por la lectura lo convirtieron en uno de los periodistas más destacados de su comunidad y lo más importante, la comunicación comunitaria se convirtió en una forma de contar la verdad y visibilizar las problemáticas de su región.

Isaac Pérez, actualmente ronda la mediana edad, su piel es morena, sus ojos parecen contar una historia a gritos, pero es su amor por el periodismo es su tema de conversación más frecuente, de sólo hablar de lo que hace, de su historia con el mismo, de cómo empezó en emisoras comunitarias y periódicos regionales y ahora en medios de comunicación digitales potenciados por las redes sociales, se le ilumina el rostro y comienza a nombrar a los referentes del periodismo colombiano, que empezaron en este oficio como él, desde la fuerza de sus experiencias.

La historia de Isaac Pérez se desarrolla en tres territorios, Timba, Santander de Quilichao y Buenos Aires, todos pertenecientes al Cauca y que se comunican con el norte del Valle del Cauca. Tal cual lo recuerda Isaac estos tres territorios han sido epicentro de todo tipo de actores armados, en más de medio siglo que tiene de vida puede nombrar con detalle la inmersión de grupos al margen de la ley comenzando por el M-19, el grupo Quintín Lame, que fue un movimiento armado indígena,

que según el Centro Nacional de Memoria Histórica era único en América Latina¹ y que entre los años ochenta y comienzos de los noventa tuvo presencia en varios municipios del Norte del Cauca.

Años después, los territorios del Cauca fueron disputados por las FARC y las AUC, como también hay o hubo presencia de otras guerrillas como el ELN y el EPL y actualmente como lo describe Isaac, las disidencias de las FARC conforman la Nueva Marquetalia, presente en el Cauca. Sin embargo, Isaac hace una diferenciación, entre las FARC y el Bloque Calima de los paramilitares que estuvieron en su territorio, para él la guerrilla ejercía un control social sobre la convivencia y las decisiones importantes de la comunidad, y su ley y democracia consistía en hacer juicios, en caso de que alguien robara algo, como ganado, una gallina, entre otras cosas, aunque dichos juicios tuvieran desenlaces fatales e inquisitorios. Mientras que el Bloque Calima de los paramilitares sembraba miedo y terror con acciones violentas hechas con sevicia y sadismo contra cualquiera que contradijera sus dinámicas de poder. No obstante, siendo Isaac Pérez un hombre LGBT visible en su territorio, que ejerce el periodismo y además tiene un liderazgo social, solo por esos tres motivos fue objetivo militar para todo tipo de actores armados en su departamento.

1 Peñaranda D, (2015). Guerra propia, guerra ajena. Conflictos armados y reconstrucción identitaria en los Andes colombianos. El movimiento armado Quintín Lame. Bogotá: CNMH.

Según Isaac Pérez Timba ha sido epicentro de actores armados por su ubicación geográfica, porque aquí se encuentra El Naya² que es un paraje natural y que se ubica justamente entre la zona limítrofe entre Cauca y el Valle del Cauca y conecta el océano con la selva del Pacífico. Esta es una extensa región que abarca por lo menos 163 mil hectáreas y está conformada por más de 60 pequeñas poblaciones, entre grupos indígenas y afrodescendientes. Para poder llegar hay que adentrarse, por el río que lleva el mismo nombre, de ahí que los grupos armados ingresaran al Cauca por considerarlo un punto estratégico como corredor ideal para los negocios ilícitos

El activismo de Isaac comenzó involucrándose en espacios de participación ciudadana, como la Junta de Acción Comunal en Timba. Aquí el ejercicio periodístico desde un enfoque comunitario fue en una manera de denuncia y visibilización de las problemáticas de los municipios, como por ejemplo el no contar con acceso a servicios públicos como el gas, el agua o con vías de acceso a los mismos. En estos procesos comunitarios ha vivido una interseccionalidad, porque en su ejercicio como periodista y líder social se han articulado proyectos en beneficio de comunidades indígenas y afrodescendientes que habitan el departamento del Cauca.

2 Quintero, G. (2018). El miedo no se ha ido de El Naya: Entre disidencias de las Farc y Bacrim. Disponible en: <https://semanarural.com/web/articulo/el-naya-violencia-en-valle-y-cauca/583>

Gracias a su gestión y organización con fundaciones Isaac decidió lanzarse a cargos de elección popular, como el concejo municipal en dos oportunidades, en la primera perdió y en la segunda ganó. Sin embargo, Isaac recuerda que en ambas ocasiones su orientación sexual fue motivo para que las personas decidieran si votar por él o no, como hubo comentarios que lo rechazaron por ser un hombre homosexual, otros se convencieron de darle su voto de confianza por ser un líder LGBT y por el compromiso con su comunidad fue elegido concejal en una segunda ocasión.

Los primeros hechos victimizantes empezaron siendo amenazas por paramilitares del Bloque Calima, a Isaac le llegaron panfletos y aparecía en listas de líderes sociales. Por parte de las FARC ellos lo amenazaban constantemente con no sacar información sobre sus operaciones en los periódicos en los que escribía y mucho menos nombrarlos en la emisora comunitaria que ejercía como director.

¡Yo nunca voy a dejar de escribir y si muero, muero escribiendo, porque es mi trabajo! Estas son las palabras que exclama Isaac cuando recuerda las múltiples violencias que vivió por parte de los grupos armados, en especial porque su manera de enfrentar esas amenazas fue resistiendo a través de su escritura periodística. Al enterarse que se encontraba en las listas de amenazados Isaac decidió irse de Timba un tiempo y permanecer en Santander de Quilichao. No obstante, él reconoce el poder que tenían los actores armados en aquel entonces,

ya que iba más allá de los toques de queda, si no sus decisiones influían en la identidad de las personas, es decir, Isaac describe como ellos decidían si alguien llevaba aretes, se maquillaba o incluso como se vestía y si estas estéticas rompían con el sistema patriarcal o iban en contra de su ley era puesto entre ojos y hostigado, tal cuál ocurría con las personas LGBT que tuviesen una expresión de género opuesta a su sexo biológico.

Cuando Isaac narra estos hechos y como su orientación sexual, liderazgo y trabajo periodístico lo convirtieron en objetivo militar de todo tipo de actor armado, ubica sus pupilas en el horizonte y parece recordar todas las formas de resistencia que opuso contra cada uno de ellos. ¡Estoy vivo de milagro!, exclama continuamente al recordar todos estos hechos en los que su vida estuvo en riesgo por querer contar la verdad y cambiar la realidad de su pueblo.

El ejército también fue un actor armado que actuaba en complicidad con los paramilitares, porque en esos años de juventud Isaac creía que no, que la fuerza pública obedecía a su fin esencial que es cuidar y proteger a la población de todo tipo de violencias. Isaac Pérez al enterarse de la sospecha de una masacre, quiso contarle a uno de los comandantes del ejército para frustrar este ataque en contra de la población civil, sin embargo la respuesta del militar fue que se callara, que no se le ocurriera publicarlo en su periodismo y que guardara silencio si quería conservar su vida.

Históricamente el municipio de Buenos Aires ³ ha sido epicentro de masacres por distintos actores armados en diferentes años. Una de ellas ocurrió en el 2001 cuando paramilitares llegaron a la vereda La Silvia, en Buenos Aires y asesinaron a cinco personas. De acuerdo con la investigación del Cinep, solo se pudo identificar uno de los cadáveres que pertenecían a las personas que fueron desplazados de la masacre de El Naya que ocurrió en ese mismo año y en la que asesinaron a más de 100 personas.

Otro de estos escabrosos hechos ocurrió el 1 de agosto de 2010⁴ cuando un grupo de hombres armados ingresaron a Timba, y dispararon varias veces contra cinco mineros que se dirigían a la zona del Alto Naya. El Cinep, afirma que esta masacre tuvo que ver con asesinatos a hombres mineros que se presentaron en días anteriores a la misma. También en el 2011 guerrilleros de las FARC del Frente 30 del Bloque Alfonso Cano, llegaron al Naya y asesinaron a cinco personas en esta zona rural. Las víctimas eran integrantes de una misma familia y sus cuerpos fueron encontrados a orillas del río Naya.

Todas y cada una de estas masacres fueron documentadas por Isaac, pues el ejercicio del periodismo también le ha permitido construir memoria histórica a detalle de estos hechos para que no se olviden. De igual manera él

3 Rutas del Conflicto. (2019). *Masacre de Buenos Aires 2001*. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/buenos-aires-2001>

4 Rutas del Conflicto. (2019b). *Masacre de Buenos Aires 2010*. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/buenos-aires-2010>

piensa que mientras no se acabe el narcotráfico la guerra no terminará, ya que su territorio sigue siendo escenario de masacres y hechos de violencia.

Para Isaac la masacre más fuerte y dolorosa en la que desaparecieron a uno de sus amigos fue la de El Naya, él cuenta que la guerrilla mataba a quienes hacían más daño, pero en cambio los paramilitares atacaban a quien consideraran sospechoso. Él recuerda como en el trayecto entre estos pueblos paramilitares bajaron a 15 personas de una chiva y los mataban a quemarropa en frente de todos, en una de esas masacres desaparecieron a uno de sus amigos, a quién según él lo describe lanzaron al río, ya que era usual que abrieran los cuerpos de las personas y los llenaran de piedras para no encontrarlos fácilmente entre los caudales del río Naya. Doce días después, de una búsqueda intensa en el río encontraron el cuerpo de su amigo.

La masacre de El Naya fue una de las más dolorosas. De acuerdo con el portal Rutas del Conflicto⁵ un grupo de más de 100 paramilitares del Bloque Calima en cabeza de José Herbert Veloza, alias “HH” hicieron un recorrido entre el 10 y 13 de abril por los territorios aledaños al río Naya y en el trayecto entre las veredas Timba, San Antonio y Puerto Merizalde asesinaron a campesinos que eran tildados como colaboradores de la guerrilla. Luego de la masacre los paramilitares se enfrentaron al

5 Rutas del Conflicto. (2019). *Masacre El Naya*. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/el-naya>

Frente 29 de las FARC hasta el 16 de abril. La fuerza pública llegó sólo hasta el día 26 de ese mismo mes.

Según reportes de Medicina Legal los cuerpos presentaban signos de tortura, heridas con arma cortopunzante y algunos habían sido descuartizados, por lo que no todos pudieron ser identificados. La comunidad asegura que fueron más de 100 personas las asesinadas en esos días del horror, pero para el año 2019 sólo se habían recuperado 27 cadáveres y más de 3 mil personas salieron desplazadas hacia los municipios de Santander de Quilichao y Jamundí. El Consejo de Estado ordenó al Ministerio de Defensa pagar 6 mil millones por la omisión de la masacre por parte de la fuerza pública.

Mientras toda esta barbarie ocurría Isaac Pérez era un joven que se hacía adulto en medio de sangre y violencia, aunque no sufrió ninguna herida directa y física en estos cruentos sucesos, con el tiempo pasaría algo que lo marcaría para siempre. En el 2002, un año después de la masacre de El Naya a Isaac los citan paramilitares con engaños, para una supuesta reunión, en la que se aprovechan de él y ellos buscan la manera de que pierda la consciencia y lo agreden y abusan sexualmente de él.

Meses atrás, Isaac había denunciado ante la Cruz Roja las amenazas que había recibido y con el tiempo entendió que este hecho victimizante que vivió fue por su labor como periodista, porque varias veces en la emisora comunitaria de la que en ese entonces fue director mencionaba las problemáticas, asesinatos y la

responsabilidad de los diferentes actores armados en cada uno de ellos. Otro motivo que además de su liderazgo lo convirtieron en amenaza para los paramilitares, fue que Isaac solía intervenir cuando agredían o ultrajaban a alguien frente a sus ojos ya que en varias ocasiones defendió y opuso resistencia cuando amenazaban con matar a alguien en su presencia.

Su familia le aconsejó no denunciar la agresión sexual que vivió, por temor a que tomaran represalias contra su vida. Aunque recordar esa noche de horror le dejó una herida emocional profunda, fue su liderazgo y amor por trabajar por su comunidad lo que lo ocuparon, logrando que con el tiempo fuese mucho mayor el número de personas que confiaban en él y reconocían su liderazgo. Por este motivo en el 2008 y sin un peso en el bolsillo para invertirlo a la campaña electoral se lanzó al concejo y ganó, logrando ser concejal y teniendo una participación política en un cargo público desde ese año hasta el 2011.

Aunque tener un cargo político le dio confianza con la comunidad y su territorio, Isaac pasaba sus días entre Timba y Santander de Quilichao. Él reconoce que estas violencias no hubiesen ocurrido con la misma intensidad si no fuese una persona LGBT, que dichas agresiones ocurrieron por tres razones poderosas: su orientación sexual, su ejercicio como periodista comunitario y su liderazgo social.

En esos años los paramilitares se creían dueños de los cuerpos de las personas, en especial de las mujeres y población LGBT, Isaac cuenta cómo llegaban a los bares y abusaban de las mujeres y niñas que se encontraban allí siendo explotadas sexualmente. Por eso en su resistencia buscaron la manera de hacer respetar a su pueblo, junto con el respaldo de un grupo de personas que reconocían su liderazgo, pues en varias ocasiones en los que veían que actores armados tenían la intención de agredir a alguien, ellos hacían resistencia que se caracterizaba por ser netamente pacífica. Isaac piensa que oponerse en colectivo ante las crueles acciones de los grupos armados les daba la sensación de que se sintieran controlados, por eso cuando no los enfrentaban con palabras y miradas contundentes en espacios públicos, hacían centenares de banderas para protestar en las calles, sobre todo por los asesinatos de los líderes y lideresas sociales, en particular porque en alguna ocasión que mataron a un líder reconocido en la zona, Isaac sabía que él y otro compañero eran los siguientes en la lista y fue por medio de la protesta pacífica y la resistencia colectiva que lograron dilatar estos crímenes.

La violencia exacerbada en este territorio del Cauca contra las personas LGBT no sólo se agravó con la presencia de actores armados, si no que la sociedad legitimaba estas violencias. Isaac evoca sus años de la infancia en Timba, y cuenta que la gente rechazaba a las personas LGBT, que en Santander de Quilichao al menos había un reconocimiento de sus orientaciones e identidades y no una serie de violencias perpetradas por

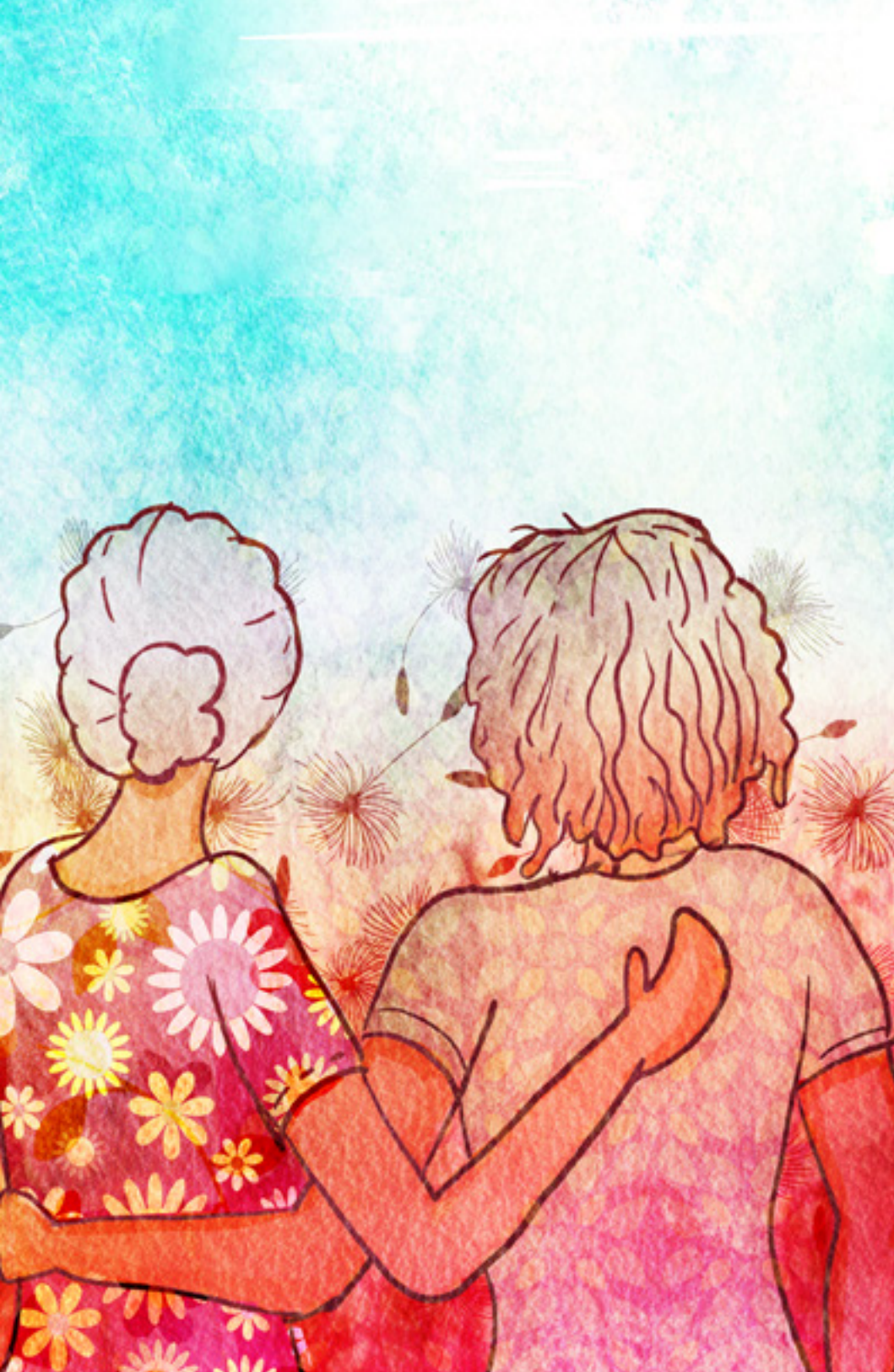
las acciones discriminatorias de la sociedad. Él recuerda el caso de un niño de 12 años con una orientación sexual diversa, y que acabó con su vida por decisión propia, debido a las continuas agresiones y exclusiones que vivió.

Con la presencia de las disidencias de las FARC en su territorio, Isaac dice que no se puede confiar, que esta nueva reconfiguración de grupos armados lo mantiene en una sensación de alerta constante, porque continúan habiendo masacres y asesinatos a líderes y lideresas sociales. Aunque con los años Isaac se ha capacitado en derechos humanos de personas LGBT y como periodista se ha formado cada vez más en las oportunidades que se le presentan, él evidencia que su liderazgo y los procesos colectivos que ha acompañado se han hecho solos, pues la relación de la institucionalidad con la población LGBT es casi que inexistente y la respuesta del Estado ante la situación de las víctimas del conflicto armado se limita a una transacción económica, Isaac afirma que si está registrado en el Registro Único de Víctimas y que sólo ha recibido un par de ayudas financieras, pero nada más, la reparación integral por todo lo que vivió como líder, periodista y persona LGBT no se ha hecho real.

Ahora que reflexiona sobre toda esta historia, piensa que en materia de derechos para personas LGBT el Estado debería brindar apoyos económicos para la creación de emprendimientos, que en su caso bien podrían estar relacionados con los medios de comunicación. A nivel general piensa que estos territorios que han padecido

el conflicto de manera directa con todos sus horrores, y aún lo viven es porque no hay presencia del estado y la mayoría son zonas rurales que no cuentan con acceso a servicios básicos. Así las cosas, la ausencia de estos recursos, sumada a la inexistencia de instituciones del Estado los hacen vulnerables ante las ambiciones, crímenes e injusticias perpetradas por actores armados.

Al final de esta conversación que reconstruye la memoria histórica de sus pueblos y lo que ha ocurrido en su vida Isaac acaricia a su gato a quien llama Juan y es prácticamente su familia. Él piensa que aún tiene mucho que hacer como periodista, que seguirá haciendo un periodismo reaccionario, que denuncie y visibilice no sólo a las personas LGBT si no a las comunidades vulnerables y a los territorios olvidados de este país.



Amar en la diversidad como puente para sanar las heridas

Sinopsis

Español

Cristina creció en un corregimiento del municipio de Ovejas (Sucre). Desde niña diversos grupos armados tomaron poder de su territorio, ahora es una mujer lesbiana, cuya historia de vida es símbolo de resiliencia.

English

Cristina grew up in a small town in the municipality of Ovejas (Sucre). Since she was a child, various armed groups took control of her territory, and now she is a lesbian woman whose life story is a symbol of resilience.

Cristina tenía tan sólo ocho años cuando sintió que una niña del colegio le atrajo por primera vez, ella era una compañera de clase en la escuela rural del municipio de Ovejas en Sucre. Al principio sentía miedo de reconocerse y todo comenzó por ese montón de mariposas en el estómago que sentía por esa “pelada”, como ella le dice evocando el recuerdo. A ella le tocaba aguantarse y contenerse por miedo a lo que pensara su comunidad y solo mucho tiempo después se reconoció como una mujer con una orientación sexual diversa.

Cristina nació en la zona rural del municipio de Ovejas, en Sucre. Vivía en una casita junto con su hermano menor, su tía y su abuela; para aquel entonces su abuela, a quien llamaba mamá, era la persona más importante en su vida y la primera a la que le contó de su orientación sexual. Su abuela, una mujer mayor a quien consideraba bastante adelantada para la época solía decirle: “Tienes que ser como eres, no por lo que la gente quiera que tú seas. Tienes que ser así cómo tú eres, que no te de pena, que no te quite el valor de quien eres. El día que decidas salir del clóset sal, yo no voy a recriminarte”. Lo que Cristina no imaginaba es que esas poderosas frases le darían el valor para enfrentar todo lo que venía encima.

Sus días de colegio no eran como los de cualquiera, pues la cotidianidad de sus clases sucedía entre balas y gritos, entre correr y esconderse porque había un tiroteo entre soldados y grupos armados, o en parar las clases y no salir en un buen tiempo por los toques de queda impuestos por el grupo ilegal de turno que tuviera el control del pueblo. Cristina recuerda que debían avisar su hora de salida del corregimiento, la razón de la misma y llegar a la hora estipulada, pues si alguien llegaba más allá del tiempo acordado tenía que dar explicaciones, de lo contrario lo mataban; además, para controlar la entrada y salida de la gente del corregimiento, debían ponerle un sello a cada persona, como si se tratara de un campo de concentración. Cristina recuerda que su papá hizo el trámite para salir a trabajar, pero él nunca regresó y fue su abuela quien se hizo cargo de ella y de su hermanito esos primeros años de vida.

De acuerdo con el informe de Caribe Afirmativo, “Juguemos en el bosque, mientras el lobo no está”⁶ que relata las violencias de niños, niñas y adolescentes con orientaciones sexuales, identidades y expresiones de género diversas, en el marco del conflicto armado colombiano, hubo abusos sexuales y violencias contra estos niños y niñas durante su infancia, por no encajar a los estereotipos de género impuestos en sus comunidades. Quizá intuyendo que ser diferente sería castigado,

6 Caribe afirmativo. (2020). Juguemos en el bosque mientras el lobo no está y Violencias en el marco del conflicto armado contra niñas, niños y adolescentes con orientaciones sexuales, identidades y/o expresiones de género diversas en Colombia.

Cristina mantuvo en secreto su orientación sexual hasta la adultez, sin embargo, sufrió varios abusos y violencias sistematizadas entre la pubertad y la adolescencia.

Cristina tenía 11 años cuando salió del colegio y caminaba rumbo a su casa. En ese momento no se sabía a ciencia cierta los tipos de grupos armados ilegales que rondaban su comunidad, algunos se hacían llamar PTR, un tiempo serían las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC y luego el ELN. En una esquina cerca a su ranchito un grupo de hombres se le acercó, entre ellos el cabecilla del grupo, estos “guerreros” abusaron sexualmente de ella, la agredieron y la dejaron golpeada en medio del monte; fueron sus vecinos quienes la recogieron, la llevaron a su casa y su abuela llorando, en sincronía con ella, fue quien la bañó y la cuidó los siguientes meses, en los que Cristina daría a luz una hija producto de esa violación.

Esos nueve meses de encierro estuvieron llenos de miedo, de pesadillas y un profundo dolor que compartía con su abuela, pues su familia no podía decir nada por las amenazas recibidas. Cristina tuvo a su hija a los doce años y, desde ese trágico día, un miedo y angustia recurrente se anidó en su corazón; no volvió al colegio y no quiso volver a jugar en la cancha de su corregimiento o compartir con otros niños de su edad.

Sin embargo, la violencia no cesaría ahí. El 17 de enero del 2001, en horas de la madrugada, se presentaron casi 80 hombres en su corregimiento, quienes se identificaron

como paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia⁷, cortaron la luz y sacaron a las personas de sus casas, los ubicaron a todas en la plaza central y señalaron a 24 hombres como militantes de guerrillas comunistas, a quienes asesinaron uno a uno mientras las mujeres y niños esperaban en la cancha. Antes de irse los paramilitares quemaron 25 casas y pintaron en las paredes letreros que decían “fuera guerrilla comunista”.

Cristina fue parte de los testigos de este cruel episodio. Ella describe que este grupo llegó buscando a personas de la guerrilla, pero que en ese momento no los encontraron y sacrificaron a hombres inocentes y además mataron a mujeres y niños que se interpusieron entre los asesinatos. Hubo un momento en que ella no pudo más y salió corriendo, no soportaba observar con sus ojos adolescentes la sevicia con que torturaban a estas personas; para ese momento, Cristina tenía una niña y un niño, y estaba embarazada de su tercer hijo.

Los medios de comunicación registraron 28 personas muertas y el desplazamiento forzado de más de 100 familias. Cristina cuenta que cuando escapó, varias personas se fueron detrás de ella, la golpeándole y rompiéndole la ropa; lo demás fue otra vez la misma tortura y violencia que vivió a sus once años. Varios informes de organizaciones de derechos humanos que defienden los derechos de las niñas y mujeres de Montes

7 Rutas del Conflicto. (2019a). Masacre de Chengue. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/chengue>

de María coinciden en que para los actores armados atentar contra los cuerpos de niñas, adolescentes y mujeres correspondía a una estrategia para reafirmar el dominio y control territorial que tenían sobre estas zonas rurales y sembrar terror en sus comunidades.

⁸Cuando Cristina cumplió los 18 años decidió ir a la Defensoría del Pueblo y dar su testimonio como víctima del conflicto armado. Ahí la violencia institucional que recibió de parte del funcionariado solo la decepcionó aún más. Ella describió ambas violaciones y aún con las cicatrices visibles de sus golpes, los clavos por unos tiros que recibió en el pie y con sus dos hijos menores en primera infancia, los funcionarios le dijeron que no podían probar las agresiones sexuales, pues ya habían prescrito, y respecto a los golpes recibidos durante la masacre, necesitaba un testigo que corroborara lo que ella vivió, que de lo contrario, por el momento sólo podía identificarse como víctima de desplazamiento forzado. Ese mismo día Cristina también empezó a notar que su salud mental se quebraba poco a poco.

Fue internada en el hospital psiquiátrico de Sincelejo y perdió la custodia de sus tres hijos, quienes quedaron bajo potestad del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF. Duró más de cuatro años internada y comenta que el trato de los profesionales de la salud tampoco fue

8 Cortés, V. (2021). Mujeres víctimas del conflicto en el Caribe narran cómo fueron despojadas de su humanidad. Colombia +20 País que Avanza. Disponible en: <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/mujeres-victimas-del-conflicto-en-el-caribe-narran-como-fueron-despojadas-de-su-humanidad-article/>

el más adecuado; su diagnóstico consistía en episodios psicóticos, pesadillas y regresiones continuas sobre los episodios de violencia que vivió en su adolescencia.

“Todos los días cuando me miro al espejo y recorro con mis dedos las cicatrices de mi piel empiezo a llorar y me doy cuenta que me duelen mucho más las cicatrices del alma”, expresa Cristina cuando recuerda que detrás de cada una de sus escoriaciones hay una historia de horror que contar. El conflicto armado ha dejado una poderosa herida invisible en el inconsciente colectivo de las víctimas que, como en el caso de Cristina, ha deteriorado su salud mental, ante un Estado indolente en la materia, o peor, violento frente a la misma.

Según un reportaje de la Revista Semana⁹ hay una huella profunda e imborrable en la psiquis de más de los seis millones de colombianos y colombianas que han padecido el conflicto. Los eventos que más afectan a la población civil, con base en un estudio de Médicos Sin Fronteras, corresponden a niveles de ansiedad y depresión muy altos y alta propensión a desarrollar síntomas de estrés postraumático, como el caso de las víctimas registradas de Montes de María, que, de acuerdo con un estudio de la Universidad de los Andes¹⁰, se considera

9 Semana. (s. f.). Conflicto y Salud Mental, las Heridas Invisibles de la Guerra. Disponible en: <https://especiales.semana.com/especiales/conflicto-salud-mental/>

10 Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. (2014). Conflicto y salud mental. Las heridas invisibles de la guerra. De Política 160. Disponible en: <https://appsciso.uniandes.edu.co/cpol/dp/home.php?numero=160&ac=Noticias>

que el 90% de ellos y ellas padecen estas enfermedades y las han presentando desde edades muy tempranas por las circunstancias violentas del contexto sociopolítico de su región.

Luego de ello y recuperar a sus hijos, Cristina estuvo en condición de calle con ellos y su abuela tanto en Sincelejo como en Cartagena, y en más de una ocasión el ICBF acogió a sus hijos ya que ella no podía mantenerlos por la marginalidad que vivían en ese momento.

Tiempo después, con ayuda de sus vecinos y el acompañamiento del ICBF, y junto con la Policía, Cristina volvió a construir su casa en el mismo terreno donde creció con su abuela. Un día tuvo que salir a Sincelejo por una cita con el psiquiatra, pues el ICBF, para garantizar su capacidad como cuidadora, le brindó atención a su salud mental y física, pero a su regreso se encontró con su casa en llamas. Integrantes del ELN, quienes ya la habían amenazado en el pasado porque no dejó que reclutaran a uno de sus hijos, quemaron su casa con su tía adentro, ellos habían marcado las casas previamente, pero hasta el sol de hoy ella no sabe por qué atentaron contra su hogar. Ella llegó de sus diligencias e intentó sacar a su tía, pero no se lo permitieron.

Han pasado varios años luego de esta serie de violencias. Los hijos de Cristina ya son mayores de edad: sus dos hijos viven en San Jacinto, Bolívar, con una de sus abuelas de crianza, su hija se casó y su hermano menor vive con su mamá biológica, a quien Cristina conoció muchos años

después, pero dice que no le guarda rencor porque su abuela le enseñó que no vale la pena amargarse por las decisiones que tomaron sus padres, que ya fue suficiente con sobrevivir tantas violencias.

Cristina está enamorada de una mujer que conoció por Facebook y cuando le preguntan sobre su pareja se sonroja y cuenta que primero se conocieron a través de redes sociales y duraron un par de años chateando antes de verse por primera vez en Sincelejo; ahora reconoce su orientación sexual con orgullo. Manifiesta que su comunidad empezó a señalarla por ser lesbiana, pero que ella no siente eso como un insulto, antes lo asume con alegría y comparte feliz con su pareja ante las miradas incómodas de los demás. Hay planes de matrimonio entre las dos, pero Cristina confiesa que le asusta un poco la idea de comprometerse con alguien.

Si no hubiera sido por su abuela, por sus consejos y el apoyo incondicional que le brindó durante gran parte de su vida, Cristina cree que no hubiese sobrevivido el sinnúmero de violencias que sufrió. Aunque reconoce que aún hay cicatrices por sanar, el sólo hecho de tener la valentía de contar su historia con detalles, ya la hace una mujer que enfrenta la vida con coraje y que en este momento le abre una oportunidad al amor, a querer sin barreras y a recuperar la inocencia de sus mariposas en el estómago cuando descubrió su orientación sexual por primera vez. Es aquí donde amar en la diversidad es puente para sanar las heridas del alma.



Historias que inspiran:

El liderazgo y valentía de una mujer trans en Montes de María

Sinopsis

Español

Alexa Villada es una mujer trans que lleva en su mirada la fuerza de las mujeres de Montes de María. Creció en zona rural y se enfrentó a la violencia y abuso policial por parte de instituciones de su pueblo. Gracias al amor y refugio de sus amigas, también mujeres trans, se han capacitado para defender sus derechos ante la injusticia.

English

Alexa Villada is a trans woman who carries in her eyes the strength of the women of Montes de María. She grew up in a rural area and faced violence and police abuse from institutions in her town. Thanks to the love and refuge of her friends, also trans women, she has been able to defend her rights in the face of injustice.

Alexa Villada nació en la zona rural de El Carmen de Bolívar, estudió su secundaria y su técnica en auxiliar de enfermería en el mismo municipio. Si bien es cierto, El Carmen de Bolívar es un municipio de la región de Montes de María que seguramente en el inconsciente colectivo de todos los colombianos y colombianas está referenciado en el mapa, pero tristemente no por su belleza y turismo si no por la violencia histórica que ha vivido durante décadas en el conflicto armado.

Basta escribir su nombre en algún buscador de internet y de inmediato aparecen en los resultados páginas de noticias y todo un archivo del Centro Nacional de Memoria Histórica¹¹, dedicado a las experiencias de resistencia y construcción de paz de este municipio que, pese a la crueldad que vivieron sus habitantes, se ha reconstruido una y otra vez.

Alexa vivía con su papá en una vereda a veinte minutos del pueblo. Cuando tenía cinco años, pasaba la mayor parte del tiempo sola ya que su padre se iba a

11 Centro Nacional de Memoria Histórica. (2020). Comunicado ante la violencia que se viene registrando en Los Montes de María. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/comunicado-ante-la-violencia-que-se-viene-registrando-en-los-montes-de-maria/>

trabajar. Ella cuenta que había presencia de la guerrilla (aunque no precisa exactamente cuál), que su papá era uno de los líderes de su comunidad y que el trato que recibían los campesinos de los actores armados era cordial, trabajaban como colaboradores evitando que entraran ladrones a la vereda o hubiese pandillas. Eso sí, si Alexa veía un soldado del ejército rondar su casa, y preguntaban por alguien de la guerrilla, ella debía negar su presencia, pese a que era muy chiquita, con su papá ensayaban un parlamento para evitarse problemas con la Fuerza Pública.

Sin embargo, varias veces cuando se quedaba sola y sus papás estaban ocupados trabajando, los integrantes de este grupo armado iban a visitarla, a enseñarle sus armas y a seducirla de alguna manera a integrarse a sus filas. Comenzaron con llevarle dulces, galletas, hacerles cumplidos y a intentar de todas las formas posibles convencerla de que las armas y la guerra podrían ser su proyecto de vida, pero ella detestaba las armas. Desde muy pequeña supo que no tenía interés por manejar un aparato de esos, cargarlo y mucho menos usarlo.

Alexa actualmente es una mujer trans y desde los 8 años ya sentía atracción por personas de su mismo sexo, puntualmente por uno que otro niño de su escuela rural. Como nació biológicamente de sexo masculino, estos hombres alzados en armas la veían como una “presa fácil” para integrar a sus filas. Ella siempre tuvo mucho recelo, es decir, no los rechazaba del todo, pero mantuvo una distancia latente cuando ellos le llevaban dulces o le

pedían favores, pues posiblemente ésta era su estrategia para reclutar niños, niñas y adolescentes en la región.

Según un estudio de la Pontificia Universidad Javeriana¹² en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) se han atendido 5.619 niñas y niños durante el periodo del 16 de noviembre de 1999 al 30 de septiembre del 2012 y según la Secretaría Técnica de la Comisión Intersectorial, el 90% de estos niños y niñas afirman haber estado vinculados a un grupo armado. Algunas investigaciones señalan que las FARC y el ELN han sido los responsables de este alistamiento y que las funciones que desempeñan estos infantes son mensajería, vigilancia, trabajo en cultivos de uso ilícito o transporte de sustancias psicoactivas.

Los padres de Alexa previniendo esta situación consideraron a sus doce años sacarla de la vereda y llevarla a vivir al casco urbano del municipio. En esa población ella inició su bachillerato y a los 16 años salió del closet, desde ese momento su expresión de género era visible, por su forma de caminar, de vestir, de hablar, de relacionarse con los demás y es cierto que en el pueblo el ambiente era un poco menos hostil, contrario a lo que podría haber sido en la vereda donde nadie se reconocía como persona LGBT y la heteronormatividad era la regla impuesta por la comunidad.

12 Alarcón, Y. (2019). Reclutamiento forzado de niños y niñas en el conflicto armado colombiano: los menores de 18 años como víctimas con protección especial reforzada en el DIH y DIDH.

Un día madrugó a las cuatro de la mañana para sacar una cita médica, pues en el hospital del pueblo atendían por orden de llegada. Al lado de la EPS habían unas garitas y en ese momento un policía le indicó que se acercara, al ser una figura de autoridad, una persona dentro de un uniforme que se supone debe representar cuidado y protección, Alexa se acercó sin prever algún riesgo. El policía le hizo una propuesta sexual que Alexa rechazó contundentemente, pero este hombre no aceptó un no por respuesta, no le importó no tener su consentimiento y se aprovechó de su figura de poder, sus gritos y su fuerza para llevarla a un sitio oscuro y abusar sexualmente de ella, obligándola bajo el dominio que le otorgaba su investidura.

Ella quedó destrozada del que sería su primer hecho victimizante por parte de alguien de la Fuerza Pública. Lo que siguió a esos días fue un silencio doloroso, Alexa no era la misma en el colegio, su rendimiento académico empezó a bajar mucho y recibió atención psicológica por parte del profesional de su centro educativo, pero ella no decía nada, ni daba razones, ni explicaciones, por el contrario se sentía muy culpable por haber acudido a la indicación de su agresor.

Comenzó a evitar ciertas calles del pueblo para no encontrarlo y pese a que ella se ocultaba por el miedo y desconfianza que desató este hecho, puntualmente frente a la Policía Nacional como institución se lo topó un par de veces y este monstruo la saludaba con cinismo y descaro. Ella recuerda todo, hasta el más mínimo

detalle como si hubiese ocurrido ayer, no obstante la desconfianza y el temor ante estas instituciones siguen vigentes ¿cómo es posible que personas cuya profesión indica cuidado, seguridad y protección perpetúen el sistema de violencias ya vividas? Es decir, ¿acaso no se puede confiar en nadie?

Las estadísticas de agresiones por parte la Fuerza Pública hacia personas LGBT son alarmantes, de acuerdo con el último informe de Caribe Afirmativo titulado “Vidas confinadas: situación de derechos humanos de personas LGBT en el Caribe Colombiano durante el 2020”¹³ tan sólo en el año anterior se presentaron 15 casos de violencia policial contra personas LGBT, de los cuales 12 fueron hacia mujeres trans. Son ellas quienes se ven más vulneradas por actores armados de la institucionalidad puesto que se extralimitan en sus funciones y marginaliza su condición, especialmente cuando se desempeñan como trabajadoras sexuales.

Cuatro años después de este suceso y de haber culminado su bachillerato, Alexa tenía 20 años y era un chico abiertamente homosexual, era de noche y debía cruzar una calle que daba a un arroyo para llegar dónde una de sus amigas. Este sitio era conocido en el pueblo por la presencia de consumidores y vendedores de drogas y ahí permanecía un grupo de la SIJIN haciendo controles.

13 Caribe Afirmativo. (2021). Vidas confinadas, Informe derechos humanos de personas LGBT en el Caribe Colombiano en 2020.

“El que nada debe, nada teme”, recuerda Alexa cuando menciona que pasó por esa calle sin temer algún acercamiento o pregunta de la autoridad, como nunca le gustaron las armas mucho menos las drogas pues no sentía curiosidad por consumir alguna sustancia de uso recreativo. Ella cargaba unos papeles cuando un grupo de uniformados se le acercó y le preguntó qué llevaba, ella negó portar algún elemento ilegal y mostró lo que cargada, pero estos cinco hombres sacaron sus armas y empezaron a apuntarle y a exigirle que se desnudará, que mostrará todo, que no le creían. “Muestra lo que tienes ahí” repetían con vehemencia, la hostigaron tanto que Alexa tuvo que desnudarse y sentir de nuevo ese miedo de ser violentada por quienes se suponen deben cuidar y proteger a la ciudadanía.

“Me sentí como lo peor” narra y su mirada parece que vuelve a ese recuerdo. Ella empezó a temer por su vida, sin embargo, la presencia de un señor que estaba una casa más abajo observando todo le dio la esperanza de que dicha humillación no pasaría a peores. Entre risas y ademanes de un juego cruel, la policía se fue y la dejó ahí tirada en la calle. Conmocionada por el momento traumático que acababa de vivir, empezó a llorar. Por fortuna, el señor que llevaba un rato observando este episodio se acercó a ella, le dio agua y le dijo que se tranquilizará; por primera vez alguien de su comunidad a quién ella no conocía le dio un trato amable frente la terrible circunstancia que acababa de suceder.

Las dinámicas de violencia se exageran con el sistema patriarcal y control moral que ejercen los diferentes actores armados que hacen presencia en los territorios, sean grupos al margen de la ley o personas de la Fuerza Pública. La organización Temblores¹⁴ advierte que de los 39.613 casos de violencia cometidos por la Policía Nacional, sólo el 2,2% de ellos ha terminado en investigación y de acuerdo con la Procuraduría General de la Nación, se menciona que de los 8.167 casos que tienen reportados, sólo el 1% ha recibido una condena disciplinaria. Es evidente que la impunidad cuando se trata de miembros de las instituciones que deben “garantizar seguridad” sigue vigente y que por esa razón muy pocas víctimas se atreven a denunciar.

Para entonces Alexa Villada se había convertido en líder e inspiración para las mujeres trans y personas LGBT en su territorio, pues fue la primera mujer en recibir el cambio de cédula con su identidad de género gracias al Decreto 1227 del 4 de junio del 2015 que permite a las personas trans su cambio de sexo/género en la cédula de ciudadanía. Ella nunca denunció estos hechos victimizantes pero tiempo después, a ella y a sus amigas empezaron a llegarles panfletos amenazandolas por su vida, aparentemente firmado por un grupo paramilitar.

Ella y sus amigas decidieron tomar acciones al respecto, porque las amenazas pasaron de ser panfletos a llamadas

14 Cano, L. (2021). Una Sociedad Cansada de la Brutalidad Policial. Pares. Disponible en: <https://pares.com.co/2021/02/26/una-sociedad-cansada-de-la-brutalidad-policial/>

anónimas hostigándolas y presionándolas, decidieron entonces ir a la Fiscalía y presentar una denuncia por lo acontecido, pero se encontraron con un panorama desolador. La persona que las atendió, de nuevo se valió del discurso de culpar a la víctima para hacerlas desistir del trámite y les preguntaba “¿qué hicieron para que las estén amenazando?” Alexa intentó contar su historia, pero se encontró con lo usual, que si no había un testigo que comprobará los hechos no había manera de reconocerla como víctima en el Registro Único de Víctimas.

No obstante, no todo fue tan decepcionante, un funcionario de la Fiscalía amigo de ellas las ayudó con la denuncia y las registró como víctimas del conflicto armado por las amenazas recibidas. Aunque Alexa recibió una reparación económica, ella insiste que el número es mínimo comparado con los daños psicológicos, que si en el pasado hubiese tenido conocimientos de sus derechos habría sabido enfrentar estas violencias sin temor a esconderse, sin sentir culpa cuando quienes deberían sentir vergüenza son quienes le hicieron tanto daño.

“Lo hecho, hecho está. No hay como cambiarlo de manera psicológica o administrativa”, afirma ella con resignación, aunque reconoce que la atención psicosocial que ha recibido le brinda un poco de calma a su presente.

Alexa Villada es una mujer valiente que no teme contar su historia, cuando describe lo que le ocurrió, lo hace con la firme intención de sentirse escuchada para que

otras personas no pasen por lo mismo y conozcan que hay rutas de atención y denuncia, que puede que no tengan un resultado inmediato, pero que sus derechos deben ser reconocidos y hacerse valer.

“Somos humanos, también debemos ser escuchados, también sufrimos y hay todo tipo de violaciones en derechos desde la fuerza pública. A mí me pasó por falta de conocimiento, pero sé que alguien con la asesoría adecuada podrá encontrar la manera de enfrentarlo”. Estas son las palabras que enuncia Alexa cuando finaliza su relato, ella es consciente del liderazgo e inspiración que representa para sus amigas, es el reflejo de una lucha que lleva años enfrentando pero que con el paso del tiempo la ha fortalecido mucho, aún desconfía de la Fuerza Pública, pero se mantiene en seguir adelante con su carrera y proteger a las personas que le han brindado apoyo y hogar: sus amigas.



Amar para resistir y resignificar la propia historia

Sinopsis

Español

Elvira creció en zona rural del municipio de Saravena (Arauca). Allí en medio de las labores del campo se convirtió en una mujer fuerte que actualmente es una activista y lideresa social y junto con su esposa integran una colectiva lésbica que defiende los derechos de personas LGBT que fueron víctimas del conflicto armado en su departamento.

English

Elvira grew up in the rural area of the municipality of Saravena (Arauca). There, in the midst of farm work, she became a strong woman who is currently an activist and social leader that, together with her wife, is part of a lesbian collective that defends the rights of LGBT people who were victims of the armed conflict in her department.

“No necesité decirle a nadie, lo que me importaba era cómo me sintiera” expresa Elvira cuando habla de su orientación sexual. Ella se reconoce como lesbiana porque se dio cuenta que estaba enamorada de una mujer, y nunca vio la necesidad de comunicarlo a su comunidad.

Elvira Suárez nació en la zona rural de Arauca. Actualmente vive en Saravena con su pareja y ambas forman un hogar con sus perritos a quienes tratan como a sus hijos, sin embargo, el caso de Elvira es poco común, pues ella se convenció de su orientación sexual cuando conoció a Verónica a sus 33 años, con quien convive hace ya casi dos décadas, pues desde niña no le prestó atención a la importancia del género de la persona a la que decidiera amar.

En Colombia existe un machismo hegemónico, mayormente acentuado en los territorios periféricos del país, por eso Elvira cuenta que esos primeros años de noviazgo con Verónica tenían que esconderse, reprimir manifestaciones de afecto en espacios públicos y llevar su relación en secreto y aunque ellas se cuidaban mucho siempre habían murmuraciones y señalamientos de sus vecinos.

Para Elvira las violencias contra personas LGBT en el marco del conflicto armado son invisibilizadas, en especial sabiendo que las hostilidades y crueldades que han padecido históricamente, repiten una serie de patrones aberrantes que recaen en estigmas y un control moral que las condena por su forma de ser y sentir.

Elvira está segura de que existe un subregistro de las víctimas LGBT, ella cuenta que sabe de historias de personas que han sufrido masacres, amenazas, desplazamientos y muertes por su orientación sexual. “Éramos discriminados, no éramos bien vistos, no teníamos derecho a estar en el territorio y sí estábamos teníamos que estar ocultos”, menciona Elvira, recordando aquellos primeros años en que no podía disfrutar del cariño de su pareja en un lugar público y como muchas veces ese prejuicio y violencia era legitimado por la comunidad, pues los vecinos les decían que “no eran personas de bien”.

De acuerdo con un artículo de opinión de la Universidad de Antioquía, ser líder social y además persona LGBT en Colombia es un riesgo¹⁵, considerando que entre 2015 y 2019 hubo más de 400 homicidios y feminicidios contra personas LGBT, con un gran porcentaje hacia hombres gais y mujeres trans, partiendo del hecho de que la orientación sexual, identidad y expresión de género opuesta a la heteronorma sigue siendo un motivo para acabar con la vida de alguien.

15 León, J. D. (2019). Ser líder Lgbti en Colombia, un riesgo. UdeA Noticias. Disponible en: <https://bit.ly/3FbTgXZ>

La mamá de Elvira murió cuando ella tenía tan sólo siete años y ante este hecho su papá no estaba presente, razón por la cual fue su hermano mayor de 23 años quien se hizo cargo de ella y sus demás hermanos menores. Corría el año de 1993, ella y sus hermanos vivían en una vereda en Arauca, muy alejada de todo, pues no había luz, agua, ni acceso vial y el único carro que podría considerarse transporte público entraba una vez a la semana a ese lugar, e igual siempre los dejaba a una hora de camino.

Por ese entonces las FARC rondaban la vereda en la que vivía y nadie podía decir nada porque todos estaban amenazados, quien delatara su control en la zona o se quejara recibía la muerte como castigo. Un día sin avisar, sin tocar puerta o mediar palabra se llevaron a su hermano a la fuerza. Elvira tenía 16 años y desde ese día en que hombres uniformados entraron a las malas a su hogar no la ha vuelto a ver. Sospecha que está muerto, pero no entiende ¿Por qué se lo llevaron? ¿A qué se lo llevaron? ¿Dónde lo dejaron? ¿Si lo mataron, por qué lo hicieron? y ¿Si está muerto dónde lo enterraron?

Muchas son las preguntas que 34 años después no tienen respuesta. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica¹⁶ en Colombia, al menos 80 mil personas han sido víctimas de desaparición forzada, una forma de violencia utilizada como estrategia de guerra

16 Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018). Desaparición forzada. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico, Bogotá, CNMH.

para producir terror, causar sufrimiento prolongado, alterar la vida de familias por generaciones y paralizar comunidades y sociedades enteras.

Varias familias quedan con el corazón roto en una angustia permanente por no saber nada de sus seres queridos y no tener la certeza de que pueden darles un entierro y despedida digna según la creencia religiosa de cada cual. Es una herida por años que deja consecuencias irreparables en la salud mental de miles de familias que incluso hasta el sol de hoy desconocen el paradero de sus personas amadas, es una herida dolorosa como país que hasta ahora en los ejercicios de verdad y reparación se ha buscado dar una respuesta a estas personas que hacen mucho no saben nada de quienes perdieron por motivo de la guerra.

En el 2006, tres años después de haber conocido a Verónica y formalizado una relación marital con ella, empezaron a llegar panfletos y mensajes de texto a ella y a su pareja de un grupo armado ilegal. En estas amenazas les decían que debían irse de la comunidad, que tenían sólo unas horas para abandonar su territorio, que si no lo hacían o mataban a Verónica o le hacían algo a sus hijos que en ese entonces todavía estaban en el colegio.

En ese tiempo Elvira sentía mucho miedo de salir a la calle, de llegar tarde a su casa o de quedarse sola porque el temor era tanto a que atentaran contra su integridad, la de su pareja o la de sus hijos y lo más doloroso es que ella sentía que las otras personas de su comunidad

legitimaban estas violencias dado que de alguna forma estaban de acuerdo con los hostigamientos mediante panfletos de actores criminales, ya que la homofobia era un actitud predominante en sus vecinos.

Aunque Elvira decidió no desplazarse, esos años de intimidaciones vivió angustiada y no cambió de trabajo, sólo procuró cuidar a sus seres queridos y andar con más prudencia en las calles. Ella denunció este hecho a la Personería del Pueblo y a la Fiscalía y en ambas instituciones, pese a que la atendieron bien, los procesos se estancaron en una serie de papeleo que tuvo que firmar y enviar pero de los cuales nunca obtuvo respuesta, por eso ella y su compañera de vida no aparecen en el Registro Único de Víctimas. Elvira dice que las personas LGBT no existen para la institucionalidad, no hay políticas públicas ni enfoques diferenciales que consideren que ellos y ellas también han sufrido las violencias del conflicto armado e incluso dinámicas más perversas, contrario a otras personas, porque aquí les vulneran su derecho de amar.

Sin embargo, a sus ya casi cincuenta años Elvira Suárez se desempeña como guarda de seguridad y lideresa social en su territorio, gracias a que trabaja de la mano con activistas LGBT para documentar las violaciones que han vivido en el marco del conflicto armado colombiano, todo esto con la intención de esperar una reparación sobre estos hechos. “No se trata de que todos vayan a la cárcel, si no de que haya un evento nacional donde las FARC le pidan perdón de manera pública a

todas las personas”, señala Elvira, manifestando que la verdadera reparación es una garantía de no repetición de estos escabrosos sucesos.

En el informe de Caribe Informativo titulado “Resistimos callando, re existimos gritando: memorias de experiencias de sujetos colectivos LGBT en el marco del conflicto armado en Colombia”¹⁷ en el último capítulo menciona algunas recomendaciones de reparación colectiva y entre esas pedir perdón de manera pública a las víctimas es una posibilidad de reparación, que en el caso de Elvira es suficiente para dar tregua a la impunidad por los daños recibidos durante la guerra.

Sin embargo, desde el dolor, cada historia se puede resignificar y esto es lo que destaca Elvira, que luego de tantos momentos angustiantes, de vivir con la zozobra de no saber nada de su hermano, ella y varias personas LGBT en Arauca se han organizado. “Gracias a todo lo que nos pasó se creó una organización en la que hemos aprendido que nosotros también tenemos derechos y podemos reclamar a las instituciones que nos vinculen”. Esto expresa Elvira con sus ojos esperanzados que creen firmemente que desde estos escenarios de educación no formal se puede construir paz, fomentando la inclusión y el respeto, empezando desde los hogares, para que se reconozcan y acompañen a niños, niñas y adolescentes con orientaciones sexuales diversas.

17 Caribe Afirmativo. (2019). Nosotras Resistimos. Informe sobre violencias contra personas LGBT en el marco del conflicto armado en Colombia. Informe entregado a la Comisión Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

“Que el país reconozca que desde Saravena, Arauca hay población LGBT, que somos seres humanos y nosotros también sentimos y que a nosotros también nos duele, que tenemos igualdad de derechos y que nosotros también le apostamos a la construcción de paz”, con estas palabras Elvira Suárez cierra su relato, como lideresa social que promueve el respeto hacia los derechos de personas LGBT en su territorio, como mujer que ama a otra mujer con el orgullo y la tranquilidad que le brinda, reconoce que el amor le ha dado la fuerza para resistir y resignificar su historia.



“A mí no me reconocen por la diferencia, me reconocen por la igualdad”

Sinopsis

Español

Virginia Arango es una mujer lesbiana, comunicadora social y periodista y activista en Cauca. Desde niña se enfrentó a un sinnúmero de violencias con motivo de su orientación sexual. En la actualidad le hace frente al pasado que vivió con su liderazgo social y con el compromiso que la violencia sexual que vivieron muchas mujeres de su territorio no quede en la impunidad.

English

Virginia Arango is a lesbian woman, social communicator, journalist and activist in Cauca. Since she was a child, she has faced countless forms of violence because of her sexual orientation. Today she confronts the past she lived through with her social leadership and with the commitment that the sexual violence experienced by many women in her territory will not go unpunished.

*“No existe una pregunta que te coarte,
si no que te encauce, es darse la libertad de hablar
y atreverse a quitarse un peso de encima”.*

Virginia Arango nació en un pueblo del norte del Cauca y desde que tiene memoria ha sido una mujer lesbiana; actualmente es comunicadora social y periodista con un postgrado en gobierno y política. Ella vivía con sus padres y sus hermanos y eran una familia reconocida por la comunidad, su papá se dedicaba a transportar mercancía que ella ayudaba a cargar muchas veces y la presencia de guerrillas, especialmente del M-19, era frecuente en su pueblo.

Ella los veía como una especie de Robbin Hoods de la comunidad, pues robaban para llevar al mercado, leche, zapatos y juguetes a los niños y niñas. Sus primeros zapatos Verlon del colegio, fueron gracias a Carlos Pizarro. Según una investigación de la Universidad del Valle¹⁸, el M19 introdujo una novedad en las formas de resistencia política y sorprendió por las acciones armadas que realizaba. Virginia cuenta que los habitantes de su pueblo y en especial su familia simpatizaba con estos grupos armados, especialmente porque ejercían un control y defensa de los abusos de la Fuerza Pública.

18 Luna, M. (2006). El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia. Sociedad y economía. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99616145006>

Virgina desde muy chiquita se sintió atraída por las mujeres, lo sabía incluso desde los 9 años y describe que en esos juegos en las calles de su barrio, jugaban al “escondite americano”, que consiste que quien encontrará a las personas las sorprendía con un beso. Ella se escondía con las niñas y en una de esas su mamá la descubrió besando a una de ellas. En ese momento su orientación sexual fue de conocimiento público y su hogar se convirtió en su primer escenario de violencia, a pesar de que uno de que sus tíos también era homosexual. Años después, Virginia analiza la situación y dice “antes no me enloquecí” con la continuidad de frases y palabras soeces con las que se referían hacia ella por ser lesbiana.

Empezó a estudiar en un colegio de monjas y en ese entonces la homosexualidad aún era vista como una perversión o patología mental, a los 15 años la vieron besando a una de sus compañeras en los baños de su institución y esto le significó la expulsión del mismo. Desde adolescente se enfrentó a una serie de ataques homofóbicos y una discriminación recalcitrante tanto por parte de su familia, como de su comunidad, que se tradujo en visitas a psicólogos y psiquiatras, y en tomar medicinas para que se le quitara esa “desviación”.

Actualmente, su pueblo tiene más empatía con las personas LGBT, considerando que hay una extensa población que se identifica como tal, pero a los 17 años Virginia vivió uno de sus primeros hechos victimizantes por parte de la Fuerza Pública. Era de conocimiento de todos y todas que un comandante de la policía,

pretendiendo ejercer una especie de control moral sobre los y las habitantes de este territorio, imponía castigos severos a las personas del mismo sexo que descubriera teniendo manifestaciones de afecto o a quien viese consumiendo alguna sustancia psicoactiva. Una sanción inquisidora en la que amarraba a los jóvenes, hombres o mujeres a un palo justo al lado de un hormiguero y ahí los dejaba durante horas. Un castigo inhumano que vivió Virginia.

Al respecto, Caribe Afirmativo presentó ante la JEP, el informe “Aquí nadie pidió la guerra: Informe de violencias contra personas LGBT en el marco del conflicto armado en el norte del Cauca”¹⁹, que describe los crímenes de lesa humanidad que padecieron personas LGBT en el norte del cauca por todo tipo de actores armados, tanto legales e ilegales. Virginia piensa que este tipo de violencias estaban naturalizadas en su tierra natal, pero por ser conocida como “la arepera”, “la lesbiana” y un sinnúmero de agresiones, ella y su familia tuvieron que abandonar su hogar, pues tanto otros familiares como vecinos la llamaban y atacaban constantemente.

En una primera instancia se radicaron en Popayán y luego ella, junto con sus hermanos, se fue a estudiar su carrera en la Universidad de Occidente en Cali. Aunque

19 Caribe Afirmativo. (2021). Caribe Afirmativo presenta ante la JEP informe sobre persecución por prejuicios relacionados con las OSIGEG diversas que sufrieron las personas LGBT durante el conflicto armado en el norte del Cauca. Disponible en: <https://bit.ly/3BI9MO5>

estaba cumpliendo su sueño de estudiar comunicación social y periodismo, también tuvo que mantener su orientación sexual oculta, pues se trataba de un centro de educación superior privado, en los que ella por ser “pueblerina” y de un bajo estatus social ya era blanco de burlas y acoso en su contexto educativo. Si salía del clóset ante sus compañeros y compañeras, probablemente las humillaciones serían frecuentes.

El 14 de febrero de 1997 se graduó como periodista y se fue a vivir a Popayán con Marianela Gonzalez, quien era su pareja y le llevaba 13 años. Con Marianela pudo construir un proyecto de vida bonito, al principio fue difícil porque las hermanas de su pareja no la aceptaban y la agredían verbalmente cada vez que podían, entonces ellas decidieron comprar un lote y comenzar a construir una finca en el sector del Timbío. Empezaron de cero, construyendo ladrillo por ladrillo, sembrando árbol por árbol y aprendiendo a cuidar pollos, a cultivar la tierra y vivir de lo que su huerta les producía.

Fue una época tranquila para Virginia, pues no experimentó ningún rechazo por parte de sus vecinos de la vereda, por el contrario, su hogar siempre tuvo las puertas abiertas para quien lo necesitara y también hacían trueques con miembros de su comunidad. Ella permanecía todo el día con el mayordomo y la esposa de él, atendiendo labores del campo, y en las noches escribía y enviaba notas a un periódico para el que trabajaba, mientras que Marianela salía a trabajar y regresaba al anochecer.

En 1999 les llegó un panfleto, firmado por el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, en el que le exigían a varias personas abandonar sus tierras o si no las mataban. Tanto Virginia como Marianela decidieron no ponerle atención a este mensaje. Al año siguiente, recibieron un panfleto más personalizado en el que decía que por ser lesbianas daban mal ejemplo a la comunidad y que tenían tan sólo 24 horas para irse de allí. Esto no era cierto, ambas eran aceptadas por sus vecinos y tenían una estrecha relación con la presidenta de la junta de acción comunal. De nuevo hicieron caso omiso a la amenaza, pero el 13 de octubre del 2000 Virginia salió a fumarse uno cigarro y al regreso vio que la chapa de la puerta de su casa estaba dañada.

Había visto un taxi rondar por su finca y se le hizo muy raro, pues cada quien tenía su propio medio de transporte. Entró a la casa y un hombre la amenazó con un pistola, una 9 milímetros, explicó ella. Todos los muebles de la casa estaban revueltos, el mayordomo estaba golpeado y luego se percató que no era una sola persona sino seis y sólo uno de ellos usaba pasamontañas. La amarraron de manos y pies a su cama y le repetían constantemente frases obscenas sobre su orientación sexual, no fue violada, pero experimentó abuso y violencia sexual por parte de tres de los tipos que estaban en su casa.

Ella describe que eran altos y tenían aspecto vallecaucano, pues el acento tampoco le sonó familiar. Ellos le dieron un cachazo con la pistola y eso la dejó inconsciente durante cinco minutos. Cuando se despertó,

sintió un dolor muy fuerte en su cabeza y nariz, estaba ensangrentada y como pudo se levantó, salió y le pidió a uno de sus vecinos que llamaran a su pareja y que le dijeran que no viniera, pues su mayor preocupación era que estos criminales le hicieran daño a ella.

El CTI llegó a las siete de la noche e hizo una especie de parafernalia que para Virginia resultó inútil, su familia se espantó con lo sucedido y ella, en medio del episodio traumático que estaba viviendo, tampoco pudo contar con Marianela. Nada pudo ser igual para Virginia Arango después de lo ocurrido, su proyecto de vida se quebró, las consecuencias a su salud mental fueron irreparables, no quiso volver a esa finca que amaba tanto, no pudo reconstruir su relación con Marianela, se separaron y ella se quedó sin nada, porque en ese entonces no había ninguna legislación sobre la unión marital entre parejas del mismo sexo. Desde entonces los días se le volvieron una zozobra continua, con miedo a salir a la calle y paranoia de que en cualquier momento regresaren a lastimarla.

Fueron 14 años en silencio absoluto, en nombrar esta escabrosa historia y en creer que había sido delincuencia común, pues ella se resistía a convencerse de que lo que vivió fue un crimen de odio por parte de un grupo paramilitar. Sin embargo, al menos en lo que se refiere a su carrera, pudo salir adelante y ejercer en diferentes dependencias del departamento del Cauca.

Sus compañeros de trabajo le insistieron en que declarara y ella no quería, pero cuando escuchó que lo que vivió probablemente estaría asociado a la presencia de paramilitares en la zona del Timbío, que es donde quedaba su finca, su espíritu de investigación periodística se despertó y comenzó a investigar sobre el conflicto y descubrió que no había sido la única que sufrió estas vulneraciones, que en Argelia otra chica lesbiana resultó siendo víctima de estos perpetradores de maldad, bajo el mismo *modus operandi*.

Virginia Arango soñaba desde niña con ser periodista de guerra y cubrir los conflictos a lo largo y ancho del mundo, pero sin quererlo resultó siendo protagonista, narradora y lideresa de su propia historia. Identificó que en los horrores que vivió esa misma tarde, hubo tres hechos victimizantes: tortura, violencia sexual y desplazamiento forzado. Siguió indagando sobre los actores armados que había tenido Cauca y su incidencia en su control social y comunitario en los diferentes municipios.

En esos estudios concluyó que cada grupo armado tiene un *modus operandi* distinto, que para los paramilitares los panfletos y el control moral e intromisión en la vida de las personas era frecuente, una manera de sembrar terror y demostrar que su poder podía llegar a impactar hasta los más profundo de la vida personal de cualquiera que consideraran objetivo militar. Además, que no actuaban solos, sino junto con el Estado.

Virginia cuenta que entre el 2000 y 2008 ha habido más de 700 masacres en todo el departamento del Cauca y que muchas veces la impunidad de estos crímenes se debe a que el país tiene órganos de control poco fortalecidos y un sistema de justicia inoperante y nada efectivo.

Como periodista y persona que se ha dedicado a trabajar en el área de derechos humanos, ha analizado la ruralidad colombiana e infiere que las estadísticas históricas sobre el conflicto tienen mucho sentido, es decir, la mayoría de víctimas pertenecen a zonas rurales a las cuáles no llega el estado y que el campesino y campesina no pueden negarse ante presiones violentas de distintos grupos armados y que puede que la población afro o indígena del país haya vivido estas mismas vulneraciones, pero, a diferencia de la población rural, ellos cuentan con un sistema de seguridad ancestral integrado por miembros de sus comunidades.

Cada vez que Virginia cuenta su historia, siente que en lo profundo de su alma el dolor se le revuelve y la tristeza aflora. Si bien es cierto nunca recibió atención psicosocial o participó de un grupo de apoyo dirigido a mujeres víctimas, por su cuenta ella ha enfrentado sus procesos personales y más que erradicar la herida fundamental e inmarcesible que le dejaron estos acontecimientos, se trata de aprender a vivir con esa herida. Entender que sentimientos como la rabia, la frustración o la desolación que causa el recuerdo no se irán de la noche a la mañana, que se trata de enfrentarlos todos los días y negociar con estos fantasmas de la memoria.

Para ella, a la ruta de reparación a las víctimas todavía le falta mucho, dice que no hay sensibilidad ni empatía por parte de las personas que atienden estas diligencias, que no escuchan a las personas y que la verdadera reparación está en una escucha masiva y en la revelación de una verdad histórica como única manera de saldar la deuda que tiene el país con los millones de personas cuyos derechos han sido vulnerados durante el conflicto armado.

Virginia retomó su vida poco a poco, empezando de nuevo sin tantas comodidades económicas y trabajando precisamente por personas que han sido vulneradas en su región por parte de la guerra. Sin embargo, en varias ocasiones tuvo que soportar ofensas y violencia verbal contra su orientación sexual en espacios laborales, delante de organizaciones y diferentes líderes participantes en procesos de construcción de paz. Tanta fue su rabia que en una ocasión enfrentó a sus compañeros de trabajo, habló abiertamente de su orientación sexual e hizo hincapié en los comentarios prejuiciosos que recibió más de una vez por parte sus jefes y compañeras de trabajo. Ella los interpeló y los dejó callados. “La violencia estructural ocurre porque nosotros no tenemos líderes formados en el tema, ni personas amigables para el mismo. “A mí no me reconocen por la diferencia, me reconocen por la igualdad” señala Virginia, cuando manifiesta su incomodidad por recibir un trato diferente. “Está bien que nos vean como sujetos políticos por las condiciones especiales en que hemos sido violentadas a través de toda la historia, pero cuando usted tiene

un tratamiento diferente conmigo siento que me está minimizando”, es así como ella describe su lucha, una lucha por el reconocimiento en condiciones de igualdad que libra todos los días en su ejercicio laboral.

Aunque actualmente sigue trabajando para el Cauca, ella siente un gran desarraigo por su región como consecuencia de las agresiones que vivió. Aún sueña con envejecer escribiendo en una finca, pero de otro lugar nada cercano Cauca, porque teme que le vuelva a pasar lo que ocurrió 20 años atrás. No obstante, cuando rememora estos hechos y reflexiona sobre el impacto de su historia en sus liderazgos y actividades diarias se pregunta ¿cómo quitarle poder al dolor? Y pese a que reitera que ha aprendido a vivir con él, es consciente que ha sabido levantarse de los escombros por más horribles que hayan sido las circunstancias de su pasado, reconociendo su resistencia como mujer lesbiana, que ha sacado fuerzas de donde no las hay para salir adelante y ser dueña de su propio destino.



“Hay mucho dolor y preguntas sin respuestas, pero la vida sigue”

Sinopsis

Español

Gisell Chambueta es una mujer trans afro que vive en Caquetá y fue de las primeras mujeres en su territorio a la que expresar su identidad de género no le significó miedo si no orgullo. Desde muy niña recorría su vereda cabalgando vestida en faldas de muchos colores y enfrentando a aquellos grupos armados que querían silenciar su diversidad.

English

Gisell Chambueta is a trans woman of african descent who lives in Caquetá and was one of the first women in her territory to whom expressing her gender identity wasn't a source of fear, but of pride. From a very young age, she rode through her village dressed in colorful skirts and faced those armed groups that wanted to silence her diversity.

Antes del conflicto, la cotidianidad en la vereda Santa Rosa del Caguán consistía en irse a bañar al río, disfrutar de la compañía de los vecinos, participar en las reuniones de la Junta Acción Comunal y celebrar el mes de diciembre en comunidad. Así lo recuerda Gisell Chambueta, quien desde sus diez años se reconoce como una mujer trans, porque desde los seis años sus familiares y vecinos asociaban su delicadeza diciendo “ésta va a ser mariquita”. Contrario a todo lo esperado, a Gisell nunca le molestaron ni las habladurías, ni las exigencias y críticas de los demás, por manifestar gusto por las situaciones y lugares que tradicionalmente son asociados a lo femenino, como cocinar, ordeñar vacas, bailar, actuar, y expresiones que ella desafió al ser genuinamente diversa. Cuenta que la razón para no deprimirse por estos comentarios fue su abuela Aurora, quien desde niña le enseñó que “el que dirán” no importa, que fuese auténtica, que fuese ella, con sus colores y personalidad a todo lugar que llegara.

Gisell es una mujer afro, dice que por su color de piel ha vivido una serie de discriminaciones que se exacerban cuando las personas perciben su identidad de género.

De acuerdo con Tania Duarte²⁰, lideresa trans en Cartagena, el prejuicio es algo cotidiano, ella resalta que en los contextos afrodescendientes ser LGBT es invisibilizado, manifestando que muchas personas creen que esas “desviaciones” ocurren en el hombre blanco y no en el negro.

A su vez la organización Raza e Igualdad²¹ y la Fundación Grupo de Acción y Apoyo a personas Trans (GAAT), en diferentes eventos con lideresas y activistas afro que se reconocen como mujeres trans, han llegado a la conclusión de que su raza también es motivo de violencia, porque genera nuevas dinámicas de discriminación y marginalidad. Desafortunadamente Gisell no es la excepción a esta afirmación pues en varias ocasiones se ha sentido vulnerada por su expresión de género y además no cuenta con acceso a un trabajo o vivienda dignas, solo por el hecho de ser una mujer trans y afrodescendiente.

Cuando las FARC tomaron el control de su vereda, todo cambió y en mayor medida para las personas LGBT. Ella y sus amigos no podían reunirse en espacios públicos del caserío, jugar en la cancha, bañarse en el río

20 Caribe Afirmativo. (2016). Mujeres trans – afrodescendientes en contexto de marginación en Cartagena. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/mujeres-trans-afrodescendientes-contexto-marginacion-cartagena/>

21 Instituto Internacional sobre Raza, Igualdad y Derechos Humanos (Raza e Igualdad), La odisea de ser mujer afrodescendiente y trans en Colombia. <https://raceandequality.org/es/>. Disponible en: <https://raceandequality.org/es/colombia/la-odisea-de-ser-mujer-afrodescendiente-y-trans-en-colombia/>

Caguán, todos empezaron a desaparecer, otros a perder su identidad, es decir, tenían que cortarse el cabello y vestirse como hombres o como lo dictaban aquellos actores armados, y los padres de sus amigos y amigas optaron por enviarlos a lugares lejanos, porque temían por sus vidas.

Sin embargo, Gisell se quedó. Un día salió a montar a caballo, vestida de mujer, con sus faldas, cabello largo y se presentó ante integrantes de las FARC, quienes le dijeron que al menos ella se presentaba como era y no ocultaba su identidad. Poco a poco ella fue forzada a hacer actividades para el grupo armado, la obligaron a ser espía y era la encargada de vigilar y dar información del ejército o de cualquier situación que los pusiera en evidencia. Ella dice que la consideraban “la chismosa” y al adentrarse entre las entrañas de este grupo le permitió obtener sus primeros conocimientos en enfermería, pues en un momento ella era también la que curaba, atendía heridos y se hacía cargo de los caídos en batalla.

Recuerda con exactitud las bombas, los tiroteos, la ferocidad de la guerra que vieron sus ojos adolescentes. En ocasiones, tenía que ocultarse porque había cabecillas y jefes que a los que no les gustaba verla porque para ellos las personas LGBT y más una mujer trans eran “bichos raros”, les daban asco y los consideraban como lo peor. Una escena que recuerda mucho es estar escondida en un restaurante de tablas, observando a través de las rendijas a los comandantes y esperando que se fueran para poder salir y que no le hicieran daño. Aún esas

memorias del horror se hacen presentes en sus sueños, durante las noches tiene dificultad para dormir, tiembla y las pesadillas de aviones sobrevolando y tiroteos son muy frecuentes, es como si su subconsciente le recordara los rezagos de un pasado violento que no la deja en paz.

“La ley del monte es la ley de las FARC”, menciona Gisell, cuando recuerda el control y la violencia que ellos ejercieron contra su comunidad y como su sola presencia y el poder otorgado por las armas transformó las dinámicas de convivencia, de pasar de la armonía de la vida comunal al miedo, a cumplir unos códigos morales impuestos por su sistema patriarcal déspota y cruel. Si uno de los chicos tenía el cabello largo, ellos mandaban a contárselo y poco a poco iban desapareciendo o desplazando a personas que no acataran sus órdenes; algo así sospecha Gisell que ocurrió con uno de sus amigos.

Había un adolescente de trece años que se reconocía como abiertamente gay, solía hablar mucho con Gisell en la cancha, ya que con ella el chico se sentía entendido y comprendido, pues Gisell es una mujer muy empática y tiene el don de ganarse rápido el afecto de la gente por su extroversión y amabilidad. Un día dejó de ver a su amigo, algunos dicen que posiblemente las FARC lo desapareció, así como a muchas otras personas LGBT en la zona rural de Caquetá. Gisell cuenta que conoce muchos casos, de amigos y amigas LGBT que fueron desplazados y de los cuales no se sabe su paradero o incluso algunos murieron o los acribillaron por simplemente ser diferentes.

Según el informe de Caribe Afirmativo: “Juguemos en el bosque, mientras el lobo no está”²² que documenta las violencias que vivieron niños, niñas y adolescentes con orientaciones, identidades o expresiones de género diversas en el marco del conflicto armado, cuando los actores armados no podían “corregir” estas actitudes, o no había un resultado después del castigo severo al que sometían a sus víctimas, las dinámicas de violencias practicadas tenían que ver con tentativa de homicidio, feminicidio y en el peor de los casos con desaparición forzada, como es posible que le haya ocurrido al amigo de Gisell.

Entendiendo el género como una construcción social, este tipo de situaciones, de ver el mundo en binarios hombre y mujer, en una dualidad donde la diversidad no es aceptada y se asocia lo femenino como un grado inferior, historias como la de Gisell Chambueta dan cuenta que esta perspectiva es violenta, conlleva al dolor y a la opresión.

A esta serie de violencias y a las pérdidas cercanas que ella tuvo con motivo del conflicto armado, una de ellas fue la desaparición de su primo. Describe que esta situación desencadenó una angustia general en toda su familia, y que este quiebre se llevó la vida de su tía y la de su abuela con ella. Su tía murió por decisión propia

22 Caribe afirmativo. (2020). Juguemos en el bosque mientras el lobo no está y Violencias en el marco del conflicto armado contra niñas, niños y adolescentes con orientaciones sexuales, identidades y/o expresiones de género diversas en Colombia.

ante la desesperación de no saber nada de su primo y su abuela, quién siempre se caracterizó por ese amor desinteresado y puro que brindó a sus nietos, perdió el sentido de la realidad y comenzó a padecer demencia senil. Duró quince días desaparecida y la encontraron muerta en medio de un potrero, al parecer se cayó o tuvo un paro cardíaco mientras caminaba.

La muerte de su abuela partió en dos la vida de Gisell, ella era su persona favorita en el mundo, su madre, su amiga, su compañera de vida, quién jamás la rechazó y su aval y aceptación a su diversidad implicó que el resto de la familia quisiera a Gisell tal como es. La soledad se apoderó de sus noches y ese sentimiento de abandono se hizo presente, sin embargo, Gisell cuenta que no le hizo luto a su abuela, lo hizo por un consejo espiritual que le dieron y que se dedicó a fortalecer esos recuerdos que tenían juntas, sus conversaciones, sus charlas, cuando se pintaban las uñas y esa escena de las dos sentadas en la mecedora frente a los potreros de la vereda, oyendo a los pájaros cantar y a los niños bañarse en el río se inmortalizó en su memoria, por eso ella dice que su abuela no se ha ido, que por el contrario es el ángel que aún la acompaña.

Gisell actualmente se dedica al trabajo sexual y con la pandemia su situación económica se complicó. Ella, tiempo después de que falleció su abuela, decidió irse de su vereda por miedo y por una serie de amenazas que comenzó a recibir a través de mensajes de texto en su celular. Recuerda que todas las noches sobre las tres

de la madrugada llegaban unos hombres a su hogar a preguntar por ella, ellos estaban vestidos de negro y la llamaban por su nombre reiteradamente.

En el informe: “Entre Silencios y Palabras”²³, en el libro IV “Somos las más visibles y las menos visibles”, que describe la situación de violencias contra personas LGBT en el departamento de Caquetá, se menciona que a partir del año 2002 hubo una fuerte expansión de las FARC en el territorio, pues la guerrilla asentó puestos de control en varios municipios con el fin de ejercer un dominio sobre la región y también las zonas cercanas a fuentes fluviales como el río Caguán. Ante el control político, social y económico que ejercieron sobre el Caquetá y en especial en la zona rural, sumado al abandono del Estado, las comunidades se vieron obligadas a someterse a la violencia, por tanto el desplazamiento forzado fue la alternativa que tuvieron muchas poblaciones, en especial las personas LGBT, para huir y proteger su vida.

Para Gisell todavía hay noches y días que le cuestan mucho, pero sus sueños y ganas de salir adelante no la abandonan, pues desea estudiar enfermería o veterinaria y dedicarse a una profesión que le permita ayudar a los demás. La violencia aún no acaba, porque sigue recibiendo amenazas, no obstante Gisell tiene

23 Caribe Afirmativo. (2021b). Entre silencios y palabras Conflicto armado, construcción de paz y diversidad sexual y de género en Colombia. Libro IV. Somos las más visibles y las menos visibles. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2021/11/Entre-silencios-y-palabras-4.pdf>

una intención pedagógica cuando se le pregunta que recomienda para mantener los procesos de paz, reparación y memoria hacia las víctimas LGBT. Ella dice que llevar esta conversación a la zona rural, a las aulas, a los espacios de participación como en las juntas de acción comunal, es una opción para visibilizar a la población y contar lo que sucedió, hacer memoria de estos hechos como símbolo de lucha y no repetición.

Desconfía del Estado porque no le ha brindado ninguna ayuda económica, psicosocial o jurídica, también tiene conocimiento de amenazas colectivas que llegan frecuentemente a sus compañeras trans; ella dice que no denuncia por la inoperancia del sistema de justicia y por miedo a que le suceda algo a ella o a uno de sus seres queridos. Hace énfasis en que es necesaria una ayuda humanitaria en la pandemia, en especial, para las personas trans y se mantiene en que “hay mucho dolor y preguntas sin respuestas, pero la vida sigue”, y ese amor a la vida que tiene Gisell Chambueta es lo que la despierta todos los días y motiva a seguir sus sueños.



La valentía de reconocerse diverso en medio del conflicto armado en los Montes de María

Sinopsis

Español

Marcos Mejía es un hombre bisexual que por azares de un huracán llegó siendo paramédico a El Carmen de Bolívar (Bolívar), pero con el tiempo se convirtió en activista y defensor de los derechos humanos de personas LGBT.

English

Marcos Mejía is a bisexual man who by chance of a hurricane became a paramedic in El Carmen de Bolivar (Bolívar), but eventually became an activist and defender of the human rights of LGBT people.

“Dado que existe la presunción de que todas las personas son heterosexuales, se educa a niños y niñas bajo este parámetro, vigilando constantemente que los niños sean masculinos y las niñas femeninas. Cuando esta presunción no se cumple, estas personas son rechazadas desde edades tempranas y se enfrentan a diferentes formas de violencia como burlas, insultos y golpes, al igual que a diversas formas de exclusión”
Centro Nacional de Memoria Histórica – Aniquilar la diferencia (2015)

“**U**no se divertía porque ‘¡Ay, que me tocó el policía bonito!’, pero ya cuando uno empieza a analizar la situación y aprende algo sobre derechos humanos, se da cuenta de que eso era una violación, un abuso de autoridad”, así narra Marcos Mejía de manera desprevenidamente jocosa, uno de los horrores de la guerra, que con frecuencia es uno de los crímenes más difíciles de expresar con palabras y tan doloroso de denunciar: la violencia sexual. En medio de un contexto como el nuestro en el que las víctimas de este tipo de delitos no encuentran respuesta por parte de las autoridades para acceder a la justicia y están permanentemente expuestas a la revictimización de los funcionarios y de sus agresores, quizá sea la risa el atenuante perfecto para mitigar el daño emocional que generan estos recuerdos.

Marcos Mejía se identifica como un activista bisexual y defensor de derechos de las personas LGBTI, que vivió durante varios años en El Carmen de Bolívar, uno de los municipios más importantes de la región conocida como los Montes de María. Esta zona montañosa del Caribe colombiano, ubicada entre los departamentos de Bolívar y Sucre, ha sido un territorio permanentemente disputado por los grupos al margen de la ley en medio del conflicto armado que vive el país.

Según investigaciones del portal periodístico Verdad Abierta, a inicios de los años 80, grupos guerrilleros como las Farc hicieron presencia en la zona con el fin de crear una base social y controlar el territorio, aprovechando el intento fallido de reforma agraria de la época. Luego, a mediados de los 90, ganaderos y narcotraficantes de la zona pidieron apoyo a las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) e ingresaron a esta zona a punta de masacres y amenazas para apoderarse de la ruta predilecta para las economías ilícitas: quien controla los corredores estratégicos de los Montes de María obtiene el acceso al golfo de Morrosquillo, un sector clave para el tráfico de drogas y armas.

En medio del control ejercido por las FARC, Omar llegó a El Carmen de Bolívar a finales de 1988, cuando las costas del Caribe colombiano se vieron afectadas por el impacto devastador del Huracán Joan. Según información publicada por Revista Semana en esa

época, este fenómeno natural dejó aproximadamente 15 muertos, numerosas pérdidas materiales y miles de personas damnificadas que habitaban los departamentos de Magdalena, Atlántico y Bolívar.

La situación era crítica y más del 80% de los territorios de El Carmen sufrieron inundaciones. Por esa razón, Marcos fue uno de los miembros de la Defensa Civil que viajó desde Cartagena para atender a la población afectada. Sin embargo, con más razones para quedarse que para volver a Cartagena, Marcos decidió empezar una nueva vida en el municipio montemariano. Además de los amigos que conoció en la Defensa Civil, Marcos conoció a una pareja de profesores que, según él, lo adoptaron como familia y lo hicieron sentir como un carmero más: “Ya ellos fallecieron, pero las hijas me quieren como un tío y son mis primas. Yo les digo primas, aunque no tenemos los mismos apellidos”, cuenta Marcos con la gratitud de quien es bien recibido como si tuviera lazos de consanguinidad.

El calor de hogar que Marcos encontró en El Carmen y que quizá nunca recibió en Cartagena contrasta con la situación de violencia que se vivía de puertas hacia afuera en los municipios de los Montes de María: “Yo salí de una ciudad sanita, como decían de Cartagena, que era un poco más tranquila; a llegar a un sitio en donde vivía cotidianamente con bombas, muertes. Que tú estés en un billar y de pronto alguien salga y le haga un tiro a las dos personas que están al lado tuyo sin tú saber por qué, eso lo marca a uno”, así narra Marcos

aquello que hiere cuando se recuerda, pero que se queda para siempre grabado en la memoria. Y es que a este activista no solo le tocó vivir las épocas más crudas de la guerra en la región cuando el conflicto se recrudeció entre 1997 y 2001 por la disputa territorial entre los paras y la guerrilla, sino que también enfrentó, junto a otras personas que se identifican como LGBTI, la violencia aleccionadora de la Fuerza Pública.

Según cuenta Mejía, miembros de la policía raptaban a los jóvenes de orientaciones e identidades sexuales diversas del municipio y abusaban sexualmente de ellos: “montaban a los chicos en la camioneta y se los llevaban para El Aterrizaje -El Aterrizaje era el aeródromo de aquí de El Carmen de Bolívar-, tenían sexo con ellos allá, había penetración y los dejaban botados. Ellos (los policías) venían en las camionetas o en las motos y a uno le tocaba venirse a pie”. Estos hechos que narra Marcos de forma desgarradora también se presentaban en las instalaciones de la institución: “O si no, llegabas a una esquina, te detenían, te subían a la camioneta y te llevaban a la estación y para tú poder salir no te anotaban en la bitácora, sino que tenías que tener sexo con ellos”, agrega Omar en medio de la intranquilidad que le generan los recuerdos.

Meza cuenta, además, que esta escena se repetía en diferentes ocasiones en contra de él y de sus amigos: “a mí al Aterrizaje me llevaron dos veces y a la estación de policía como tres, cuatro veces”. Incluso, tuvo que ver cómo algunas personas a quienes él apenas reconocía

se las llevaron y nunca regresaron: “hubo chicos que entraban, que los subían a la camioneta (...) pero no supimos nunca si fue que los mataron, nunca regresaron al pueblo, no sabemos de ellos, ni nada. Lastimosamente no tenemos ni los nombres, ni nada. Solo los conocíamos así de vista”.

La manera en la que a Marcos le cuesta recordar quiénes fueron las personas desaparecidas en su región parece ser un síntoma de la ausencia de información alrededor de esta forma de violencia contra personas LGBTI en el resto del país.

Según el Registro Único de Víctimas (RUV), de las más de 100 mil personas dadas por desaparecidas, entre víctimas directas e indirectas, tan solo 62 son LGBTI. El lector desprevenido podría interpretar que no son datos significativos y que no habría razón aparente para alarmarse. Sin embargo, frente a este reporte oficial, es razonable suponer que existe un subregistro debido a las dificultades que tienen los familiares y amigos de las personas desaparecidas para reportar la identidad de género y la orientación sexual en los formatos institucionales o, incluso, cuando son personas excluidas de sus núcleos familiares por motivos discriminatorios, lo difícil que alguien pueda, legalmente, reclamar su desaparición. Más allá del número, lo cierto es que historias como las que menciona Omar aún están sin contar y el país corre el riesgo de no conocer la manera en la que se ejerció este tipo de violencia tan atroz, de que el discurso oficial continúe desconociendo las

discriminaciones históricas y le dan lugar al olvido, a perder el rastro.

Y cómo no pensarlo, si el conflicto armado nos ha mostrado las peores facetas de la discriminación contra las personas LGBTI y un intento constante por moldear sus comportamientos. Según el relato de Marcos, la violencia contra él y sus cercanos no se limitó al abuso sexual por parte de la Policía en los espacios privados, también se vio reflejada en el rechazo, la discriminación y la eliminación de sus formas de expresión en los lugares públicos: “De pronto cuando lo veían a uno en el parque le decían ‘quítense de aquí, maricas de mierda (...) ubíquense o los metemos presos’”. Así recuerda Omar el maltrato que recibían por parte de miembros de la Policía Nacional, como si la sola presencia de las personas LGBTI representara un riesgo para la comunidad, como si ese machismo que permea las costumbres del Caribe se fuera a dinamitar por dentro por la manera en la que se expresan quienes se identifican de formas diversas, como una condena a permanecer invisibles y distantes: “si eras marica, eso se pegaba. No permitían que el marica abierto anduviera con jóvenes porque eso se les pegaba, era una mala influencia”, agrega Omar en su afán por explicar los excesos de la discriminación.

Sin embargo, el intento por establecer códigos de conducta con el fin de preservar un orden impuesto no se limitaba a las acciones de los miembros de la Fuerza Pública. Los grupos al margen de la ley, como parte de su estrategia de control social, también impartían

lecciones violentas de comportamiento a las personas en la región: “Por ejemplo, no se permitía que los hombres tuvieran cabello largo o que usaran arito. A las mujeres con ombligueras las castigaban, uno se tenía que vestir muy recatado”, recuerda Omar mientras explica las acciones violentas de las FARC en los Montes de María.

Al respecto, Meza agrega que las personas LGBTI fueron uno de los blancos principales de este tipo de violencia simbólica que busca moldear la conducta a través del terror. De hecho, cuenta él que estaban expuestas a un doble riesgo: si la guerrilla notaba que los subían a un vehículo de la Fuerza Pública, en los que eran conducidos para violentarlos sexualmente, los tildaban de informantes. Y si querían castigarlos por su forma de expresarse, los amenazaban al punto de obligarlos a permanecer invisibles o a desplazarse de manera forzada. Si no acataban las órdenes de los armados, podían ser asesinados: “hubo como dos o tres asesinatos de miembros de la comunidad (...) y hubo como dos o tres muertes de personas que no se *autorreconocían*, pero que el pueblo sabía que sí lo eran”, explica Marcos como quien normaliza el conflicto después de vivirlo por años.

El riesgo que enfrentaban las personas LGBTI no se apaciguó con la llegada de los paramilitares a la región, por el contrario, se incrementó y, según Marcos, el temor se hacía más palpable en lo cotidiano. El grupo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que hizo presencia en la zona se autodenominó “Héroes de los Montes de María”, un nombre vanidoso, revestido de

ínfulas de valentía, pero que en la práctica cometió los actos más cobardes contra los habitantes indefensos de la región. Según el portal Verdad Abierta, los paramilitares fueron responsables de 56 masacres, casi cuatro mil asesinatos y de más de 200 mil hechos de desplazamiento forzado en esas tierras.

La llegada de este actor armado no modificó las formas de la violencia contra las personas de identidades y orientaciones sexuales diversas, por el contrario, combinó e intensificó las ya ejercidas por la guerrilla y la Fuerza Pública. Según Mejía, varias personas que se identificaban como LGBTI fueron víctimas de violencia sexual por parte de miembros de este grupo armado en los municipios de El Carmen de Bolívar y Zambrano. También se presentaron homicidios selectivos y amenazas: “hubo un momento en que pasaron un panfleto en donde metieron a varios de la comunidad y, por ejemplo, pasaron una carta en donde pintaron un ataúd y dentro estaba el nombre de amigos de aquí”, recuerda Marcos con profunda tristeza.

Para Mejía la situación fue aún más compleja por su trabajo como paramédico en gestión de riesgo, labor que le dio la oportunidad de generar ese lazo afectivo con la región de los Montes de María. Según él, las labores de atención médica a combatientes lo pusieron en un riesgo inminente: “nosotros tenemos que atender sin distinguir religión, si son paracos, si son policías y a veces había heridos y ellos ya sabían que yo me movía con la Defensa Civil”, recuerda Omar sobre la encrucijada que tuvo que

enfrentar permanentemente. Agrega él que para la época se identificaba abiertamente como bisexual y que esto aumentó su riesgo: “Comencé a andar con la comunidad, la población diversa abierta de aquí del Carmen y ya me vieron como una marica más, que es enemiga del pueblo (...) porque yo podía contagiar, transmitir enfermedades, que ser marica se pega, que tal cosa”.

A partir de las amenazas por su orientación sexual y por la labor que desempeñaba como miembro de la Defensa Civil, Omar Meza vivió en diferentes municipios de Bolívar como Zambrano, Córdoba Tetón, San Pablo y Magangué. En estos lugares conoció a personas amigas que pertenecen a lo que él cariñosamente denomina como “la comunidad” y tuvo que enfrentarse también a situaciones de violencia por identificarse como persona LGBTI. La discriminación se convirtió en ese pesado morral de ladrillos que cargaba a donde fuera, pero que también se transformó en un motivo más para reclamar sus derechos y de paso contribuir a que otros tuvieran la misma fortaleza y la misma valentía para exigirlos. Por eso, años después, Omar regresó a El Carmen de Bolívar, asumió la responsabilidad de liderar la organización “Todos somos iguales” y, en 2016, empezó a coordinar la Casa de Paz de Caribe Afirmativo en el municipio.

Parte de su labor como activista y defensor de los derechos es orientar a otras personas y, sobre todo, motivarlas para que conozcan las rutas dispuestas por el Estado para garantizar derechos constitucionales como la vida, la igualdad y la justicia. Para Omar no ha sido

nada fácil superar los obstáculos institucionales que le permitan obtener el reconocimiento de las violencias que han marcado su cuerpo y su alma y que en gran medida le han dificultado acceder a una reparación colectiva: “muchos de los chicos cuando fueron a hacer esa declaratoria ante los funcionarios de la Defensoría del Pueblo no se las aceptaron porque tenían que mostrar pruebas, uno de esos fui yo. O sea, a mí no me aceptaron el acto de abuso sexual, sino el de desplazamiento porque yo no tenía las pruebas de que me estaban violando”, explica Marcos con la impotencia y el inconformismo que generan este tipo de situaciones.

A pesar de esto, Marcos Mejía todavía espera ampliar su declaración para que los hechos de violencia sexual sean reconocidos y, de esta manera, mantener la esperanza de que la impunidad no borre las atrocidades de su pasado y el de muchos otros jóvenes que sufrieron en silencio. En un país que tiene una facultad incomparable para olvidar sus horrores, el trabajo de personas como Marcos resulta supremamente valioso para que las personas LGBTI sean escuchadas y nunca más vuelvan a ser invisibles o anuladas para la conveniencia de quienes buscan imponer un orden heteronormativo. La lucha histórica por la reivindicación de derechos es, sobre todo, una apuesta para que la memoria colectiva contenga los relatos de los vejámenes de la guerra, aquellos que marcaron a quienes se identifican como diversos y que a diario dedican su vida a reafirmar sus orientaciones e identidades.



“¡No voy a permitir que el miedo me gane!”

Sinopsis

Español

Alejandra García es una mujer lesbiana que ama el fútbol, desde niña era la delantera estrella en los campeonatos de su colegio. Sin embargo, la violencia de los actores armados detuvo estos espacios de deporte y recreación en su comunidad.

English

Alejandra García is a lesbian woman who loves soccer; ever since she was a child, she was the star striker in her school's championships. However, the violence of the armed actors stopped these spaces for sports and recreation in her community.

Eran las tres de la tarde, García llevaba la pelota, el público de la vereda seguía con su mirada el partido del campeonato de fútbol femenino de San Vicente del Caguán. Sus compañeras le hicieron señas ¡era su oportunidad! Con tan solo una patada podía hacer gol y asegurarle el triunfo a su equipo. En efecto, su poderoso talento hizo que pateara el balón y la arquera no alcanzara a taparlo, todos cantaron ¡Gol! pero por muy poco tiempo.

El rechinar de las botas con el pasto se escuchó a lo lejos, un grupo de hombres armados encapuchados se acercó e irrumpió el partido. La comunidad retrocedió pero ninguno fue capaz de darse a la huida por el miedo, Alejandra se quedó paralizada, ella y las otras niñas se quedaron expectantes, unas corrieron a buscar a sus padres o amigos. Alejandra se quedó ahí. Los hombres miraban a todos lados, como buscando a algo, señalaban a algunos chicos, un tipo con pasamontañas, botas de caucho y vestido con traje militar que cargaba una escopeta se acercó a ella y la señaló delante de todos los demás.

Alejandra tenía doce años cuando miró a los ojos la cara del conflicto armado en su municipio, afortunadamente

ese día no se llevaron a nadie y su presencia e intento de reclutamiento forzado a menores de edad solo fue un susto. No obstante, ni ella ni sus padres o personas que fueron testigos de este hostigamiento denunciaron este hecho por miedo a que tomaran represalias contra alguien de la comunidad. Actualmente ella tiene veintiocho años y es una mujer lesbiana que se dedica a ser jefe de seguridad de un supermercado en su región

San Vicente del Caguán es un municipio del departamento del Caquetá, que para comienzos de 2000 se convirtió en zona de despeje²⁴, luego de que no se concluyeran los procesos de paz iniciados por el presidente Andrés Pastrana. De ahí que la retoma del Caguán se considerara una campaña militar llevada a cabo el 21 de octubre de 2002, porque para entonces las FARC-EP concentraban sus integrantes en varios territorios y tenían gran incidencia en los factores políticos, económicos y sociales de la región. Sin embargo, tres años después de que este grupo insurgente fuese la única fuerza militar en el Caguán, el 20 de febrero del 2002 culmina el acuerdo que se había pactado entre el gobierno y las FARC, generando así el retorno de la Fuerza Pública.

Alejandra creció en este ambiente de tensión, en un panorama de conflicto en el que veía truncado su proyecto de vida, sus espacios de recreación y amor

24 El Universal. (2012). Vuelve la esperanza a San Vicente del Caguán. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/nacional/vuelve-la-esperanza-san-vicente-del-caguan-66124>

por el deporte. Era tan sólo una niña que poco a poco descubría su orientación sexual, descubrió que se sentía atraída por las mujeres y si antes de “salir del armario” no tenía tranquilidad por el contexto de la guerra, comunicar a su familia o que las personas de su barrio notaran su orientación sexual le significó una sensación de zozobra constante.

Actualmente vive con su pareja y aunque sus padres ya aceptaron su orientación sexual y respetan sus decisiones cuando de amor se trata, sus suegros, es decir, los padres de su compañera de vida siguen incómodos con esta decisión.

Alejandra García fue juzgada por la sociedad desde muy niña, por manifestar interés en asuntos asociados a lo masculino, como jugar fútbol e incluso su contextura física según las demás personas no eran de una “niña” si no de una chica ruda, porque tiempo después del intento de reclutamiento por parte de la guerrilla muchos dijeron que la señalaron por eso.

Si ya era difícil ser una mujer lesbiana en su entorno inmediato, serlo en un municipio que todo el tiempo se encontraba entre enfrentamientos por distintos actores armados, era aún peor. Alejandra no podía tomar de la mano a su pareja en los espacios públicos, no podía reunirse con otras personas LGBT, porque ellos vigilaban, detenían y buscaban eliminar estos espacios, así sólo fuesen con la intención de generar lazos de confianza y amistad

“Era como si nos trataran de imponer su ideología” señala Alejandra, cuando recuerda el miedo con el que vivía en esos años. Sin embargo, la discriminación hacia personas LGBT no sólo era cuestión de grupos armados, si no de la sociedad en general, incluyendo la institucionalidad, como también por parte de centros de salud. Por ejemplo, una de las formas de violencia más comunes era la conocida como “limpieza social”, ella dice que es como “si quisieran limpiar el pueblo de nosotras”.

Cuando los actores armados distribuyen estos panfletos, generalmente en el que amenazan a “ladrones, viciosos y homosexuales” hacen referencia a ese control de los cuerpos que deben cumplir los estándares de heteronormatividad impuestos por ellos, haciendo una especie de vigilancia y sanción a quienes incumplan estas normas²⁵ y así sucedió con un conocido de la vereda, un chico de 17 años abiertamente gay que fue desaparecido por las FARC.

Según Alejandra eso fue en el año 2012 que desaparecieron a su compañero, lo cuál aumentó el miedo entre las personas LGBT del territorio y fortaleció ese ocultamiento al que sometían vivir su homosexualidad. “Es como si nuestra condición sexual

25 Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual. (2012). El Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual, presente en la Marcha de la Memoria por la Verdad y la justicia . Disponible en: <http://memoriadiversidadsexual.blogspot.com.co/2012/03/el-archivo-de-la-memoria-de-la.html>

fuese un gran enemigo para ellos”, recuerda Alejandra reflexionando lo mucho que le ha costado a ella y a otras personas diversas ser aceptadas en sus territorios, pues la discriminación es constante, porque rechaza a quienes son diferentes.

Alejandra por un momento de su vida pensó que su homosexualidad le cerraría muchas puertas: el afecto de su familia, oportunidades laborales y académicas y ella intentó muchas veces llevar una vida ocultando su orientación sexual, pero cuando se animó a contarle a sus seres cercanos de su amor por las mujeres todo cambió. Sin embargo, su valentía y coraje, valores que la caracterizaron desde niña fueron más fuertes, como triunfaba en los campeonatos veredales triunfó en su vida y no dejó que el miedo le ganara la jugada.

Algo que ella destaca es como el conflicto, sumado al temor frecuente y la presencia de actores armados y de estar viviendo una especie de fuego cruzado entre militares y grupos al margen de la ley, quebró sus proyectos de vida y desdibujó su adolescencia, siendo una etapa propicia para fabricar buenos recuerdos. El conflicto opacó toda posibilidad de seguir los campeonatos, de visitar veredas y además eliminó todo espacio que permitiera un intercambio con la comunidad y seguir compartiendo entre amigos, amigas y vecinos.

“Ellos nos veían como una abominación, como algo bochornoso y solían ser violentos, no teníamos la libertad de tomarnos la mano y muchos menos darnos un beso”,

reflexiona Alejandra. Especialmente la libertad fue uno de los derechos que ella sintió que le fueron vulnerados, la libertad de amar, de ser, de compartir, de vivir una vida tranquila y armónica, por supuesto esto retrasó los procesos políticos de organización de colectivas LGBT.

Cuando a Alejandra le preguntan por las consecuencias que dejó el conflicto armado en ella, no duda en hablar de salud mental, porque recuerda cómo la pérdida de uno de sus primos dejó un vacío profundo en su familia; aún no se sabe nada de él, se sabe que lo intentaron reclutar forzosamente y que lo asesinaron pero que su familia nunca pudo darle una sepultura digna y no se conoce el paradero de sus restos. Ella se sentía deprimida, rechazada y no tenía interés en compartir con nadie, o relacionarse con los demás.

“No voy a permitir que el miedo me gane, voy a seguir con mi vida adelante, voy a seguir mis proyectos independientemente de la situación que viva”, enuncia Alejandra muy segura y convencida que pase lo que pase nadie le va arrebatar el deseo de seguir en pie de lucha, puede que en el pasado se haya deprimido pero son más fuertes las ganas de conformar un hogar, de seguir compartiendo su vida con su pareja. Por eso como mujer lesbiana que vivió el conflicto desde muy niña hace énfasis que es necesario que las políticas públicas para personas LGBT no sólo se queden en el papel, si no que existan más oportunidades, más seguridad y más acompañamiento de la institucionalidad, que de acuerdo con su experiencia son quienes más indiferentes han sido

a los testimonios de violencias que vivió la población LGBT en el marco del conflicto armado.

Ella lamenta la pérdida de personas LGBT de su territorio que pudieron haber dado grandes aportes a la sociedad, condena esas desapariciones forzadas que cometieron actores armados contra ellos y ellas, en particular cuando estas atrocidades atentaron contra la vida de menores de edad abiertamente homosexuales. Hasta el momento, luego de la firma del acuerdo de paz en 2016 y los procesos de reparación y construcción de memoria histórica que se han dado y las audiencias a las que han citado a excombatientes, ante la Jurisdicción Especial para la Paz, JEP, Alejandra no ha tenido conocimiento del primero que sea juzgado por crímenes contra personas LGBT.

“La vida no es fácil, la vida tiene una serie de obstáculos hay personas que nos quieren hacer el bien, como otras que solo hacen el mal”, esa es la gran conclusión de Alejandra García, que justo ahora sueña con forjar una economía, intentar hacer una carrera profesional y poder formar un hogar. Pese a que ella siente que la sociedad ha evolucionado y que ser una persona LGBT no implica el mismo tabú y temor de antes, concluye que todavía queda mucho trabajo por hacer. Sueña con el día de que a ninguna persona LGBT se le nieguen sus derechos, que sean tenidos en cuenta como cualquier otro ser humano y mientras tanto cree en la sensibilización y en que poco a poco la sociedad va estar más abierta a la diversidad.



Resistir entre aguaceros de indiferencia

Sinopsis

Español

Federico Arenas es un hombre gay afrocolombiano que creció en Chigorodó (Antioquía). Se dedicaba a cuidar los cultivos de su vereda junto con su mamá, pero la violencia y terror que sembró el conflicto armado causaron que abandonara su hogar. Ahora es un líder social que se dedica a promover acciones solidarias a la población más vulnerable en su municipio.

English

Federico Arenas is a gay Afro-Colombian man who grew up in Chigorodó (Antioquia). He used to take care of the crops in his village with his mother, but the violence and terror brought about by the armed conflict caused him to abandon his home. Now he is a social leader dedicated to promoting solidarity actions for the most vulnerable population in his municipality.

La carretera que comunica Apartadó y Chigorodó está adornada por cultivos de plátano, que se asemejan a un bosque tupido verde de hojas amplias que adornan la entrada de este municipio del Urabá antioqueño. Mientras el olor a humedad que se mezcla con el de la tierra anuncian un aguacero monumental, Federico Arenas[i] comienza a contar su historia.

Federico actualmente tiene 48 años y vive en el casco urbano de Chigorodó, es activista y hace parte de la Mesa Diversa de su municipio en la que ejercen liderazgo y se dedican a labores comunitarias que promueven acciones solidarias con poblaciones vulnerables, especialmente niños, niñas y adolescentes. Federico se levanta de la mesa, pide un vaso de agua y se queda mirando a la ventana, poco antes de que termine de beber y poner el vaso de nuevo a la mesa se despliega un aguacero que se convierte en la banda sonora de su relato.

Cuando Federico era un joven de 22 años, vivía en una vereda de Chigorodó con su mamá, desde ese entonces ya se sentía orgulloso por dos cosas: su orientación sexual y su color de piel. Era un adolescente abiertamente gay que se sentía aceptado por su comunidad, pues nunca antes había escuchado algún comentario de rechazo por

su orientación. Él cuidaba una parcela con su mamá, pero entre mayo y abril del 1992 empezaron a notar una rara presencia en su territorio, como un halo de guerra y tensión.

La llegada de las FARC a la vereda comenzó con campamentos aledaños a quebradas y montañas, empezaron a cobrar vacunas a varios terratenientes y a pedir gallinas e insumos de cocina para poder preparar sus alimentos. Federico recorría el campo cuidando los cultivos de la parcela y sentía que esos uniformados repetían en voz baja “hijueputa marica, esta bueno como para matarlo, son seres que no deberían vivir en esta tierra”, esos chismorreos fueron las primeras amenazas contra su integridad.

Para los primeros días de junio, las FARC se habían tomado por completo la vereda, controlaban la entrada y salida de las personas y quien bajaba al casco urbano le ponían un escolta vestido de civil, que vigilara que no los fuesen a denunciar con ninguna entidad. Para esas fechas Federico, quién ya sentía temor, salió a caminar por los potreros y cruzar la quebrada para cuidar un cultivo de maíz y en el ejercicio de su labor, tres hombres de las FARC lo llamaron a que se acercara, él desprevenido y preocupándose por el motivo de este llamado accedió y lo siguiente fue la materialización de esas primeras palabras crueles que escuchaba a lo lejos.

Al rato no eran 3 hombres, si no 10 que lo amarraron y le ordenaron quitarse la ropa, él se negó pero amenazaron con hacerle daño a su mamá. Tenían muy bien pensado lo que harían esa mañana, lo que siguió a ese forcejeo fue una violación y una secuencia de acciones propias de un grupo de monstruos. Pasado el mediodía y con fuertes dolores en el cuerpo y en la cabeza, se levantó como pudo y regresó a su casa. Se acostó en su cama, no le dijo nada a su mamá y guardó ese secreto como un yunque, como un peso en su memoria que tendría mucho miedo a enunciar en voz alta, por la burla y revictimización que podría experimentar si lo contaba.

De acuerdo con el periódico El Tiempo²⁶ la Unidad de Víctimas registra más de 650 casos de hombres que fueron violados en el marco del conflicto armado, incluso hay cifras desde 1985 y sin embargo, este sigue siendo un tema tabú al momento de hablarlo. Los departamentos en los que se concentra este repudiable crimen son Antioquia, Valle del Cauca, Nariño y Bolívar. Es probable que esta práctica criminal tenga un amplio subregistro, considerando la hegemonía de un sistema patriarcal y el miedo al qué dirán, pues las anteriores son las razones principales que impiden que las víctimas cuenten estos hechos.

26 El Tiempo. (2014). El drama de los hombres violados en la guerra. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14496395>

Pasaron muchos años para que Federico pudiera contar esta historia. Él recuerda ese mes de junio de 1992 como si fuese un cuento de terror, una secuencia de días que parecían sacados de un relato de horror medieval, pues el 20 de junio las FARC llamó a todos los miembros de la vereda, les ordenó salir de sus casas y junto a una corraleja amarraron a un hombre, lo torturaron y acribillaron frente a los ojos de todos y todas. Esto con el fin de amenazarlos, porque luego de lo ocurrido les dieron pocas horas para abandonar sus hogares sin ninguna oportunidad de recoger sus cosas, por eso la mayoría salió del caserío con solo la ropa que llevaban puesta, porque si se resistían podrían hacerles lo mismo que a este señor, que según rumores fue sometido a semejantes atrocidades por negarse a pagar una vacuna.

Las consecuencias en la salud mental de Federico fueron catastróficas; desde estrés postraumático, aislamiento, depresión, miedo a relacionarse con otras personas, hasta una ruptura al momento de estar con sus parejas; él cuenta que sentía que se iba a desmayar y que este episodio de su pasado afectó por años sus relaciones sexoafectivas.

El Urabá antioqueño pese a que se destaca por sus paisajes, la diversidad de sus ecosistemas y sus habitantes, históricamente ha sido territorio de conflicto y de la proliferación de distintos tipos de actores armados. Ese mismo año en que Federico y su mamá fueron desplazados forzosamente de su vereda, en

agosto de 1992²⁷ la madrugada del día 23 de ese mes, 10 paramilitares ingresaron al barrio Kennedy en el municipio de Chigorodó y asesinaron a 6 personas que se encontraban en una fiesta en medio de la calle. En ese momento los “paras” llegaron con una lista en mano y pidieron una documentación a las personas y quienes no tenían papeles o aparecían en su lista fueron asesinados.

Después se comprobó que estos hechos ocurrieron en complicidad con la Fuerza Pública, en ese momento los grupos que delinquían en la zona eran los grupos paramilitares de los hermanos Castaño y el Bloque Quinto y 58 de José María Córdoba de las FARC, estructura que desde el 2008 es conocida como el Bloque Iván Ríos.

Ante este panorama desolador, Federico trató de recuperarse del trauma psicológico que le dejó aquel suceso con las FARC y poco a poco, él y su mamá salieron adelante pese al ambiente de tensión y guerra que se vivía tanto en la ciudad como en el campo. Al principio Federico contó una versión distinta del desplazamiento, omitiendo varios detalles por miedo a que tomaran represalias y atentaran contra la vida de él o su mamá, luego gracias a que conoció a unas mujeres activistas de una ONG, ellas lo llevaron a Bogotá y fue hasta el 2014 que se atrevió a describir a detalle lo ocurrido aquel 3 de junio de 1992.

27 Rutas del Conflicto. (2019e, noviembre 10). Masacre de Chigorodó 1992. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/chigorodo-1992>

Con el auge del proceso de paz y la firma del mismo, él se sintió motivado a contar su historia con la garantía de una no repetición no sólo para él si no para las generaciones más jóvenes. Sin embargo, aunque siente que él puede vivir con tranquilidad y todavía lidia un poco con las consecuencias psicológicas que dejaron aquellos hechos de hace ya casi treinta años, está comprometido con el activismo y estar rodeado de personas LGBT en la Mesa Diversa de su municipio le permite proteger lo derechos humanos de las personas LGBT de su territorio y participar activamente en las políticas del mismo.

A pesar de que la historia de Federico es una muestra invaluable de su resiliencia ha habido una nueva reconfiguración de grupos al margen de la ley en los últimos años, según varios medios de comunicación hay alrededor de 23²⁸ disidencias de las FARC que pasaron de estar en 56 municipios en 2018 a 101 pueblos en 2020, por su parte el ELN pasó de operar en 96 municipios a 139, mientras que el Clan del Golfo tiene presencia en más de 200 municipios, con una fuerza especial en el Urabá, agudizando así las disputas locales por el control de los territorios.

Luego de más de 80 minutos de conversación, como si el clima lo supiera a medida que Federico termina su historia se disipa el aguacero, se siente más tranquilo,

28 Ávila, A. (2020). El fracaso de la seguridad en el gobierno de Iván Duque. Disponible en: <https://www.semana.com/opinion/articulo/el-fracaso-de-la-seguridad-en-el-gobierno-de-ivan-duque/680472/>

sostiene la mirada y respira profundamente anhelando que su país y las personas LGBT no sufran la vulneración de sus derechos y nunca jamás vivan experiencias tan crueles como las que él vivió.



“Mi hija solo era diferente”. Ser padre de una mujer trans en medio del conflicto armado.

Sinopsis

Español

Martin Pastrana recuerda con nostalgia a su hija Dayana, una mujer trans que creció en San Pablo, Sur de Bolívar y a quién no le dio miedo expresar su inconformidad y rechazo frente a la situación de violencia que vivía su pueblo y cuya entereza y valentía se inmortalizó en la memoria de su padre y sus amigos.

English

Martin Pastrana remembers with nostalgia his daughter Dayana, a trans woman who grew up in San Pablo, In the south of Bolivar and who was not afraid to express her dissatisfaction and rejection of the situation of violence in her town and whose courage and bravery was immortalized in the memory of her father and friends.

Cuando Martín Pastrana habla de su hija Dayana, se le inundan los ojos de nostalgia. Aunque intenta mantener la firmeza y contener las lágrimas relata cómo poco a poco el ser una mujer trans y expresar sus ideas en voz alta le costó la vida.

Martín y su esposa, criaron a sus hijos en un municipio del Sur de Bolívar. Todos los integrantes de la familia Pastrana-Vega crecieron en este pueblo que se encuentra rodeado por el río Magdalena en su margen izquierda, y territorialmente ocupa un alto porcentaje de la serranía de San Lucas. Este lugar al norte limita con Santa Rosa del Sur y Simití y al oeste con los municipios de Remedios y Segovia, Antioquia. Algo que tienen en común es que cada uno de estos sitios ha padecido las consecuencias del conflicto armado en Colombia, porque han ocurrido matanzas, masacres, tomas de los actores armados y violencias desproporcionadas en todos los niveles.

Cuando la madre de Dayana falleció, ella regresó al pueblo siendo otra, porque sus amigos, amigas y vecinos la conocieron como David, un chico abiertamente homosexual, que pasaba caminando por el pueblo riéndose todo el tiempo. Al llegar la vieron transformada siendo una mujer trans, muy segura y orgullosa de su

identidad. Tenía 26 años, en ese momento regresó a convencer a su papá de que no vendiera la casa, pues Dayana vivía en Bogotá trabajando como estilista y estar lejos de su pueblo en la capital le permitió descubrirse y ser ella misma.

Dayana Pastrana Vega tenía el sueño de irse a trabajar a España, esas eran sus ambiciones una vez regresara del pueblo, asegurándose de que su papá no vendiera la casa y ella le pudiera enviar un dinero mensual para que la remodelará y tuviera su lugar seguro. Sin embargo, una noche una bala de prejuicios y violencia acabó con sus aspiraciones.

Dayana estaba compartiendo con sus amigas en un bar del pueblo y días atrás se había encontrado con un comandante de las AUC, Autodefensas Unidas de Colombia. Ella sin meditarlo dos veces, con esa personalidad suya fuerte y directa le dijo que no le parecía que ellos tuvieran el control en el pueblo y que las autoridades no hicieran nada. Este par de frases indignaron mucho al cabecilla de este grupo armado y horas después de ese encuentro amenazaron Martín y le advirtieron que si su hijo, (pues no reconocían su identidad de género) no se retractaba de esos comentarios, lo iban a matar.

Dos noches después, mientras Dayana conversaba con sus amigas una persona la llamó y la llevó engañada al cementerio del pueblo, cuando Dayana llegó recibió un disparo que la tumbó en el suelo. Su cuerpo permaneció

tirado en el piso toda la noche, si bien es cierto que Dayana se llevaba muy bien con su comunidad y nunca recibió una agresión por su identidad de género por parte de alguno de los y las habitantes del pueblo, esa noche todos fueron indiferentes a lo ocurrido, quizás por la conmoción de su asesinato, pero solo hasta al otro día cuando Martín llegó de trabajar en su caballo y que alguien le avisó, fue que la Fiscalía y demás entidades acudieron a su levantamiento.

Este suceso dejó a Martín destrozado pues Dayana no fue la única de sus hijas que perdió con motivo del conflicto armado. Como consecuencia del impacto de su pérdida, Martín empezó a enfermarse del corazón, le hicieron dos operaciones y aunque salieron bien, la zozobra y la angustia lo acompañan siempre, en especial, porque no comprende cómo la orientación sexual o identidad de género de su hija fue una razón suficiente para que los paramilitares terminaran con su vida. Considerando que su manera de ser y sentir no le afectaba a nadie, por el contrario ella fue revolucionaria al presentarse auténtica y como era frente a un pueblo tradicionalmente machista.

Martín no dudó en denunciar y por la muerte de su hija lo indemnizaron como víctima del conflicto armado, y aunque Dayana no pudo ayudarlo en vida lo hizo desde su ausencia, pues con ese dinero Martín pudo ayudar a sus otros hijos, remodelar la casa e incluso poner un lavadero de motos, siendo otra entrada económica que le ha ayudado a sostenerse hasta el momento.

El informe “Tras de negras, maricas”²⁹ que Caribe Afirmativo publicó en conjunto con el Instituto Raza e Igualdad, la fundación Somos Identidad y Arco Iris de Tumaco, que se presentó este año ante la Comisión de la Verdad, se propone que muchas de esas violencias son diferenciadas, porque además de ejercerlas con razón de su orientación sexual e identidad de género, también lo son por discriminación racial.

Varios de estos imaginarios asociados a las personas afro, devienen de la esclavitud, ya que durante este periodo de tiempo la colonización perpetuó estas violencias y sometió a la población a diferentes tipos de crueldades. En el caso de las mujeres a ser sexualizadas, a naturalizar la violación y reducirlas al espacio privado; mientras que en relación con los hombres su virilidad fue directamente proporcional a su fuerza y capacidad de ejercer trabajos duros. De ahí que por lo menos muchas personas consideren que ser homosexual es un “asunto de blancos”, mientras que ser afro, homosexual y aparte una mujer trans, como Dayana, ya la hacían una mujer transgresora de todo un sistema de creencias en su pueblo.

29 Instituto Internacional sobre Raza, Igualdad y Derechos Humanos (Raza e Igualdad), Corporación Caribe Afirmativo, Fundación Arcoíris de Tumaco, & Fundación Afrocolombiana por las Diversidades Sociales y Sexuales (Somos Identidad). (2021, agosto). Nos decían: “tras de negras, maricas” Experiencias e impactos del conflicto armado en personas Afro-LGBT del Sur de Bolívar y el Pacífico Sur Colombiano. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2021/09/Nos-decian-tras-de-negras-maricas.-Informe-victimas-AfroLGBT-del-conflicto-armado-colombiano.pdf>

Históricamente hablando, este municipio ha sido territorio de violencia. Según lo recuerda Don Martín las AUC llegaron en 1999, mientras que las FARC y el ELN habrían arribado algunos años antes. Cuando él tenía 25 años, recuerda que Los Elenos eran el grupo armado con alta presencia y control en su municipio. Esto evidencia que por décadas este territorio ha estado a merced de las fuerzas armadas, y que en gran parte se debe a la ausencia del Estado en estas zonas vulnerables del país.

Para Don Martín, las FARC llegaron al pueblo siendo defensa de la comunidad, porque ellos fueron el primer grupo armado que les enseñó sobre derechos humanos, de que los tenían y cómo ejercerlos y protegerlos. Por eso algunas personas en el pueblo manifestaron simpatía frente a ellos, dado que solían respetar su opinión y nunca abusaron de algún miembro de la comunidad. Mientras que de acuerdo con Martín las AUC, no respetaban nada, iban imponiendo su ley sin mediar palabra con nadie, iban matando a cualquiera que les llevara la contraria o cuestionara su autoridad y precisamente su llegada fue una masacre.

Corría el 8 de enero de 1999 ³⁰y cerca de la media noche un grupo de paramilitares llegó al casco urbano del municipio, asesinó a 14 personas que se encontraban en varios bares y discotecas del pueblo. Las primeras cinco víctimas cayeron en el billar Puerto Amor, luego los

30 Rutas del Conflicto. (2019a). Masacre de San Pablo, Enero de 1999. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/node/11410>

paras se dirigieron al barrio El Paraíso donde mataron a 6 personas y finalmente atacaron la discoteca El Espejo. Allí los clientes permanecían escondidos mientras escuchaban los disparos, pero los integrantes del grupo armado los amenazaron y los obligaron a salir y estando en la calle mataron a 3 de ellos, dejando a varias personas heridas. Según testimonios de desmovilizados esta masacre fue orden directa de Carlos Castaño.

“Por más que uno sea, uno siente algo, que todo eso se viene al corazón”, esas son las palabras de Martín cuando describe el después de todo lo ocurrido con Dayana, y en este caso literalmente porque la ausencia de su hija además de dejar una herida imborrable en su alma, le dejó graves consecuencias en su salud cardiovascular, especialmente cuando la historia de Dayana no es la única relacionada con el conflicto. Martín tenía un hijo, llamado William, él fue reclutado por los Elenos y Martín hizo lo posible por pedirles a los comandantes que lo soltaran y dos años después consiguió que permitieran que William saliera de dicho ejército ilegal. Sin embargo, la ley de ese entonces era que si se liberaba del yugo de la reclusión forzada eran muertos, si no nada. Y en efecto a William lo desaparecieron y aún 30 años después no se sabe nada de su paradero y su crimen sigue impune.

Martín Pastrana es un hombre afrocolombiano de 71 años, sus arrugas cuentan la historia de sus hijos, sus ausencias y el dolor que le causó haber perdido a varios por causa de la guerra. Aunque se encuentra en la tercera edad y en el pasado fue líder del comité de pescadores

de su pueblo y ahora aunque no debería trabajar, lo hace con el apoyo de un par de sus hijos, uno que es profesor y otro que vive y estudia en Bucaramanga.

Para él la guerra le quitó el color de su vida: Dayana, y aunque ella no está la sigue teniendo presente en su corazón, porque le duele que su crimen se mantenga en la impunidad y cuestiona el papel del Estado en estos casos, ya que su municipio ha vivido un abandono institucional por años. Aunque los días pasan con el dolor de la ausencia, él recuerda a Dayana con una mujer que le transformó su noción de la vida, que lo invitó a dejar de ver la existencia en binarios, si no en una variedad de cromáticos.



La vida puede ser un desplazamiento constante cuando se es una mujer trans en medio del conflicto

Sinopsis

Español

Estrella es una mujer trans que vive en el corregimiento de San José de Apartadó (Antioquía). Ella es mototaxista y activista en esta zona rural de Urabá y su vida ha sido un continuo desplazamiento con motivo del conflicto armado.

English

Estrella is a trans woman who lives in the town of San José de Apartadó (Antioquia). She is a motorcycle taxi driver and an activist in this rural area of Urabá, and her life has been one of continuous displacement due to the armed conflict.

“**T**odas las personas LGBTI somos víctimas, somos víctimas tanto desde la casa como desde la familia y tanto de la comunidad como de los grupos al margen de la ley. Siempre hemos sido víctimas. ¿Por qué? Por ser la loca, por ser la marica, entonces ya nadie nos da trabajo, ya nadie nos da nada por eso”, así narra Estrella*, con un profundo sentimiento de frustración, lo que para ella ha significado identificarse como una mujer trans en medio de escenarios hostiles, donde la discriminación empieza desde casa y tiene su punto más álgido cuando se vive en medio de el fuego cruzado de los actores armados.

Estrella es una mujer transgénero de 39 años, que desempeña un liderazgo comunitario en una pequeña vereda en Urabá del corregimiento de San José de Apartadó en Antioquia, departamento donde ha pasado toda su vida. Actualmente, es mototaxista y se identifica como una persona respetuosa, seria, educada, a la que le gusta colaborar a la comunidad y, en palabras de ella: “al que se deje colaborar”. Durante los últimos años ha participado en la mesa de víctimas del departamento porque su historia está marcada por los desplazamientos y las amenazas de los grupos armados.

Uno de los momentos trascendentales de la vida de Estrella es una analogía de aquel verso que corea el grupo de rap La Etnnia en su canción vida y muerte: “unos nacen y otros mueren, es la ley de la vida y a diario es que sucede”. La activista recuerda que la muerte de uno de sus familiares en 2001 marcó el nacimiento de lo que es hoy, Estrella: “empecé al año de haber fallecido mi papá. Empecé a irme transformado, a verme así de mujer por ahí como a los 18 años (...) porque la ley de la casa es hombre y mujer, no más.”, así describe ella una de las principales dificultades que enfrentan las personas trans en sus primeros años de vida cuando asumen su identidad: la negación y el rechazo de sus familiares, amigos y compañeros de escuela. Significa, entonces, llevar un estigma por años que marca el alma y deja heridas profundas: “yo no tuve una niñez, yo no sabía lo que era un regalo, yo no sabía lo que era un estreno, yo no sabía lo que era un abrazo, nada. Todo por ser la marica de la familia”, recuerda Estrella embargada por la melancolía.

Los prejuicios en los círculos sociales de las personas trans tienen un grave impacto en sus vidas. Según RedLacTrans, una organización sin ánimo de lucro que lucha contra la discriminación de las personas trans, desde 2004, el 77% de estas son expulsadas de sus hogares durante la infancia. Adicionalmente, la organización sostiene que una de cada cuatro personas trans no termina la escuela secundaria por los hostigamientos que reciben por parte de docentes y compañeros. Este es el caso de Estrella, quien dejó la escuela secundaria

cuando estaba en noveno por las condiciones adversas que enfrentaba en su entorno y que ahora quiere retomar sus estudios para finalizar aquello que ella considera como una cuenta pendiente.

Las primeras violencias que las personas trans enfrentan en sus círculos sociales y familiares se reproducen con mayor fuerza en medio de escenarios de confrontación armada por el control social que ejercen los grupos legales e ilegales. Desde muy joven Estrella se enfrentó a esta realidad, cuando se dio cuenta que su territorio era el rin, donde se desarrollaba una constante disputa por parte de los actores armados. Su primera experiencia dolorosa fue la muerte de su padre, quien fue asesinado en el 2001 por grupos paramilitares que justificaban sus acciones en los rumores derivados de la estigmatización: “los grupos urbanos fueron los que vinieron y le quitaron la vida a mi papá por ser supuestamente guerrillero, por haber vivido en una zona rural”.

Según lo documentó el portal Verdad Abierta, para la fecha en la que ocurrieron los hechos del asesinato del papá de Estrella, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) controlaba varios municipios de la región de Urabá a través del Bloque Bananero. Esta estructura paramilitar fue creada en 1995 y durante años estuvo al mando de Hébert Veloza, alias HH, quien participó en la creación de varios frentes como el Arlex Hurtado, que estuvo al mando de Raúl Hasbún -alias “Pedro Bonito”- y el Bloque Elmer Cárdenas al mando de Fredy Rendón -alias “El Alemán”. Sin embargo, en la zona de Apartadó

hicieron presencia otras estructuras como el Bloque Héroes de Tolová, que se desmovilizó en diciembre de 2005 al mando de Diego Fernando Murillo, alias “Don Berna” y que sería la organización responsable de la masacre de San José de Apartadó, ocurrida en 2005.

La muerte de su padre ubicó a Estrella en ese camino que, en muchas ocasiones, se convierte en una ineludible senda de dolor e incertidumbre para las personas trans: la exclusión laboral y la violencia que perpetúa el prejuicio. “Eso me tocó muy duro porque apenas tenía 18 años y me tocó coger una obligación que jamás y nunca en la vida había tenido (...) mi respeto para aquellos que tengan hijos, yo no sé cómo hacía, hasta me prostituía para tener comida para llevar”, de esta manera la lideresa comunitaria recuerda con angustia las dificultades que tuvo que pasar cuando se hizo cargo de sus hermanos menores.

La discriminación en el ámbito laboral contra las personas trans es una de las violencias sistemáticas que ejercemos como sociedad y sobre la que pocas veces reflexionamos: es aquello que como sociedad no vemos, pero que los afectados lo palpan a diario. Esta forma de exclusión estructural condena a muchas personas trans a ejercer trabajos sin garantías laborales en sectores de alta criminalización, segregación y marginación. Así como le sucedió a Estrella, son miles las personas trans que se ven obligadas a dedicarse a la prostitución. Según la Fundación Gaat, el 69% de las mujeres trans y el 50% de los hombres trans ejercen la prostitución como su principal actividad profesional.

El asesinato de su padre marcó el inicio de un camino y una respuesta ante la violencia que se volvería costumbre para mantenerse con vida: el desplazamiento forzado. Estrella tuvo que irse hacia Medellín por temor a las represalias que pudieran tomar los actores armados en contra ella y de su familia. Esta situación se volvió repetitiva y se acentuó aún más cuando empezó a asumir su rol de liderazgo comunitario: “yo siempre me la he pasado de Medellín a Apartadó y de Apartadó a Medellín, así, clandestinamente. Porque usted sabe que a los líderes les dan muy duro”, cuenta ella con la convicción de quien ha aprendido a controlar sus miedos.

Sin embargo, más allá de las situaciones de violencia en contra de su familia, Estrella empezó a vivir desde muy joven esa violencia paramilitar que se caracteriza por ser correctiva y desmedidamente patriarcal: “en una vereda tiene que usted andar derecha, ni para allá ni para acá, ser seriecita, eso es lo que más le piden a uno y sacar afuera lo que es consumo de drogas”. Las estrategias de los actores armados son uno de los métodos más efectivos del patriarcado estructural que busca hacer personas a la medida de sus prejuicios, ser lo suficientemente coercitivos para que a las personas trans no se les note lo que son, “que se identifiquen, pero poquito, que se expresen, pero pasito, que vivan con nosotros, pero sin ser ellas mismas...que sean invisibles”.

Por estas situaciones de violencia, la vida de Estrella se convirtió en un constante ir y venir, en un eterno desplazamiento y retorno como si su vida la hubieran

editado en bucle: “ante las amenazas yo era la primera en irme rumbo a Medellín a pasar chusco. Cuando me decían que se bajaba la marea, volvía a traer a la marica a su pueblo”, cuenta Estrella de forma jocosa aquellas situaciones de angustia constante motivadas por la persecución. Sin embargo, aclara ella que las amenazas llegaban a través de panfletos que no siempre tenían su nombre: “decían: vamos a acabar con todas aquellas que se prostituyen, con las maricas que trabajan en el pueblo, las que sean y no sean serias, todas esas se van (...) porque siempre venían con la palabra, nunca ponían LGBTI, sino que ponían las maricas y las lesbianas, las prostitutas y todo aquel que haga bochinche, que robe, que fume, que una cosa y la otra”.

A pesar de que gran parte de las situaciones de violencia que enfrentó Estrella fueron responsabilidad de grupos paramilitares, su participación en la mesa de víctimas despertó el accionar violento del Frente 5 de las antiguas FARC-EP, quienes a través de las intimidaciones la obligaron a desplazarse en el año 2012. Según el portal Verdad Abierta, esta estructura guerrillera se fundó en 1971, luego de que en la Quinta Conferencia de las Farc se decidiera ingresar a la región del Urabá. En sus inicios este frente contaba con aproximadamente diez hombres que se establecieron en San José de Apartadó, donde el Partido Comunista (PC) tenía una base social compuesta por campesinos y obreros de la naciente agroindustria bananera. Sin embargo, con la agudización de la violencia este grupo guerrillero terminó asesinando a muchos de los que trabajadores que prometió defender y a su paso

sembró también el terror en la población donde por años ha vivido Estrella.

El liderazgo de esta lideresa comunitaria y su forma diversa de identificarse y expresarse también la pusieron en la mira de funcionarios del Estado. En una ocasión hombres del antiguo Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) la presionaron para identificar a miembros de grupos armados sin ella entender exactamente por qué, pero con la sospecha de saber cómo funciona el hostigamiento institucional: “lo del DAS fue porque la gente les había comentado que yo vivía en San José de Apartadó y que era lideresa. Entonces ese fue mi pecado, ser lideresa (...) me cogieron para dar información de personas que yo nunca había visto y nombres que yo ni siquiera sabía”.

Estrella también recuerda con indignación la cantidad de veces en las que miembros de la Policía y el Ejército Nacional la agredieron físicamente y se refirieron a ella en tono burlesco por ser una mujer trans cuando se la encontraban paseando por las calles de su pueblo. A pesar de que su liderazgo le ha permitido hacer valer sus derechos, Estrella sabe que estas formas de discriminación tan comunes, tan cotidianas y que a veces se van perpetuando por la costumbre hacen que las heridas de la discriminación histórica tarden en sanar.

Para Estrella las constantes acciones violentas y en especial los desplazamientos la han hecho una mujer distinta, pero, sobre todo, le han truncado sus planes de

vida: “ha sido muy duro porque siempre uno tiene su proyecto de trabajo y en cualquier momento le toca salir volada y todo queda manga por hombro. Entonces uno pierde mucho porque uno pierde tiempo, pierde plata, pierde una cosa y la otra”.

En contraste con las pérdidas, con el pasar de los años, esta mujer valiente se ha llenado de fuerzas para resistir, para levantarse en medio de los escenarios hostiles y ha hecho respetar su dignidad y ha conseguido el reconocimiento de su comunidad: “Desde que regresé transformada aquí, me acogieron muy bien porque soy una persona muy respetuosa, yo sé hasta dónde puedo llegar de confianza o de charla, hasta dónde la puedo brindar o dónde no. En la comunidad todos son muy bien, muy atentos conmigo. Por donde pasó hasta los niños me saludan, me tratan muy bien”, asegura Estrella, con un tono de orgullo y de reivindicación por lo que ha logrado en estos años.

En medio de estas situaciones de violencia, Estrella reconoce que la oferta de protección por parte del Estado es muy limitada. Para sobrevivir en su territorio, la Unidad Nacional de Protección (UNP) le asignó un chaleco blindado, un teléfono celular y le ordenaron a la Policía Nacional hacer rondas en su casa. El chaleco no se ajusta a la contextura de su cuerpo, el celular se lo robaron hace un tiempo en un medio de transporte y la presencia de los uniformados en su casa le ha traído más problemas de seguridad con las personas de su comunidad. Estrella no cuenta con más protección que

sus hábitos cotidianos e intuitivos para gambetear a sus agresores, en parte porque las medidas de protección pensadas desde la ciudad no se ajustan a sus dinámicas diarias y en parte porque pensar en tener hombres de protección armados no le transmite confianza y no la hacen sentir segura. El caso de esta activista no es ajeno a lo que viven muchos liderazgos LGBTI en Colombia, donde el centralismo pone sobre la mesa unas medidas de protección que se restringen a lo policivo, que no se ajustan a los contextos y que, paradójicamente, aumentan su vulnerabilidad en los territorios.

Eso sí, sin ser una experta en medidas de protección, Estrella tiene muy claro aquello que desconoce la institucionalidad sobre la protección integral. Para ella, no basta con recibir medidas de seguridad ni subsidios que se agoten en el tiempo. Por el contrario, está convencida de que los cimientos más importantes para atender las vulnerabilidades de la población trans se traducen en proporcionar una vivienda digna, en brindar oportunidades trabajo con garantías laborales como lo estipula la ley y en implementar proyectos productivos para fortalecer su autonomía en el territorio. De paso, en su cabeza tiene claro que el eje transversal para eliminar la discriminación es el respeto institucional por las identidades sexuales y las orientaciones de género diversas.



“Mis liderazgos yo no los cambio, porque mi lucha es contra la impunidad”

Sinopsis

Español

Susana Guerrero es una mujer afro bisexual oriunda de Manaure (Cesar). Fue reclutada forzosamente por un grupo armado siendo adolescente y este pasado de dolor y violencia la fortalecieron para convertirse en una lideresa social cuya principal lucha es contra la impunidad en la que permanecen los crímenes de las personas LGBT en su departamento.

English

Susana Guerrero is a bisexual woman of african descent from Manaure (Cesar). She was forcibly recruited by an armed group as a teenager and this past of pain and violence strengthened her to become a social leader whose main struggle is against the impunity in which crimes against LGBT people remain in her department.

Ser bisexual en medio del conflicto armado es permanecer oculta en medio de la violencia patriarcal que castiga toda oposición a la heteronorma, es debatirse en medio de un amor que no se trata de géneros, binarios, ni dualidades, un amor que se entremezcla entre el matiz de vivir y amar, y ya, sin importar nada. Éstas han sido las banderas de lucha de Susana Guerrero, administradora de empresas, activista, lideresa social y mujer bisexual, que desde su lugar de enunciación y liderazgo ha apoyado a varias comunidades y transformado realidades con el poder de su propia historia.

Susana nació en Manaure, Cesar, desde sus 13 años se dio cuenta que sentía atracción tanto por hombres como mujeres, sin embargo, mostrar su gusto hacia las mujeres era un asunto problemático considerando el ambiente machista característico de esta zona del Caribe. Ella se identificaba con actividades naturalmente asociadas a lo masculino, como labores de fuerza y pesadas que normalmente harían los hombres, no obstante no recibió alguna discriminación al respecto porque en su edad escolar siempre supo defenderse de las personas abusadoras.

Actualmente Susana vive en La Paz, Cesar, junto con su esposo y sus hijos e hijas, él la ha ayudado a sobrellevar situaciones complejas de su pasado y su presente que están ligadas a la manera en cómo la historia del conflicto armado atravesó su vida. A su vez, dichas crueldades han sido los cimientos para sus liderazgos actuales, ya que Susana lidera una asociación urbana integrada por personas afrodescendientes que surge como resistencia al conflicto armado y la violencia predominante en este lugar del Cesar.

Históricamente el Cesar ha sido un departamento golpeado por la violencia y por todo tipo de actores armados, desde paramilitares y guerrillas al margen de la ley como las FARC-EP, que se han disputado este territorio. Susana se cruzó con las dinámicas de guerra de cada uno en distintos momentos de su vida; un día cuando ella tenía 16 años, estaba con un conocido esperando el transporte público. Él le dijo que cómo iban para el mismo sitio que compartieran el colectivo, pasó un carro y ambos se subieron. Susana no sabe cómo, pero perdió el conocimiento apenas se subió al automóvil y al rato despertó desnuda en una habitación de hotel toda adolorida y vio a este hombre sentado a la orilla de la cama. Mientras él fumaba un cigarrillo con una voz hostil y desgarrada le dijo que debía irse con ella para el monte.

Su agresor la llevó para San Diego a que hiciera parte del frente 49 de las FARC. Fue reclutada siendo tan sólo una adolescente y durante esos dos años que vivió allí fue

sometida a trabajos pesados, agresiones, maltratos y este tipo quién habría abusado de ella tenía actitudes propias de un monstruo, varias veces le apuntaba en la cabeza con armas de fuego solo para torturarla. Meses después de su secuestro, Susana se dio cuenta que estaba embarazada y tuvo mucho miedo porque conocía de primera mano la historia de niñas, adolescentes y mujeres reclutadas forzosamente que fueron víctimas de abortos forzados en medio de los campamentos, sin embargo, como tenía una relación cordial con el comandante y su esposa eso le permitió tener a su hijo sin sentir miedo a que la sometieran a algún tipo de crueldad.

Corrían los primeros años de los 90' cuando ocurrió el nacimiento de su hijo. Susana no era la única recluida allí en contra de su voluntad, también había niños, jóvenes, adolescentes, personas que fueron llevadas obligatoriamente y a los cuales la guerra les truncó los sueños. Sin embargo, luego de un proceso de paz la realidad no ha cambiado mucho, según la Defensoría del Pueblo³¹ el reclutamiento forzado no cesa en Colombia, pues con la nueva reconfiguración de actores armados, la deserción escolar y un país azotado por una pandemia que recrudeció las condiciones de vida de las personas, sobre todo de la población rural ha aumentado el reclutamiento forzado de niños, niñas y adolescentes. También de jóvenes migrantes que habitan

31 El Espectador. (2021). No cesa el reclutamiento forzado en el país: Defensoría pide redoblar esfuerzos. Disponible en: <https://www.elespectador.com/judicial/no-cesa-el-reclutamiento-forzado-en-el-pais-defensoria-pide-redoblar-esfuerzos-article/>

las fronteras de Colombia con Venezuela, en Cúcuta y Arauquita, en donde la crisis humanitaria, el control por el territorio, la potencialización de negocios ilícitos como el narcotráfico, entre otros, favorecen el reclutamiento forzado y la violación sistemática de derechos humanos desde tempranas edades.

Por su parte, Los Brasiles³² es un corregimiento del Cesar perteneciente al municipio de San Diego y en la actualidad su abandono se refleja en la maleza que inunda su cementerio, las paredes quebradas y los escombros de un pueblo que lo invadió la guerra. La escuela rural abandonada y todo un caserío casi que inhabitado cuentan una historia de horror, en la que más de 70 personas fueron asesinadas entre 1996 y 2002. Mientras los ojos cafés de Susana se inundaban de imágenes de asesinatos, muertes y torturas la angustia de llevar otra vida en su interior la ayudaron a seguir, esto le permitió estar ausente al menos cuando nació su hijo y estar con sus padres, aunque tuviera que mentirles, ya que las FARC la tenían amenazada. Para sus papás ella fue una adolescente irresponsable que fue madre a temprana edad, pero lo que no sabían era que ese hijo había sido producto de un abuso sexual y de un reclutamiento forzado que padeció en silencio.

32 Verdad Abierta. (2013). Los Brasiles, un pueblo al que pocos regresaron. Disponible en: <https://verdadabierta.com/los-brasiles-un-pueblo-al-que-pocos-regresaron/>

“Cuanto tú coges un arma en tus manos, cuando tú disparas, cuando tú ves caer personas a tu alrededor y ves morir, y estás tan metida en la guerra, el corazón se le va endureciendo a uno”, con estas palabras Susana resume como poco a poco su niña interior, la niña soñadora, hábil en deportes, la que le gustaba bailar, estar metida en teatro, correr, admirar la naturaleza, esa niña se iba opacando por un conflicto que no eligió y que estancó su proyecto de vida, cambiando su manera de ver el mundo. Dos años después y ya siendo madre adolescente por evitar señalamientos o el escarnio público y siendo ya mayor de edad, para la sociedad dejó de ser una niña reclutada a la fuerza si no una ex combatiente militante de un grupo ilegal armado autor de tanta violencia en el país. Por ese miedo Susana se fue a vivir sola a una invasión, allí tuvo que cortarse el pelo, cambiar su apariencia y vivir en la absoluta pobreza para no ser reconocida por nadie y evitar amenazas y hostigamientos de sus victimarios.

Años después recuerda que los paramilitares interceptaron el vehículo en el que venían ella y su hijo, quien para entonces tenía 8 años. A él lo separaron con los hombres, recuerdo que su hijo tiene muy claro en su memoria, y aún hoy siendo adulto lo evoca con lucidez. Mientras que a ella los paramilitares la hostigaron preguntándole sobre su pasado en las FARC, le apuntaron varias veces y amenazaron con matarla. Susana solo les pidió que lo hicieran lejos de su hijo, para que el niño no recordará su muerte como algo traumático, sin embargo, en ese momento, otro hombre se le acercó a quien le

apuntaba y le dijo algo al oído. Justo después de eso dejaron de amenazarla con la pistola y le dijeron que por ese día se había salvado, pero que tenía dos horas para abandonar la zona.

Fue así como Susana empezó de cero y se fue a otra ciudad a trabajar en lo que le saliera, vendiendo empanadas, siendo mesera en un billar, cocinando pasteles, dulces artesanales, viviendo de la informalidad y de cualquier trabajo que le representara en un ingreso. Esos primeros años de su juventud fueron muy duros, de ahí que fortaleció su corazón y se motivó a salir adelante por la familia que estaba construyendo.

Susana Guerrero tuvo conocimiento de personas LGBT que fueron víctimas de desaparición forzada en el contexto del conflicto, de otros y otras a quienes mataron arbitrariamente y a veces por confusión, por ejemplo porque tenían el mismo nombre de la persona que buscaban y aún así los mataban. Vio como a otros les asesinaron a sus padres, a sus hijos, hermanos, tíos, amigos, parejas y en medio de todo este caos, de esta profunda hostilidad ser LGBT y nombrarse era muy difícil. Ella misma dice que su bisexualidad pasó desapercibida y conoció casos de compañeras, conocidas y amigas que tenían relaciones homosexuales en la clandestinidad por miedo al señalamiento público y a vivir algún tipo de violencia por parte de algún actor armado.

Una de las pérdidas más grandes fue la de su amigo Oscar, que era peluquero y un hombre abiertamente homosexual que además era travesti porque los fines de semana se vestía de mujer. A él lo desaparecieron por las famosas “limpiezas sociales” que hicieron los paramilitares en ese tiempo y bajo esta misma práctica violenta desaparecieron a muchas personas asociadas también a los toques de queda que estos grupos decretaban en los municipios, ya que todo el mundo debía estar a las 10 de la noche en su casa, y quien estuviera fuera de ellas era sancionado con torturas, detenciones arbitrarias e incluso la muerte.

Para Susana asumir una masculinización de sus comportamientos y expresión de género es una manera de resistir, muchas personas le decían “pero tú pareces macho” y ella en vez de ofenderse reafirmaba que esa fuerza característica y acostumbrarse a incorporar ese rol en su personalidad ha sido una manera de lidiar con el dolor y salir adelante. Sin embargo, Susana tiene una posición política importante frente al Acuerdo de Paz, pues debido a las violencias y sobre todo violencia sexual que vivió mientras estuvo reclutada por las FARC ella considera que darles participación política o cargos públicos o de toma de decisiones en alguna de las ramas del poder es un premio que omite la gravedad del daño histórico que le hicieron al país.

Ante un panorama enmarcado por la guerra y la violencia, los liderazgos de Susana no han parado, es lideresa de una asociación de víctimas del conflicto

armado y la labor comunitaria es algo que ha trascendido en sus vida, pues gracias a ese amor a la comunidad y a su liderazgo que inicialmente comenzó siendo la presidente de la junta de acción comunal de caseríos e invasiones, que después logró legalizar como barrios y con ello que muchas familias accedieron a sus derechos básicos. De ahí que las miradas agradecidas de las personas para las cuales ha trabajado son un motivo para seguir y luchar.

No obstante, estos liderazgos han causado que las amenazas contra su vida y sus seres queridos no se detengan, por esto el apoyo de su esposo es fundamental para sobrellevar las consecuencias psicológicas que dejó su historia de abuso en la adolescencia y las situaciones de tensión que ha vivido recientemente. Tanto en el 2017 como en la actualidad, Susana ha sido víctima de amenazas de sicarios y hombres que entran en su hogar y la amenazan con que apague sus liderazgos y deje de alzar la voz por las comunidades a las que ella representa. Aunque estos hechos han sido muy angustiantes tanto para ella como para su familia, y de manera especial para sus hijos e hijas, quienes comprenden la labor de su mamá, su compromiso con construir un país mejor desde sus luchas porque ella ha basado su crianza en la libertad y el amor libre de los prejuicios.

Como lideresa social Susana ha participado en mesas de diálogo y en esos espacios de reconciliación se ha encontrado a excombatientes de las FARC y desmovilizados de grupos paramilitares, claro que para ella no ha sido fácil ver a los ojos a personas que

integran dos grupos armados que la han victimizado de múltiples maneras, debido a que le es difícil creer que una ideología haya sido suficiente motivo para cometer tantas atrocidades y violar los derechos humanos de millones de personas

Con ese ímpetu suyo que la caracteriza, Susana Guerrero afirma que su lucha es contra la impunidad no va a descansar hasta el día que esos crímenes que, aún permanecen ocultos, salgan a la luz porque muchos jóvenes, niños, niñas y adolescentes fueron reclutados, ultrajados y violentados de todas las maneras, dejando traumas e infancias rotas, marcadas por la guerra. Por eso, con precaución y valentía, no teme hablar en voz alta de las necesidades de su pueblo y ejercer un liderazgo que se refleja en sus maneras de amar en libertad.



Entre las riberas de los sueños inmortales

Sinopsis

Español

Reinaldo Jattin es un hombre afro bisexual que sueña con ser alcalde de su pueblo. Estudia psicología y con su pareja han liderado acciones comunitarias buscando eliminar el prejuicio y a discriminación en su comunidad.

English

Reinaldo Jattin is a bisexual man of african descent who dreams of becoming mayor of his town. He studies psychology and with his partner has led community actions seeking to eliminate prejudice and discrimination in his community.

La bifobia³³ es un tipo específico de discriminación que sufren las personas bisexuales, no sólo porque su orientación sexual sea disruptiva con la heteronorma, sino porque incluso ocurre cuando no se ajusta a la monosexualidad, es decir, no hace referencia a sentir atracción por un solo sexo/género. Este discurso nocivo puede presentarse como invisibilización, invalidación o negación de la bisexualidad, ya que es la menos invisible de las orientaciones sexuales y en algunos casos las personas bisexuales las categorizan como “confundidos” o que sólo están experimentando para decidirse por una orientación sexual.

Así pasó gran parte de su vida Reinaldo Jattin, un joven de 30 años que vive en el municipio de Morales, Bolívar. Él estudia psicología y a pesar del dolor de su historia, el deseo de que nadie más viva las crueldades que él vivió son motivos para ejercer liderazgos LGBT en su municipio. En especial soñar con que dicho activismo le permita tener una participación política en la administración pública de su tierra, ya que como conocedor de la sangre que se ha derramado por años

33 Arcópoli. El discurso bifóbico. Arcópoli. Disponible en: <https://arcopoli.org/el-discurso-bifobico/>

en esta zona del Sur de Bolívar, Reinaldo sueña con llegar a ser alcalde algún día y desde su administración crear políticas públicas y promover acciones afirmativas para que se elimine la discriminación contra personas LGBT y reducir las desigualdades sociales presentes en su contexto.

Morales o San Sebastián de las Palmas Morales, es un municipio del departamento de Bolívar que tiene más de 400 años y gran población rural y urbana. El río Magdalena bordea su territorio y pequeñas fuentes hídricas como quebradas y nacimientos de ríos son frecuentes en su paisaje. Un día, cuando Reinaldo tenía 8 años, se estaba bañando en la quebrada Arcadia como cualquier niño que disfruta de la naturaleza y goza con esos pequeños detalles y descubrimiento del mundo. De repente, el juego de Reinaldo fue interrumpido por un hombre perteneciente a alguna guerrilla quien se aprovechó de su indefensión y vulnerabilidad y atentó contra su cuerpo, por lo que Reinaldo empezó a gritar y eso hizo que este monstruo se fuera.

Él lo piensa en retrospectiva y reflexiona que, a pesar de que estaba muy chiquito cuando ocurrió este hecho, su orientación sexual tuvo que ver ya que desde niño sus conductas se asociaban a lo que se codifica socialmente como femenino, y eso es brutalmente odiado por los actores armados presentes en el territorio. Este hecho le dejó consecuencias psicológicas muy fuertes, y no fue un caso aislado, ya que retomando el informe “Juguemos

en el bosque mientras el lobo no está”³⁴ de Caribe Afirmativo que documenta las violencias que vivieron niños, niñas y adolescentes con razón de su orientación sexual e identidad de género, se evidencia un número significativo de testimonios que demuestran que los actores armados consideraban estos hechos como violaciones, abusos sexuales, torturas, entre otros, como métodos para “corregir desviaciones” e imponer una heteronormatividad a la fuerza, basada en la violencia y el abuso.

Reinaldo identifica que en el pasado en Morales murieron muchas personas inocentes, otras las desaparecieron forzosamente, las picaban, las cortaban y las tiraban al río. También hubo maltratos y abusos perpetrados por estos actores armados, la mayoría de estos crímenes están impunes y esto solo ha favorecido la sensación de desesperanza, zozobra y tristeza colectiva desencadenada por esta guerra. En medio de estas atrocidades, también hay una violencia diferenciada hacia personas LGBT, Reinaldo recuerda dos casos puntuales: el de un muchacho gay oriundo de Morales que trabajaba en Aguchica, Cesar, pero del que solo saben que desapareció y fue desembrado, y él de una chica llamada Anabel, quien era abiertamente lesbiana y a quien también desaparecieron.

34 Caribe Afirmativo (2020). Juguemos en el bosque mientras el lobo no está: violencias en el marco del conflicto armado contra niñas, niños y adolescentes con orientaciones sexuales, identidades y/o expresiones de género diversas en Colombia. Caribe Afirmativo.

Su familia y amigos se han convertido en su red de apoyo, en especial su abuela, que es su mamá de crianza y su sobrina a quien cuida como una hija, pues cuando les contó de su orientación sexual encontró amor y respeto en sus seres queridos. Debido a los liderazgos que ejerce Reinaldo en su municipio, ya que representa a la población LGBT de Morales, y en particular a las víctimas del conflicto armado, no ha dejado de recibir amenazas por su activismo, motivo por el cual tanto él como su pareja y su familia permanecen en un estado de zozobra constante.

En varias ocasiones personas armadas han llegado a su casa, golpeado o levantado la puerta y lo han intimidado diciéndole con palabras fuertes y agresivas que debería irse que si sigue en el municipio y más siendo un activista público le van a hacer daño a él o a un ser querido. Reinaldo actualmente vive con su pareja y menciona que recién llegaron al barrio, los vecinos rechazaron su presencia al ver a dos hombres viviendo como pareja y teniendo manifestaciones afectivas en espacios públicos. No obstante, Reinaldo, a través de la pedagogía logró que sus vecinos dejaran de verlos como villanos o malos ejemplos y por el contrario ahora reconocen su liderazgo. El transformó este paradigma gracias a la organización de ollas comunitarias, diálogos con la gente, jornadas ecológicas y de limpieza en el barrio y poco a poco, gracias a ese compromiso social con su comunidad, permitieron el cambio de percepción hacia él, su pareja y las personas LGBT.

Él recuerda que dos hombres encapuchados que usaban zapatos tipo botas, completamente vestidos de negro llegaron en una moto en horas de la madrugada a su casa, él cree que son paramilitares que quieren frenar su activismo. A raíz de esto se ha mudado en varias ocasiones y en una le quitaron la luz y lanzaron algo por su ventana, rompiendo los vidrios del inmueble, cuenta Reinaldo que su pareja fue quien se levantó y alcanzó a ver dos personas huir.

Él ha denunciado cada uno de los hechos victimizantes que ha vivido y aunque ha recibido respuesta inmediata y varias denuncias se encuentran en trámite, él recalca que la institucionalidad está ausente en su municipio, tanto para sus habitantes como la población LGBT que también vive en el territorio. De acuerdo con Reinaldo la violencia desmedida y la persecución por parte de los grupos armados contra personas LGBT ha eliminado, reducido y detenido los procesos de organización colectiva por parte de personas con OSIGEG diversas, porque antes de que a él lo amenazaran, Reinaldo podía compartir con sus amigos LGBT hasta la madrugada en los espacios públicos el pueblo y visitar a su familia con frecuencia, pero debido a estas intimidaciones que ponen en riesgo su vida, solo sale cuando es estrictamente necesario. Esta situación también ha afectado a personas visitantes de su municipio, ya que incluso las fiestas patronales que antes significaban reunión y alegría ahora están casi que desoladas porque la gente teme venir por miedo a las amenazas y el incremento de la violencia.

A pesar de la violencia que Reinaldo Jattin ha vivido, esto no ha detenido sus proyectos porque ese miedo se ha transformado en ganas de ayudar a su comunidad, aumentado sus expectativas por trabajar por las poblaciones más vulnerables. Aunque ahora lo hace en menor grado, porque su resistencia es no abandonar Morales, territorio que considera su hogar, no obstante el temor persiste y su incidencia política y representación de las víctimas se trasladó a la virtualidad.

Las consecuencias en su salud mental tampoco dan espera, el insomnio y la depresión son visitantes frecuentes y vivir en constante alarma solo por escuchar cualquier ruido e imaginarse lo peor esto también ha afectado un poco su relación de pareja. Cuando se le pregunta a Reinaldo sobre qué aprendizaje le han dejado estas experiencias fuertes, él sonríe y afirma que lo han fortalecido mucho más, porque se ha empoderado y sus luchas se mantienen. Lo más importante es aprender a valorar más las cosas sencillas y a amar más a su familia y al hogar que conforma con su pareja.

Para él es relevante que se fomente la participación política de las personas LGBT, que el Estado y las organizaciones de la sociedad civil los ayuden a capacitarse en temas de derechos humanos para defenderlos y hacerlos respetar, asunto que además les permita sentar un precedente para aquellas personas LGBT que aún viven en el anonimato y les cuesta salir a la luz pública por miedo a sufrir rechazo o algún tipo de

agresión. Por eso considera que la reparación en todos los aspectos y la difusión de la verdad son herramientas relevantes para sanar las heridas de un pueblo que ha agonizado ante la violencia por más de medio siglo.

Reinaldo Jattín sonríe cuando le preguntan por sus sueños, porque a pesar del miedo y de un pasado violento sus sueños se han fortalecido más. Cuando se gradúa como psicólogo, quiere seguir ayudando a la gente, sobre todo a la población LGBT víctima del conflicto, porque él conoce de primera mano el trauma y dolor que deja la violencia cuando toma los cuerpos como territorio de guerra. Él desea montar un negocio, emprender varios proyectos personales y colectivos que beneficien a varias personas y aún así sueña con ser alcalde o funcionario público algún día. A veces cree que su orientación sexual es un impedimento pero con el tiempo se ha dado cuenta de todo lo contrario, que si se lo propone y lucha por sus sueños puede ser el primer alcalde abiertamente bisexual de su municipio.



La familia que elegimos: Colectivas LGBT, hogar y resistencia frente al conflicto armado

Sinopsis

Español

Miguel Ángel Osorio es un hombre gay que creció en la comuna 8 de Medellín. Desde niño es líder y activista en su comunidad y su experiencia de vida no es sólo individual si no colectiva, porque comprende los dolores y triunfos de las personas LGBT en su barrio y cómo junto a ellas ha enfrentado todo tipo de obstáculos para visibilizar sus acciones y proyectos sociales en la ciudad.

English

Miguel Angel Osorio is a gay man who grew up in Medellín's comuna 8. Since he was a child he has been a leader and activist in his community and his life experience is not only individual but collective, because he understands the pains and triumphs of LGBT people in his neighborhood and how with them he has faced all kinds of obstacles to make visible their actions and social projects in the city.

“El asunto de asumirse con respeto y dignidad transforma las maneras de interactuar con los demás”.

Los ojos de aquel niño que llegó cautelosamente a su oficina parecían que hubiesen visto el horror, sin embargo, el niño asustado le entregó un sobre y se fue corriendo lo más rápido posible. Miguel Ángel se quedó impávido y el alma pareció salir de su cuerpo cuando leyó la nota que contenía aquel sobre.

Miguel Ángel Osorio tiene 30 años, vive en Medellín, es activista y líder social en su comunidad, pues desde muy temprana edad se identifica como hombre gay. A los 16 años se armó de valor y les comunicó a sus padres lo que ya sentía y latía en su corazón, al principio fue duro porque no todas las familias saben cómo actuar cuando algún integrante “sale del closet”, y para Miguel fue un momento fuerte, pero no tan complejo como en otros casos, ya que no era la única persona cercana a su familia que vivía esta situación de autodescubrimiento.

No obstante, en el contexto escolar no fue así, muchos niños y niñas, como él lo describe, son acosados por expresar abiertamente su orientación sexual, de ahí que sea más complejo asumirse a nivel público que en el privado. Para Miguel, su comunidad inmediata como su vecindad siempre lo han percibido como un hombre homosexual, en especial porque con su activismo y en los

diferentes procesos sociales LGBT que ha participado, ha adquirido una visibilidad en su entorno.

Su activismo inició en el año 2007 como un proyecto juvenil, que no tenía la intención de llegar a la población LGBT y convertirse en una colectiva de resistencia de la misma, pero para ese momento, la mayoría de los integrantes eran personas con una orientación, expresión o identidad de género diversa. Fue así como de una construcción individual se fue enrutando un proceso hacia la representatividad de personas LGBT en sitios importantes de la comuna y en la ciudad. Miguel Ángel es diseñador de profesión, pero su proyecto de vida se ha formado en procesos sociales, liderazgos y en la defensa de los derechos humanos, puntualmente los de la población LGBT. Actualmente su trabajo tiene un carácter interseccional, lo cual posibilita llegar a diferentes grupos sociales, siendo su activismo su gran sueño personal y colectivo.

Históricamente el conflicto armado ha afectado directa e indirectamente a todos los colombianos y colombianas y Medellín ha sido uno de los focos del mismo. La Comuna 8 ha sido epicentro de la violencia, en donde se ha vivido procesos de desmovilización de los paramilitares y la existencia de las Bacrim, que se estructuran como células de lo que quedó de los grandes grupos armados. Para él, el proceso de desmovilización de los paramilitares sólo dejó semillas para reconfigurar nuevos grupos armados ilegales dentro del territorio, donde se proliferaron nuevas formas de violencia y de ejercer control sobre las comunidades.

Por esta razón, ante la llegada de los actores armados, su colectiva LGBT se convirtió en un objetivo militar, dado que ellos los veían como una amenaza para apoderarse del territorio, y esto desencadenó en una serie de violencias que incluyeron desplazamiento forzado, amenazas, violencia sexual y ver frenado el proyecto político de su organización. La intención de estos actores armados era conseguir el poder y ejercer presión sobre la población, un control económico que se alimenta de negocios ilícitos para financiar sus estructuras a costa de extorsiones, microtráfico, entre otras acciones.

De acuerdo con la descripción de Miguel, en la comuna ha ocurrido de todo. Desde atentados terroristas con artefactos explosivos: masacres, violencia sexual, desplazamiento forzado, torturas y secuestro, e incluso, si se pudiera hacer un recuento, varios hechos no están documentados, demostrando así el subregistro de los mismos.

Las personas LGBT en la Comuna 8 tenían dos opciones: primero asumir un comportamiento validado por el grupo armado, es decir, un joven o una mujer estaban obligados a actuar conforme a los roles binarios de la sexualidad y el género. Aquí las mujeres tienen que ser delicadas y “femeninas”, y los hombres fuertes y viriles, conforme a la noción tradicionalmente arraigada de lo que se codifica como femenino y masculino; pero por otro lado, estaban los disidentes y los rebeldes, quienes expresan su orientación sexual e identidad de género sin miedo a nada, en donde ser un hombre

amanerado y usar vestidos o faldas, o ser una mujer que use ropa ancha y masculina se considera una traición, una transgresión que se convierte en amenaza para ellos. Por lo anterior los grupos armados convierten esto en motivos de persecución y se creen con la autoridad moral para aplicar acciones violentas que sirvan de correctivos a estas “desviaciones”.

A pesar de que la violencia contra las personas LGBT por parte de grupos armados, tanto legales como ilegales, es una violencia diferenciada y por prejuicio en razón de su identidad, expresión de género u orientación sexual, y que además sea legitimada por la sociedad en la mayoría de los casos, Miguel Ángel y su colectiva han ido transformado esa visión, ya que gracias a los proyectos que desarrollan y su labor comunitaria han logrado una visibilización en su comunidad. De ahí que se sientan más protegidos y amados, aunque aún hay taras por superar, como que las personas LGBT transgredan la noción de una familia tradicional y sean mal ejemplo para los niños, conceptos que han cambiado con el tiempo, pero que siguen arraigados en los imaginarios de varias comunidades.

Por esta razón, el activismo de Miguel Ángel y sus compañeras y compañeros, se convirtió en un fuerte de resistencia ante las amenazas, hostigamientos e intimidaciones de todo tipo de personas de diferentes esquinas. No obstante, esta resistencia se ha convertido en algo político porque ellos fueron la primera Mesa LGBT territorial, lo que les permitió ser diseñadores,

consultores y gestores de proyectos relativos a temas de políticas públicas y de diversidad sexual y de género.

Así empezaron yendo a eventos públicos a tener una participación política dentro y fuera de la ciudad, en donde poco a poco fueron ganando espacios de interlocución con los demás desde el respeto, la diversidad y la alegría, ambientes que siguen conquistando y que desde el activismo continúan en transformación.

Mientras tanto, las amenazas contra Miguel empezaron a llegar a través de mensajes de texto en la que le decían que debía irse del barrio que lo estaba “mariquiando”, fueron tres mensajes en una semana con intimidaciones en sus contenidos. El más fuerte fue aquel día que llegó un niño con los ojos aterrorizados y le dejó el sobre y salió corriendo, ahí decía que las amenazas no eran un juego, que debía irse ese mismo día que si no ellos no iban a responder. El horror y el miedo invadieron el cuerpo de Miguel Ángel, porque al principio se mantuvo en el lugar e hizo caso omiso a esos hostigamientos, pero en esa ocasión, embargado por el temor, fue a presentar una declaración para la Unidad de Víctimas, que rechazaron inicialmente alegando que él era un hombre en edad productiva y no tenía familia, lo que se entiende como una clara estigmatización a personas LGBT, pero gracias su liderazgo y el contacto con varios funcionarios públicos pudieron darle un cupo en un albergue para su seguridad.

Sin embargo, permanecer en dicho lugar no fue un alivio, significó todo lo contrario porque además de que este proceso carecía de un enfoque diferencial y de atención especializada a personas LGBT, no contaba con orientación psicosocial para víctimas del conflicto armado, ignorando las afectaciones a la salud mental y el trauma que implica sobrevivir a una de estas situaciones o desplazarse con el miedo a perder la vida en cualquier momento.

También fue un choque fuerte, porque la mayoría de personas que habitaban en el albergue eran rurales y les fue muy extraño encontrarse con un hombre abiertamente gay, de ahí que Miguel viviera tratos ofensivos y no pudiera tener relaciones interpersonales con ellos a causa del rechazo que les producía su orientación sexual. Tenía tan sólo 24 años cuando esto ocurrió, su pareja de aquel entonces le dio asilo en su casa y ya cuando uno de los cabecillas, quién lo había amenazado fue asesinado, Miguel Ángel pudo regresar a su hogar, a su barrio y territorio para continuar con su formación académica y social.

En retrospectiva, Miguel Ángel ve este hecho victimizante en razón de que la Mesa LGBT de la Comuna 8 no sólo es una organización social, si no que está integrada por población LGBT y que otras organizaciones sociales juveniles que hacen presencia en su territorio no fueron perseguidas y amenazadas, mientras que ser “maricas” y ver y sentir la vida diferente en oposición a la heteronorma para los paramilitares

convierte a las personas con una orientación sexual, identidad y expresión de género diversa en un objetivo militar.

Miguel también ha vivido otros hechos victimizantes de manera indirecta, es decir, vio a muchos de sus amigos y amigas ser desplazados, asesinados, torturados y perseguidos. Cada persona que llega a la casa busca refugio, acogida, sentirse como un igual y acompañado de una familia, porque en sus hogares han sido señalados y rechazados. Por eso, cuando se entera que alguno de ellos o ellas que acudió en busca de ayuda y orientación a la Casa Diversa fue violentado y vulnerado algo en su interior se quiebra.

Uno de los casos más tristes le ocurrió a uno de los integrantes que estaba iniciando su tránsito. Esa persona tenía una identidad de género muy femenina y en uno de esos momentos, cuando salió, fue interceptado por seis hombres que abusaron sexualmente de él, a raíz de eso esa persona dejó la comuna y no volvió a transitar. Un impacto en la vida de las personas trans que han sufrido un abuso sexual puede ser la pérdida de su identidad y detención de sus tránsitos, esto se irradia en su salud mental porque por miedo a recibir una agresión o verse vulnerados de nuevo pierden esa identidad, viven en duelo por lo mismo, lo cual altera su calidad de vida.

Pese a que ya se firmó un Acuerdo de Paz en el 2016 y que la Mesa LGBT de la Comuna 8 de Medellín fue reconocida como un sujeto de reparación colectiva,

el 25 de enero de 2016³⁵, siendo el primer caso en Colombia en el que una colectiva LGBT fue reconocida por el Estado como víctima del conflicto armado, las agresiones y violencias contra población OSIGEG en la Comuna 8 no paran. Todavía hay asesinatos a mujeres trans, tentativas de homicidio y feminicidio a hombres gay y mujeres lesbianas, especialmente a quienes ejercen liderazgos sociales visibles en el territorio. No se sabe con certeza quienes ejercen dichas violencias, pues existen agresiones verbales por parte de la comunidad vecinal y la institucionalidad, que carece de un enfoque diferencial y de una capacitación de temas de derechos humanos de personas LGBT y los ataques a todos aquellos y aquellas que sean disidentes de una cultura heteropatriarcal inserta en su inconsciente colectivo.

Como las estrellas que nacen del caos, así ha sido la historia de Miguel Ángel Osorio y su compromiso social con la Mesa LGBT de la Comuna 8 de Medellín, debido a que a raíz del conflicto armado, esa familia elegida, ese hogar de acogida tangible o intangible, en numerosas ocasiones ha enfrentado las fauces de la violencia, encarado los horrores de crímenes llenos de odio y prejuicio, y muchas veces esa familia, esa calidez que generan los lazos de los amigos y los liderazgos, ha sido separada, desmembrada y desarticulada por las infamias del conflicto armado. Pero, a pesar todo eso, renacen en la transformación social y en las ganas de cambiar su realidad.

35 Unidad de Víctimas. (2016). La Mesa LGBT de la Comuna 8. Disponible en: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/la-mesa-lgbt-comuna-8/37227>

En su historia han acogido a jóvenes y adolescentes que son rechazados por sus propios parientes por su orientación sexual, expresión o identidad de género. Cada que alguien tocaba a su puerta buscando ayuda, su familia crecía y en ocasiones han logrado que padres y acudientes venzan ese prejuicio por el amor que les tienen a sus hijos e hijas y decidan apoyarlos y acogerlos de nuevo.

Una de sus primeras luchas y discursos políticos es lograr que las personas LGBT habiten los espacios públicos sin miedo a ser juzgados, violentados o excluidos; es cierto que han ganado visibilidad, pero no es lo mismo estar en la periferia de la Comuna 8 que en el centro de Medellín. Aún genera escozor ver a una pareja del mismo sexo tomarse de la mano o darse un beso en público, de ahí que los espacios públicos se reserven su derecho de admisión solo para personas que tengan una estética heteronormada.

La Mesa LGBT no sólo tiene actividades de política, pues muchos de estos encuentros son bailes, grafitis, montajes teatrales, conversaciones académicas, que se dan en las calles, las instituciones educativas y con las organizaciones comunitarias que siempre tienen sus puertas abiertas para que se realicen talleres e intercambios de experiencias se conviertan en espacios, que son por excelencia, escenarios de transformación social para las personas LGBT. La juntanza con otros grupos poblacionales como afros, mujeres, adultos mayores, niños y adolescentes, incluso de diferentes sectores del

país, son esenciales en estos procesos de cambio social y del compartir subjetividades y experiencias permitan pensarse una sociedad más igualitaria.

La violencia por parte de distintos actores del conflicto armado retrasó su posicionamiento social y actividades en su territorio, porque solo hasta el 2019 pudieron regresar y empezar de nuevo con sus luchas políticas. No se puede hablar de Miguel Ángel sin hablar de la Casa Diversa y de los procesos políticos como la Mesa LGBT de la Comuna 8 de Medellín, su vida, su historia, los que es y lo que sueña están arraigados a los sujetos colectivos a los que pertenece y lidera, su vida no sería lo misma sin estos procesos, sin su gente y su familia elegida, su familia de lucha.

Miguel reflexiona y, a pesar de que pudo retomar su vida a nivel profesional y continuar con sus liderazgos, desde su visión como líder, ser víctima del conflicto armado le dejó varios aprendizajes: primero comprender que no solo se es víctima por habitar el territorio colombiano y vivir en espacios golpeados por la violencia, también se es víctima por no hacer parte de la heteronorma y no cumplir a cabalidad con los estereotipos de género impuestos por el patriarcado; en segundo lugar, por su experiencia, se ha dado cuenta que las rutas de atención y protección del gobierno no aplican un enfoque diferencial y a veces son más efectivas las acciones de autoprotección, por tal razón él piensa que para garantizar la no repetición de estos hechos es vital pensarse políticas de prevención y protección, en lugar de atención.

Miguel Ángel sabe que desde su experiencia, la población LGBT ha sido perseguida, aniquilada y atacada por el simple hecho de ser como son, esto implica una responsabilidad como colectivo y mantenerse investigando y apoyando a personas LGBT que son vulneradas y dejar insumos para los próximos sujetos de reparación colectiva, y decirle a la institucionalidad que los asesinatos y amenazas no son hechos aislados, sino que por el contrario, son sistemáticos porque a diario matan personas por su orientación sexual, identidad o expresión de género diversa. A él le preocupa que para el Estado la reparación se entiende como una indemnización económica y no como algo profundo e integral que debe abarcar todos los sentidos en los que una persona fue violentada, y hace énfasis en la ausencia de una atención psicosocial o preocupación por la salud mental de las víctimas LGBT del conflicto armado.

La historia de Miguel Ángel Osorio, sus luchas, su amor por su territorio y su compromiso con mejorar la calidad de vida de las personas LGBT desde el activismo y en la defensa de sus derechos humanos sigue vigente. Él cuenta con una familia que lo apoya, pero también con esa familia elegida que crece a diario, que genera proyectos, juntanzas, espacios para compartir e intercambiar ideas y convertir realidades hostiles en territorios donde se respeta y se ama la diversidad.



“Seguir en pie y no desvanecer”

Sinopsis

Español

Sylvia Rivera es una mujer trans que vive en El Carmen de Bolívar. La hermandad entre las mujeres trans de su municipio ha sido resistencia frente las amenazas, persecuciones y violencias por parte tanto de actores armados como de quienes las rechazan por sus prejuicios.

English

Sylvia Rivera is a trans woman who lives in El Carmen de Bolívar. The sisterhood among trans women in her municipality has been a resistance facing threats, persecution and violence from both armed actors and those who reject them because of their prejudices.

La guerra visitó la vida de Sylvia Rivera en todas las formas y crueldades, pero ella siempre resistía desde el prisma de sus colores. Al verla, sus raíces se marcan en su rostro, en la manera en que sonríe, llora, en el movimiento de sus manos y especialmente en su mirada que lleva en sus pupilas el paisaje reverdeciente de los Montes de María.

Sylvia es una mujer trans que nació en El Carmen de Bolívar, en la subregión de Montes de María, allí vivió una infancia marcada por la guerra donde los escasos momentos de paz eran los juegos con sus hermanos o los cariños de su mamá. Desde muy pequeña decidió trabajar para ayudar a sus papás con los gastos, por eso apenas terminó la primaria se enfrentó a los riesgos del trabajo informal o de cualquier tarea que le saliera.

Recuerda de niña tener muchas ganas de ver dibujos animados en televisión con sus hermanos menores, y de repente escuchar a la guerrilla dando patadas a la puerta de su casa exigiendo que se acostaran a dormir, porque según su ley y orden ya era hora de que apagaran la luz y todo el mundo estuviese durmiendo en sus camas. Ante el miedo, su mamá los escondía a ella y a sus hermanos debajo de la cama y les pedía que hicieran silencio, pues

cualquier ruido por mínimo que fuera podría costarles la vida. Esto ocurría porque los miembros de este grupo armado solían irrumpir durante la noche en los hogares de la gente, quitar la energía eléctrica, sacar a las personas de sus casas y matarlas sin importar que hubiera mujeres o niños presentes.

Sylvia de niña era muy miedosa, pero su hermano menor la abrazaba y le decía: “No llores, porque esos hombres que están afuera tienen pistolas y nos pueden matar”, ella le decía a su hermano que tenía miedo y él con esa fortaleza apremiante, forjada por la guerra que les tocó vivir desde tempranas edades la calmaba y le repetía: “Nosotros no nos vamos a separar, siempre vamos a estar juntos”. Esas palabras de su hermano se convirtieron en una promesa de vida, porque hasta el sol de hoy, sus padres ya fallecieron y son sus hermanos su apoyo incondicional.

Ser una mujer trans en los Montes de María no sólo implica un desafío frente al conflicto armado que históricamente ha vivido esta zona del Caribe, también es enfrentar a una sociedad violenta, homofóbica y renuente a aceptar la diversidad inminente en su territorio. Personas del pueblo a ella y a sus compañeras trans las amenazaban, les escupían y les tiraban residuos de comida cuando su expresión de género se mostraba más femenina. “Ustedes son machos y Dios los hizo machos”, repetían a gritos en multitudes cada vez que las veían habitar los espacios públicos y tanto Sylvia como sus amigas los ignoraban, de ahí que sus prejuicios

los llevaban a escalar estas violencias atentando contra sus hogares.

Sylvia al comienzo se dedicó al trabajo sexual junto con otras mujeres trans, situación que la ponía en alto riesgo puesto que ejercía dicha labor no en el casco urbano de su pueblo si no en las carreteras. Ejerciendo este trabajo, ella vivió varios hechos victimizantes que se relacionaban con amenazas en panfletos que le exigían abandonar el pueblo, luego de eso, en alguna ocasión mientras ella estaba en la carretera, un hombre con una pistola empezó a perseguirla. Él estaba dispuesto a matarla y Sylvia empezó a correr y a gritar. Fue gracias a la ayuda de la gente, quienes alertaron a la policía del atentado, por eso a ella no le paso nada, pero debió abandonar su territorio al día siguiente. Se radicó unos años en otro municipio de Bolívar y estando allí no podía conciliar el sueño, su salud mental se vio atormentada, así que tomando pastillas era la única forma en la que podía dormir.

De acuerdo con Red Comunitaria Trans, 32 personas trans fueron asesinadas en el 2020, de ahí que popularmente varios medios de comunicación y líderes de opinión afirman que la esperanza de vida de las personas trans es hasta los 35 años, ya que son muy vulnerables a violencias y enfermedades, sin embargo, esta cifra aún está entredicha. Lo relevante aquí es que la violencia contra las personas trans es un problema de primer nivel en justicia y salud pública debido a que globalmente son un grupo perseguido y no respetado por muchas sociedades.

Sylvia Rivera vio a sus compañeras trans morir poco a poco, sus ojos han despedido a cada una de ellas con quienes convivió, creció y compartió espacios de riesgo y juntanza. Ella enumera una a una las chicas trans que se fueron y sus ojos se ausentan cuando recuerda las razones de su muerte. Menciona a Melanny quién murió en una pelea a manos de unos clientes y agresores; Victoria que se fue a Barranquilla y no regresó por las amenazas recibidas y posterior a eso falleció en extrañas circunstancias y, finalmente, Emma, con quién vivió momentos muy difíciles y fueron ella y su mamá quienes la recibieron en su casa, luego de la tentativa de feminicidio que vivió.

Sylvia ha lidiado cara a cara con las agresiones de todo tipo de actores armados, en su infancia evoca aquellas historias de terror protagonizadas por la guerrilla como monstruos de sus pesadillas, y en su juventud la presencia de los paramilitares era latente en su pueblo. Ellos tenían el control territorial, económico y político de la zona, debido a que Montes de María ha sido un lugar cuya ubicación geográfica lo convierte en un sitio estratégico para toda clase de negocios ilícitos

Los miembros de este actor armado intimidaron y amenazaron a las personas LGBT de la región, Sylvia y sus compañeras trans siempre vivían con miedo y aunque a ellas nunca las agredieron físicamente, ya que Sylvia procuro actuar con prudencia previendo cualquier situación que pudiera poner en riesgo su vida. Aunque dicha prudencia la salvó de ser violentada por ellos, vio

como continuamente mujeres trans y lesbianas fueron asesinadas o sufrieron violencia sexual con razón de su orientación o identidad de género diversa. Fue testigo de varios hechos de violencia que le causaron dolor e impotencia, porque la mayoría del tiempo no podía hacer nada, porque si lo intentaba podría ser agredida.

“Ni con los años, eso jamás se va olvidar”, Sylvia cierra los ojos y describe que siente como si fuese ayer el sonido de las ráfagas de disparos que atentaron contra su padrino un hombre gay en El Carmen de Bolívar, se llamaba Esteban Rivera. Él se encontraba tomando el sol cuando tres hombres le dispararon hasta matarlo. Él era un hombre gay visible y querido por la comunidad, él no se metía con nadie, no hablaba mal de ninguna persona, ni buscaba peleas. Ese y el crimen de otros hombres gays mayores aún permanecen en la impunidad y ocurrieron en el marco de los años intensos del conflicto.

Otro actor armado legal que ha violentado continuamente a las mujeres trans es la policía. Sylvia describe cómo en varias ocasiones ellos agredían a las personas LGBT, especialmente a hombres gay y mujeres trans, pues si los encontraban en el espacio público los subían en camionetas y cuando no ejercían violencia sexual dentro de los centros detención trasladaban a las personas a las afueras del pueblo y las dejaban tiradas en medio de la nada a altas horas de la madrugada, posterior a eso las personas LGBT tenían que devolverse a pie exponiéndose a todo tipo de riesgo. En el informe “La gente me señala”[iv] una investigación sobre violencias a

mujeres LBT en Colombia, liderado por Fondo Lunaria, documento que analiza las historias de violencias y discriminaciones hacia mujeres LBT jóvenes en seis ciudades del país, en el caso de Barranquilla, todas las mujeres trans manifiestan haber sido agredidas por un miembro de la policía en diferentes ocasiones, siendo una violencia policial que pasa por violencia simbólica, verbal y psicológica, que ocurre especialmente durante la noche contra quienes ejercen el trabajo sexual. En este contexto las mujeres trans se enfrentan a redadas irregulares por parte de la policía, agresiones físicas, violencia verbal y simbólica ya que les exigen un documento de identidad y si este no corresponde con su identidad y sexo/género femenino insisten en tratarlas como hombres, violando su derecho humano a la identidad de género.

Cuando se le pregunta a Sylvia Rivera sobre si el panorama ha cambiado para las personas LGBT en su municipio, ella sonríe y afirma que un poco, pues el activismo y la organización en su territorio, tanto de parte de ellas como de otras organizaciones que hacen presencia en Montes de María ha posibilitado que accedan a espacios de formación y capacitación en derechos humanos y acciones que han permitido que la ciudadanía deje los prejuicios y respete a la población LGBT y sobre todo a las mujeres trans.

Aunque todavía queda mucho por hacer y la violencia permanece cobrando la vida de mujeres trans, Sylvia sonríe y agradece que a pesar de los retos y un pasado doloroso, es necesario un acto de reparación y de

reconocimiento de hechos de violencia de los distintos actores armados que le hicieron daño a las personas LGBT en el conflicto armado, porque aún quedan secuelas y temores que se vislumbran como fantasmas en sus proyectos de vida, situaciones que requieren atención psicosocial para poder seguir en pie y no desvanecerse, tal cual lo afirma ella con esa misma mirada valiente que guarda en sus iris la fuerza de los Montes de María.



“¡Yo soy lo que soy!”

Sinopsis

Español

Vanessa Vidal es una mujer lesbiana que resistió al conflicto armado; no dejó que las amenazas de los actores armados, ni las creencias de su familia la obligaran a tener una expresión de género acorde a los estereotipos tradicionales.

English

Vanessa Vidal is a lesbian woman who resisted the armed conflict. She did not let threats from armed actors or her family's beliefs force her to have a gender expression that conformed to traditional stereotypes.

“**T**odo lo que no es nombrado, no descrito en imágenes, todo lo que se omite en las biografías, lo censurado en las colecciones de cartas, todo lo que se disfraza con un nombre falso, lo que se ha hecho de difícil alcance y todo cuanto está enterrado en la memoria por haberse desvirtuado su significado con un lenguaje inadecuado o mentiroso, se convertirá no solamente en lo no dicho sino en lo inefable”³⁶. Con estas palabras de Adrienne Rich, una de las teóricas feminista y lesbiana señala que el ocultamiento en el que se han mantenido las relaciones sexoafectivas entre mujeres por años es una secuencia de silencios en donde mujeres que aman en femenino quedan huérfanas de tradición y referentes.

Así ocurrió con Vanessa Vidal mujer lesbiana oriunda del departamento del Caquetá y que por años tuvo que ocultar su orientación sexual y su rabia por la indignación que le causaba la guerra. Vanessa siempre ha amado a las mujeres de manera emocional y erótica. De niña se identificaba con los trabajos que son tradicionalmente

36 Centro de Documentación de Mujeres. (1985). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. Nosotras que nos queremos tanto. Disponible en: https://www.caladona.org/grups/uploads/2014/02/rich-a-heterosexualidad-obligatoria-revista-nosotras_n_3_11_1985.pdf

asociados a los hombres, así mismo con el deporte, de manera que su expresión de género se acerca a lo que de acuerdo con los estereotipos conocemos como masculino.

A Vanessa le gusta el fútbol y desde pequeña fue un deporte que practicó asiduamente, haciendo parte de esos espacios recreativos donde a diario jugaba con sus amigas, quienes también tenían una expresión de género similar a la de ella, pues pasaban el tiempo entre pantalones anchos y botas por comodidad, aunque las demás personas les decían que se pusieran vestidos que fuesen más femeninas y que se buscarán un esposo como todas las mujeres de su pueblo lo hacían.

A ella esto jamás le importó, aunque creció en el contexto de una familia católica y bajo la creencia de sus padres de que ser lesbiana es “antinatural” y va en contra de los designios de su dios, ella siempre se mantuvo firme frente su familia y con las personas que hacían parte de su entorno inmediato, no le importaban las habladurías y, aunque recibió numerosos rechazos e incluso alguna vez alguien llegó a escupirle, ella se resistía a ocultarse o a disfrazarse de los cánones patriarcales impuestos por la sociedad.

Sin embargo, aunque su actitud se mantuvo con entereza y valentía el conflicto armado logró silenciar sus formas de amar. Durante uno de esos emocionantes partidos organizados en la cancha de su barrio un grupo de hombres se acercó y la amenazó a ella y a sus amigas,

les insistió en que no volvieran a jugar en dicho lugar y menos a esa hora, que si lo hacían de nuevo sufrirían las consecuencias.

Al escuchar la palabra “consecuencias” por la mente de Vanessa pasaron una serie de escenas de películas bélicas, que no eran sacadas del séptimo arte si no de su propia realidad, justamente de los recuerdos de su pasado y de su infancia, en particular sobre esas historias de terror de niños que les cortaban la lengua por ser “chismosos”, cuando muy seguramente se trataba de infantes jugando por ahí.

Vanessa Vidal creció en el municipio de Cartagena del Chairá, territorio que era disputado entre paramilitares y las FARC y en el que ocurrían toda clase de violencias por mantener el control de la zona. Ella recuerda que para anunciar el toque de queda lo hacían con tiros que sonaban a lo lejos, lo que no sabía es que si esos disparos iban al aire o directos al corazón de alguien. Como también la guerrilla ingresaba de manera arbitraria a los hogares de la gente, sin importar la hora o las personas que estuvieran allí, pues sus objetivos militares eran seleccionados si resultaban sospechosos de algo incorrecto a su ley de crueldad y silencios, por ejemplo, a los que consideraban líderes o lideresas sociales, a las mujeres o incluso a jóvenes que según ellos filtraban información eran destinados a su inquisición, sin embargo las personas LGBT lo eran solo por ser como son, tal lo afirma Vanessa, los mataban, desaparecían o amenazaban por ser lesbianas, gais, bisexuales o trans,

sólo por oponerse a la heteronorma y al patriarcado hegemónico implantado en el sistema de violencia y dinámicas de terror de estos actores armados.

De hecho en Cartagena del Chairá en el año 2003, cuando Vanessa tenía tan solo 15 años³⁷ hubo una de las masacres más dolorosas en su territorio. A las 11 de la mañana del 31 de julio de 2003, un grupo de paramilitares del Frente Sur de Andaquíes del Bloque Central Bolívar llegó al pueblo y asesinó a cuatro hombres e hirió a seis personas más. Según lo documentó el Centro Nacional de investigación, Cinep, miembros del Ejército Nacional hicieron una requisita previamente a establecimientos públicos diez minutos antes de que iniciará la masacre y no reaccionaron cuando escucharon los disparos de los paramilitares, cuando los soldados solo se encontraban a cuadra y media de distancia donde ocurrieron los hechos.

Sin embargo, desde puntos de vista feministas, las resistencias lésbicas por años han sido sometidas a un ocultamiento y silencio, de ahí que los cuerpos a nivel político, sexual en todo momento se nieguen al silenciamiento de las mujeres por parte de los hombres. De hecho ser lesbiana en un territorio donde el conflicto

37 Rutas del Conflicto. (2019b). Masacre de Cartagena del Chairá 2003. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/cartagena-del-chaira-2003>.

armado es exacerbado³⁸ y donde existe un patriarcado que atomiza a las mujeres y las obliga a la heterosexualidad, la resistencia y desobediencia ante este impuesto social, que a su vez se niega a servir a los hombres; entiende que amar a las mujeres no solo es erótico si no político.

Por ejemplo, durante la década de los setenta las activistas lesbianas insistieron en que se dejara de considerar el lesbianismo cómo sólo sexo entre mujeres, pues para ellas era importante que reconocieran el carácter político del amor entre mujeres como mecanismo de resistencia a las imposiciones del patriarcado. Tal cual lo aplica Vanessa en sus días, puesto que luego de la amenaza que vivió por parte de actores armados cuando se encontraba jugando fútbol con sus amigas, por el miedo y el temor a perder la vida o a que su mamá se enterara de su posible feminicidio en circunstancias dolorosas, como todas las historias de terror que había oído, ella decidió encerrarse en su casa y no salir.

Esos días de confinamiento por decisión propia sus padres fueron quienes se encargaron de su manutención, como también dejó de hacer sus trabajos, pues se dedicaba a ser mototaxi y le daba miedo que en cualquier momento durante su jornada laboral alguien le pidiera un servicio y durante el mismo corriera riesgo. Su mamá

38 Heredia, X. A. A. (2019). Entretejiendo hilos lesbofeministas: Aproximaciones a las acciones teórico- políticas de ocho lesbofeministas del Abya Yala. Edu.co. Disponible en: <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/76915/Ximena%20AlcorroHeredia.2019.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

le insistía que fuese más femenina, que se dejará crecer el cabello, que dejara de vestir ropa holgada y se buscará un esposo para que las amenazas y persecuciones se detuvieran.

¡Que hablen y hablen, yo soy lo que soy! Esto es lo que exclama Vanessa con vehemencia, aunque le parece absurdo que por su forma de amar y de ser tanto los actores armados como la sociedad misma la juzgara, silenciara e invisibilizarán. Aunque no se enfrentó en combates, ni derribó cuadrillas de soldados Vanessa Vidal resistió al conflicto armado, porque nunca permitió que la guerra aniquilará su identidad, su expresión de género y orientación sexual, se mantuvo firme hasta el final, y cuando la valentía de su corazón sobrepasó el miedo pudo volver a salir a la calle, trabajar e ir a tomarse un jugo con su esposa en un lugar público, mientras se toman de la mano y ambas miran con orgullo a su pequeño hijo de cuatro años.



Entre tintes y tijeras: Memorias y resistencias trans en el Magdalena Medio

Sinopsis

Español

Jennifer Arenal es una mujer trans emprendedora que vive en Barrancabermeja (Santander). Se dedica a la peluquería y en los tiempos del conflicto armado perdió a muchos de sus amigos y amigas LGBT de su municipio. Su historia es símbolo de lucha y memoria.

English

Jennifer Arenal is an entrepreneur trans woman who lives in Barrancabermeja (Santander). She is a hairdresser and during the armed conflict she lost many of her LGBT friends in her municipality. Her story is a symbol of struggle and memory.

Barrancabermeja es un distrito especial, portuario, industrial, turístico y biodiverso, que se ubica en el departamento de Santander. Allí en medio del intenso calor y la brisa del río Magdalena creció Jennifer Arenal, una mujer trans que ha dedicado su vida a la peluquería y a la belleza. Ella recuerda que de niña se escondía con sus hermanos debajo de la cama ante las continuas balaceras y hechos de violencia ocurridos en su territorio, en el barrio La Esperanza, un sector popular de su municipio en el que ha vivido toda su vida.

Ella vivía con su hermano mayor, su hermana menor y su papá. Desde siempre se sintió mujer y las personas cercanas le decían en su infancia que era un niño amanerado, pero a Jennifer no le importaba y a su mamá y sus hermanos menos, pero a su padre sí. El primer rechazo que recibió en su vida fue por parte de él, quien al darse cuenta que su hijo tenía una identidad y expresión de género diversa contraría a los roles de género hegemónicos decidió irse y abandonar a su familia.

Su mamá siempre la apoyó, pero con el pasar de los años se quedarían ellas tres, junto con su hermana chiquita en casa, porque su hermano mayor se iría a

prestar servicio al ejército y volvería cada tanto. Jennifer creció en circunstancias extremas, donde había sido un buen día si nadie se iba a la cama con el estómago vacío. Aunque ella y su familia no tuvieran muchos recursos estaban juntas y eso era suficiente.

Barrancabermeja es un territorio que por ser zona petrolera ha sido disputado por diversos actores armados, tanto por las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC como por las FARC-EP. En los años 80 y 90 hubo una alta presencia de las guerrillas, aunque Jennifer no recuerda puntualmente el nombre del grupo armado que controló su territorio por décadas. Ella describe que los integrantes de este grupo armado se hacían llamar los “defensores del pueblo” y a veces robaban a los más ricos, como si se tratara de una historia de Robin Hood, para llevar comida y regalos a los niños y niñas del barrio. Jennifer y sus hermanos nunca participaban de estas jornadas, no porque su mamá no lo permitiera si no que desde muy niña entendió que le daría mayor satisfacción aquello que se ganara con su propio esfuerzo y además, que no se puede confiar en cualquier actor armado, por más altruistas que parezcan sus actos.

El primer hecho que le destrozó el corazón fue la desaparición de su hermano. En el local de su peluquería en medio del olor a champú, a cera y a tintes de diferentes colores a Jenn se le humedecen los ojos, no da muchos detalles de la muerte de su hermano, pero sí cuenta que como tenía que presentarse cada tanto al ejército y viajaba regularmente, por eso la guerrilla presente en

el territorio creía que filtraba información con la fuerza pública, y sin preguntar ni esclarecer nada, lo mataron.

Durante su adolescencia y adultez temprana Jennifer se fue un tiempo de su casa a capacitarse y a aprender muchas cosas para después regresar. Se fue a Bucaramanga, la capital de Santander y estuvo en otras ciudades aprendiendo sobre estilismo, maquillaje, cortes de cabello y cuando regresó era otra persona. Regresó con el cabello más largo y sedoso y con una expresión de género más feminizada, dispuesta a poner su negocio en su ciudad y poder ayudar a su mamá y su hermana con los gastos del hogar. Ser una persona trans y LGBT en Barrancabermeja durante la década de los ochenta era reducirse a espacios como la peluquería, o las noches cuando empezaron a haber las primeras discotecas gay en el pueblo, esos primeros espacios de homosocialización.

Una noche Jennifer salió de casa de su mamá e iba a su apartamento donde tiene su local de peluquería en el barrio La Esperanza. Solía en las noches ir a ver películas a casa de su mamá porque no tenía un televisor en el local. Esa noche le pidió a su amigo, un hombre gay que la acompañara. Mientras caminaban, un grupo de hombres vestidos de civiles pero que ella reconocía que pertenecían a dicha guerrilla los abordaron y les pidieron sus documentos de identidad. Jennifer les dijo que solo iban para el salón de belleza, les recordó que ya se conocían, que no estaban haciendo nada malo, pero ellos se portaron de manera agresiva y ahí tanto Jenn como su amigo notaron que estaban bajo los efectos del trago.

El grupo de hombres armados reiteró que les mostraran sus documentos, y ante la negativa de Jennifer y su amigo empezaron a tratarlos mal a insultarlos y a no respetar la identidad de género de ella, pues le decían “ustedes son hombres, son maricas, ¡muestren sus papeles!” Al ver sus ojos iracundos, con una expresión descolocada y dominada por la ira Jennifer y su amigo no tuvieron más opción que correr, ellos los persiguieron por todo el barrio, dando tiros al aire. Jenn escuchó los disparos y llena de miedo se acordó que cerca estaba la casa de la madrina de su hermano, tocó desesperadamente a su puerta y la señora le abrió y la escondió en su casa hasta el día siguiente.

Estos hombres alcanzaron a lastimarla, pues tenía golpes en la cara y en los brazos, porque en medio de la tensión, forcejeó con uno de ellos mientras buscaba la manera de huir. El primer pensamiento que tuvo esa mañana fue indagar sobre el estado de salud e integridad de su amigo, así que salió a visitarlo a su casa y la mamá de él le contó que fue golpeado y atacado por los miembros del grupo armado.

Lo que más le duele a Jennifer es que esa violencia recibida era legitimada por la sociedad, ya que aunque ella contaba con una red de apoyo y el respaldo de su mamá y otros familiares, lo grave aquí era que las personas estaban de acuerdo con esas agresiones que recibía la población LGBT. Días después otro hecho violento ocurrió, otro amigo de Jennifer, Manuel estaba con su pareja en la vía pública, y hombres armados los

interceptaron con violencia y los amenazaron, insistieron que las manifestaciones de afecto en las calles entre maricas, (palabra recurrentes que usaban para referirse a ellos y ellas) estaban prohibidas, así fuese de noche. Los actores armados intentaron atacar a la pareja de Manuel y él los enfrentó y alcanzó a aruñar a uno de ellos, el miembro del grupo armado ante su ira descomunal le pegó dos tiros en la cabeza a Manuel, provocando su muerte de inmediato.

Aunque Jennifer y sus amigos LGBT no conformaban ninguna organización o colectiva política y sus juntanzas se trataban para tejer lazos de confianza, y compartir entre amigos y amigas, si hay un asunto político de fondo, porque la muerte de los amigos de Jennifer y las agresiones que ellos vivieron corresponden a una serie de violencias por prejuicio donde los grupos armados tanto legales o ilegales, en el marco del conflicto los convirtieron en objetivo militar y buscaron eliminarlos, por considerar sus expresiones, identidades y orientaciones de género diversas como “depravaciones de la sociedad”. Es por eso que también los persiguieron y estas acciones violentas las ejercían como “acciones correctivas” o castigos por no apegarse a la heteronorma y al machismo exacerbado imperante en sus estructuras militares. En síntesis, la presencia de actores armados y sus conductas delictivas y violencias sistemáticas retrasaron, eliminaron y detuvieron los escenarios para que las personas LGBT se organizaran de manera colectiva y social, para que pudieran ejercer una participación ciudadana y cambios en sus territorios.

Otra estrategia para sembrar terror en las comunidades y financiarse, además de los negocios ilícitos eran las vacunas, que consistían en cobrar dinero a los terratenientes y comerciantes, o cualquier persona con un ingreso económico en el territorio. Jennifer, recibió amenazas varias veces por negarse a pagar a una vacuna, cuando a veces su trabajo no le representaba un sostenimiento económico estable. Estas extorsiones las hacían diciendo que ellos eran “la guerrilla del pueblo”, y por tanto debían pagar por su protección, de ahí que fuese obligación darles dinero para garantizar la seguridad del municipio.

De acuerdo con la Comisión de la Verdad, Barrancabermeja, ha sido escenario de conflicto armado urbano y ha vivido las disputas territoriales rurales. Entre los 80 y 90, en su cabecera municipal se desarrollaron estructuras guerrilleras como las de las FARC-EP, EPL y ELN. En esos mismos años, las fuerzas armadas del Estado aplican la estrategia de control de orden público, denominada “guerra irregular” o la “lucha contra insurgente”, con la que se buscaba quitar todos los apoyos que recibieran los grupos subversivos. A finales de los 90, estas guerrillas quebraron el Derecho Internacional Humanitario, aumentaron las ejecuciones deliberadas y arbitrarias contra personas que consideraban colaboradoras o simpatizantes de los militares o paramilitares; incluyendo a mujeres jóvenes que acusaban de ser informantes de los miembros de la fuerza pública.

Son muchos los relatos de horror que ha visto y escuchado Jennifer como mujer trans que habita el Magdalena Medio, uno de ellos también fue el de una mujer lesbiana que era reconocida por su activismo social, y a quien mataron en terribles circunstancias por su orientación sexual y liderazgo político. A pesar de esas historias de horror, que guarda en su memoria, Jennifer siente que los tiempos han cambiado, que ahora al menos en la televisión o en el mundo hablan de niños y niñas que expresan su identidad trans desde tempranas edades y sus padres acompañan este proceso permitiéndoles que usen la ropa que deseen sin importar su sexo biológico.

Ella también reconoce que aunque el prejuicio sigue, son nuevos tiempos, porque las personas LGBT tienen políticas públicas y derechos reconocidos, hay una participación ciudadana en los espacios y quienes ejercen un liderazgo en su región la han ayudado a empoderarse y sobre todo a contar su verdad y no tener miedo de decirla, para contribuir a la memoria histórica y reparación integral de las personas LGBT víctimas del conflicto armado en el Magdalena Medio.



Los colores de la ausencia

Sinopsis

Español

José Carlos es un hombre gay de Dabeiba (Antioquía). Cuando era niño un grupo armado se llevó a su hermano mayor y nunca lo volvió a ver. Desde entonces sueña con ayudar a personas LGBT cuyos seres queridos fueron víctimas de desaparición forzada en el contexto del conflicto armado.

English

José Carlos is a gay man from Dabeiba (Antioquia). When he was a child an armed group took his older brother and he never saw him again. Since then he dreams of helping LGBT people whose loved ones were victims of forced disappearance in the context of the armed conflict.

El 31 de diciembre de 1991 la familia Godoy Reyes se encontraba en su finca en Dabeiba, en el departamento de Antioquía. Estaban reunidos preparando la celebración de año nuevo, cuando unos hombres armados se acercaron a su casa y los interrumpieron. Ellos eran los mismos que llegaban una vez al mes a cobrar la vacuna para garantizar su protección y seguridad en el territorio. Saludaron con amabilidad a las personas presentes y le preguntaron al señor Godoy si uno de sus hijos, junto con el trabajador de la finca los podía acompañar adentro del monte. Señalaron a José Carlos que tendría 13 años en ese momento, la madre se increpó y se negó y ante esto su hermano mayor José Antonio, de 19 años, se ofreció para que su hermano menor no fuera con ellos.

Aunque todo parecía cordial, la madre de ambos chicos tenía un mal presentimiento, una corazonada. Un mal presagio le invadió el pecho y la garganta. José Antonio se dispuso a salir junto con Juan, el trabajador. Caminaron exactamente cinco metros después de la puerta de su casa rural, y desaparecieron entre el espesor del bosque y el paisaje. Nunca más los volvieron a ver.

José Carlos Godoy Reyes pasa los 40 años, actualmente es un hombre gay oriundo de esta zona del Urabá antioqueño. Su orientación sexual nunca fue motivo de rechazo en su familia, desde siempre sintió atracción por los hombres y tanto su mamá, como su papá, su hermano y sus hermanas mayores apoyaron su decisión de amar. Ante los ojos de una sociedad inquisitoria José Carlos aprendió a restarle importancia a los comentarios de la gente, a no vivir del qué dirán, pero una cosa es caminar libre por su tierra ignorando los chismes de otras personas y otra muy diferente es andar con miedo por estar rodeado de todo tipo de actores armados.

Dabeiba, fue un municipio que estuvo bajo todo los fuegos³⁹ como lo titula un reportaje del portal Verdad Abierta. Este territorio fue epicentro de todo tipo de actores armados, desde tomas guerrilleras por parte de las FARC, las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC y las ejecuciones extrajudiciales por parte del Ejército. Este era un lugar estratégico para sus intereses criminales, pues conecta por trochas y montañas con los departamentos de Chocó y Córdoba, y la puerta de entrada al Urabá antioqueño a través del corredor conocido como El Cañón de la Llorona.

Este control territorial afectó profundamente a la población civil y su tejido social. Fue una guerra que se vivió a sangre y fuego, ya que representaba una gran

39 Verdad Abierta. (2019). Dabeiba, un municipio bajo todos los fuegos. Disponible en: <https://verdadabierta.com/dabeiba-un-municipio-bajo-todos-los-fuegos/>

ventaja para cualquier actor armado tener el control geográfico de esas tierras. A su vez la Fuerza Pública también fue parte de este derrotero de crueldades, porque de acuerdo con las investigaciones de la Jurisdicción Especial para la Paz, en adelante JEP, gran parte de las ejecuciones extrajudiciales, en las que hicieron pasar a personas de la población civil como dadas de baja en combate, sucedieron en este municipio del occidente antioqueño.

Este es el Caso 03 de la JEP⁴⁰ denominado “Muertes ilegítimamente presentadas como bajas de combate por agentes del Estado”, el cementerio de Las Mercedes en Dabeiba tiene un particular protagonismo, porque recientemente allí se exhumaron 54 cuerpos de personas que habrían sido presentados de manera ilegítima como bajas por parte de agentes del Estado. Así las cosas, tanto las FARC, las AUC y el Ejército fueron responsables de la crueldad, el horror, las masacres y el miedo que vivió la población en esta región del país.

Ahora bien, volviendo a la historia de José Carlos, luego de la desaparición de su hermano, la guerrilla primero les cobró un dinero a sus padres con la condición de que al recibirlo, lo devolverían a su casa. Tanto su mamá y su papá hicieron todo lo posible para reunir la cantidad de plata que les exigían, ellos la enviaron y su hermano

40 Jurisdicción Especial para la Paz. Muertes ilegítimamente presentadas como bajas en combate por agentes del Estado. Jep. Disponible en: <https://www.jep.gov.co/Especiales/casos/03.html>

nunca regresó. Luego les dijeron que tenían que esperar cinco años para el canje y finalmente les llegaron rumores diciendo que tanto José Antonio, como Juan, el trabajador, habían sido fusilados.

Actualmente José Carlos no sabe qué pasó con su hermano, si está vivo o está muerto, y si lo asesinaron, ¿dónde quedaron sus restos? Él ha visto cómo este dolor dejó una herida muy fuerte en su familia y que es su mamá quien más se ha visto afectada por la zozobra e incertidumbre de no tener claridad sobre qué pasó con su hijo. La desaparición forzada de la que fue víctima José Antonio y Juan es un crimen de guerra, no sólo ocurrido en el marco del conflicto armado colombiano, sino característico de las dictaduras y los tipos de opresiones que supone una violación sistemática de los derechos humanos de la persona desaparecida.

Conceptualmente la desaparición forzada es la privación de una o varias personas mediante aprehensión, detención o secuestro, a lo que sigue su ocultamiento, la negación de que la persona fue desaparecida y el no dar información sobre su paradero, impidiendo así su acceso a recursos y garantías legales. La desaparición forzada es un crimen de lesa humanidad y constituye una violación a los derechos humanos, especialmente cuando estos hechos son cometidos por el Estado a través de sus agentes⁴¹

41 Caribe Afirmativo. (2021c). Desaparición Forzada de personas LGBT en el marco del conflicto armado. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/desaparicion-forzada-de-personas-lgbt-en-el-marco-del-conflicto-armado/>

En el contexto del conflicto armado colombiano, estas desapariciones ocurrieron a través de secuestros, reclutamientos forzados y detenciones arbitrarias. Sin embargo, aunque en Colombia existe una cifra muy alta de personas que desaparecieron durante los más de 60 años de conflicto, el Centro Nacional de Memoria Histórica, advierte que hay un gran subregistro de estos datos, porque la recopilación de los mismos empezó desde el año 2000 y el delito tenía otra tipificación, pues se registraban como secuestros y detenciones.

En medio de esta angustia generalizada en su hogar por la desaparición de su hermano, creció José Carlos, cuya orientación sexual fue visible en su comunidad. Él se hizo adulto durante los años de la toma guerrillera, pues las FARC se consolidó como un poder hegemónico hasta finales de los 90, y creó una malla de comunicación por vías, caminos y ríos que les permitía tener acceso a los municipios de Uramita, Mutatá, Peque, Frontino y la subregiones vecinas del Urabá, como el Bajo Cauca, Norte de Antioquía y el acceso a los departamentos de Córdoba y Chocó.

La zona rural y urbana de Dabeiba se caracterizaba por evidenciar una ausencia del Estado y sus entidades, de ahí que sus habitantes no contarán con acceso a derechos básicos como salud y educación. Esto favorece a que los grupos armados hicieran presencia y poco a poco tomaran el poder y control territorial del municipio.

En una ocasión un comandante de la guerrilla ultrajó a José Carlos y lo amenazó con una arma blanca, insistiendo que debería integrarse a sus filas para que “se hiciera hombre”, para alivio de él en ese momento su papá llegó y evitó que sucediera algo peor. Su papá le dijo que se fuese a estudiar a Medellín, que su mamá no podría soportar perder a otro hijo y que sería un daño profundo en toda la familia. Aunque esta idea no le gustaba mucho, al final concluyeron que todos debían abandonar la finca, pues sentían su vida en riesgo ante los disparos y confrontaciones frecuentes entre distintos grupos.

Así fue como José Carlos llegó a Medellín a vivir en casa de sus hermanas mayores, pero manteniendo la añoranza de su tierra, y preocupado por la gente que seguía allá a merced de la violencia de los malvados, sin ningún tipo de protección o garantía de sus derechos. En reiteradas ocasiones, tanto las AUC como las FARC intentaron reclutar a José Carlos en sus filas bajo la premisa de que en el monte “aprendería ser hombre”, esto por el machismo exacerbado que sostiene sus estructuras militares.

Sin embargo, cuando José Carlos piensa en la manera en la que lo volverían “un macho”, recuerda todas aquellas torturas que algún miembro de estos grupos armados le mencionó. En varios informes de Caribe Afirmativo se evidencia cómo los actores armados se creían con el poder de “corregir” a las personas LGBT de su territorio, pues imponían un orden moral basado

en valores patriarcales donde todo aquello que fuese asociado a lo femenino era castigado, por considerarse inferior a lo que es codificado como masculino en los estereotipos de género tradicionales.

Entres esas maneras de hacer “macho” a José Carlos, se encontraban someterlo a que cargara un maletín lleno de piedras durante mucho tiempo, obligarlo a realizar trabajos pesados y a montarle trabajo como “si fuera una mula”. Precisamente, en esas palabras, recuerda él que se lo comentaron, enfatizando que el trabajo duro en el monte y la guerra le quitarían su atracción sexual por los hombres. Por esta razón, él está muy seguro que las amenazas e intimidaciones que vivió desde adolescente ocurrieron en razón de su orientación sexual y que si hubiese sido un hombre heterosexual dichas violencias no estuviesen enfocadas en anular su identidad y ser y sentir como hombre gay.

José Carlos Godoy manifiesta que está muy seguro que no va recibir ninguna reparación por parte del Estado, si bien es cierto aparece en el Registro Único de Víctimas por el desplazamiento que vivió su familia de Dabeiba, pero otros hechos victimizantes que experimentó como la desaparición forzada de su hermano, las continuas amenazas y desplazamientos en otros territorios en los que trabajó, él no las ha denunciado por temor, porque en el momento que ocurrieron tenía mucho miedo de que estas fuerzas armadas tomaran represalias contra él y su familia. También coincide con muchas otras víctimas LGBT del conflicto armado, en que no se

trata de una reparación económica, que un montón de plata no va a reaparecer a su hermano, ni va a sanar el miedo que siente cuando sale a las calles, que quizás una reparación emocional pueda ayudarlo y sobre todo un apoyo económico que le permita profundizar en sus estudios superiores.

Él volvió a Dabeiba y vive con su mamá, a quien cuida porque ya es una persona mayor y su salud es bastante delicada. Nadie de su familia volvió a la finca y aún así estar en el casco urbano le genera miedo, pues no siente la misma libertad de antes al salir a la calle. En Medellín vivió algunos años, pero no logró adaptarse, porque el amor por su tierra y estar cerca de sus padres fue más fuerte.

José Carlos Godoy Reyes creció en un entorno donde los jóvenes tenían muy pocas opciones y dichas alternativas les significaban anular su orientación sexual o cualquier conducta que pudiera considerarse amanerada, el valor y reconocimiento que se podrían ganar era por ser replicadores de la guerra y la violencia que los actores armados querían imponer, una ley basada en el terror y la vulneración de los derechos humanos, la opresión al más débil y la violencia contra los niños, niñas, adolescentes, mujeres y las personas LGBT.

José Carlos tiene un sueño, una aspiración que siempre estuvo ligada al servicio y al querer ayudar a los demás. Primero deseo estudiar medicina, pero no pudo porque en ese momento ni él ni su familia contaban con los

recursos para financiar una carrera tan costosa, pero ahora lo inspira el trabajo social y su deseo de ayudar a los demás, de contar su historia, resignificarla y apoyar a personas que aún no saben nada de sus seres queridos y que desaparecieron en el contexto del conflicto. De manera particular, sueña con ser apoyo y participar de proyectos que ayuden a las personas LGBT, sobre todo a quienes la guerra les ha dejado una huella imborrable en sus memorias y corazones.



Cuerpos y territorios: La resiliencia frente al conflicto armado urbano en la Comuna 13 de Medellín

Sinopsis

Español

Elías Patiño es un hombre trans que creció en la Comuna 13 de Medellín, desde niño vio como el conflicto armado urbano se extendía en los barrios de su comunidad y ha sido el amor y la resiliencia lo que ha ayudado a transformar un pasado doloroso en liderazgo y activismo.

English

Elías Patiño is a trans man who grew up in the Comuna 13 of Medellín, since he was a child he saw how the urban armed conflict spread in the neighborhoods of his community and it has been love and resilience that has helped transform a painful past into leadership and activism.

“**V**e al psicólogo”, “estás loca”, “eso no es de Dios”, esas y otras expresiones escuchó Elías Patiño cada vez que manifestaba no sentirse a gusto con su cuerpo. Nunca se sintió mujer, para él era raro ver un cuerpo femenino en su reflejo y sentirse como hombre e identificarse con lo asociado a la masculinidad. Fue así como empezó a tocar puertas, a usar ropa holgada y a tener una expresión de género cercana a lo que se conoce como lo masculino.

Sin embargo, la vida de Elías no sólo está atravesada por el hecho de ser una persona trans en medio de una sociedad misógina y heteronormativa, su historia tiene que ver en cómo el conflicto armado llegó al casco urbano de Medellín y la violencia intentó aniquilar su identidad de género.

Elías creció en el barrio San Javier, ubicado en la Comuna 13 de Medellín, que fue epicentro de la violencia en los años setenta y ochenta, por causa del narcotraficante Pablo Escobar. Su paisaje aunque está en una jurisdicción urbana tiene un aire rural, pues en ese entonces habían casitas pequeñas y en condiciones precarias entre sus colinas, rodeadas de calles estrechas

y empinadas que generaban múltiples callejones y miradores, una arquitectura laberíntica, ideal para los delincuentes y negocios ilícitos como el comercio de droga.

La Comuna 13 tiene una relación directa con la violencia, porque después de la era de Escobar y el narcotráfico, el conflicto armado se asentó en sus calles sembrando terror en la comunidad. Después de la desmovilización de los Paramilitares, quedaron pequeñas células de grupos criminales que se reconfiguraron como las Bacrim, y nuevos actores armados que evolucionaron de acuerdo a las dinámicas socioeconómicas de los barrios, pero que se mantuvieron bajo el mismo accionar paramilitar de hostigar a la población civil e imponer una autoridad y poder a través del miedo y el horror.

No sólo se trataba de una disputa entre las FARC y los paramilitares, también la Fuerza Pública fue responsable de masacres, asesinatos, homicidios, feminicidios y, sobre todo, del miedo que tenían las personas LGBT en salir a las calles. Entre el 16 y 17 de Octubre de 2002 se llevó a cabo la Operación Orión, operativo militar por parte del Ejército que buscaba acabar con las milicias urbanas de grupos guerrilleros en Medellín.

Esta fue una operación militar de mayor envergadura que no sólo se llevó a cabo en esos días de octubre, si no que se extendió durante los meses de noviembre y

diciembre de ese mismo año, como lo señala el Centro Nacional de Memoria Histórica⁴². Dicha incursión militar quedó en la memoria de los habitantes del barrio San Javier como el día en que la guerra se metió en las entrañas de sus hogares, ya que esta acción bélica cobró la vida de varios civiles, bajo hechos victimizantes como ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas y distintos asesinatos, que además ocurrieron en complicidad de grupos paramilitares, logrando desterrar a la guerrilla, pero permitiendo que las Autodefensas y demás estructuras criminales se fortalecieran en el barrio.

En medio de este panorama de guerra, Elías trataba de llevar su vida de manera casi que anónima, se dedicaba a trabajar en un puesto de comidas rápidas y su único anhelo en ese momento era tener tiempo de ver a su novia María, quién lo esperaba hasta altas horas de la noche en una de las tiendas del barrio para irse a tomar algo y luego regresar juntos a casa.

Frente a la comunidad, Elías manifestaba su identidad de género como un hombre trans, y aunque los comentarios y chismes de los vecinos no daban tregua contra él y su novia, Elías hacía caso omiso a estos, aunque las historias de guerras, de masacres y de desapariciones de personas cercanas o conocidos del barrio eran pan de cada día. Él trataba de mantenerse al margen y su única ilusión era

42 Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). Trece años de la Operación Orión. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/trece-anos-de-la-operacion-orion/>

llegar, darle un beso a María, tomarse alguna cerveza en las primeras horas de la madrugada y mirar desde lo alto de las colinas de San Javier.

Allí mientras a punta de abrazos espantaban el frío, solían contemplar las estrellas y verlas confundirse con las luces de una ciudad que nunca duerme. En medio de esa paz, Elías y María fueron interrumpidos por la presencia de unos hombres que llevaban un rato persiguiéndolos. Uno de ellos en el pasado había manifestado interés en conocer a María, pero ella se negó, enfatizando en que no le gustaban los hombres cisgénero. Ante esto él no soportó el rechazo y se dedicó a perseguir a María y a su pareja, y en cuanto se dio cuenta que Elías era un hombre trans, procedió a tratarlo a él y a su novia con palabras peyorativas como “areperas”, “maricas”, entre muchos otros insultos.

Esa noche en que los interrumpieron, amenazaron con atacar a Elías y a María. Elías trató de suavizar la situación, insistiendo en que no tenía sentido tal hostigamiento y que si ella había dicho que no, respetaran esa decisión y que no podían forzarla. Aquí se dio una conversación tensa, en la que reiteradamente los hombres armados vulneran la identidad de género de Elías, mientras él conversaba que bajo la violencia, crueldad y la imposición de la guerra mostrando sus armas no era la manera correcta de atraer a una mujer. No obstante, ellos parecían entenderle menos.

En un momento, el miedo se apoderó de ambos y Elías resignado a que no cambiarían de parecer ni se irían, manifestó que si les iban a hacer daño se lo hicieran a él, que la bronca era con él y no con ella, y en medio de ese forcejeo, lo golpearon y lo atacaron en varias ocasiones, hiriéndolo en el abdomen al punto de dejarlo casi inconsciente. Él cayó en los brazos de María y ella horrorizada en medio del llanto y sus gritos, trató de sostenerlo a medida que escuchaban como planeaban violarlos y asesinarlos a los dos.

Cada agresión iba acompañada de frases como “es que usted no es ni hombre, ni mujer, no se sabe que es”, Elías guardaba silencio, aunque en su interior se estuviera mordiendo la lengua y deseando defenderse con vehemencia, pero prefirió el silencio para no provocarlos más y evitar que su novia saliera lastimada. “Que yo sea un hombre trans, y que me gusten las mujeres y tenga una manera de querer diferente, no justifica que me agredan así”, dice Elías cuando rememora este hecho, comprendiendo que la razón por la que lo hirieron tanto al punto de casi matarlo, fue por su identidad de género y orientación sexual.

Esta serie de agresiones ocurrieron en medio de las escaleras que se ciernen en las colinas de la Comuna 13, entre gritos y golpes los paramilitares obligaban a María y a Elías a subir hacia la montaña para asesinarlos y posteriormente desaparecerlos. María no dejaba de gritar y Elías guardaba la esperanza que al menos alguien de su familia hubiese escuchado los gritos de María y pudiera

auxiliarlos. El agresor principal sacó un revólver y le exigió a Elías que se arrodillará, a los golpes e insultos él lo hizo, sintió el frío de la pistola rozar su cuerpo y cerró los ojos pensando que ese sería el fin, para su suerte el arma se disparó y no había balas, lo que le dio tiempo a sus tías y demás familiares que llegaron en multitud a auxiliarlo a él y a su novia.

Una de sus tías que conocía su transición y su proceso les dijo que la manera de querer de Elías no le hacía daño a nadie, que ya lo habían golpeado lo suficiente, que no había razón para golpearlo aún más. Los hombres armados se detuvieron, para entonces Elías se había desplomado del dolor en el asfalto y como pudieron lo subieron a un taxi para llevarlo a la clínica más cercana.

De esa noche de horror sólo quedan cicatrices físicas y emocionales. Estuvo en coma varios meses por la intensidad de los golpes y las heridas que le propiciaron esa noche. Tiempo después, Elías tuvo que desplazarse forzosamente de su territorio, dejar de ver a María e irse a vivir a una finca por su seguridad. Allí se sentía solo y agobiado por los fantasmas del recuerdo y el miedo, y aún más vulnerado porque la gente rural que lo rodeaba no sabía cómo tratarlo, ni acercarse a él siendo un hombre trans.

En el libro *Contrapedagogías de la Crueldad*, la teórica argentina Rita Segato⁴³, señala que existe un mandato de la masculinidad que dice que los hombres necesitan apropiarse de algo, ser sus dueños. De ahí que al ver su masculinidad cuestionada les queda la violencia, sexual, física o bélica para restaurar su posición masculina. Así las cosas, los hechos de violencia exacerbada tienen un mensaje simbólico, en donde la repetición de la violencia produce la normalización de un paisaje de crueldad y eso causa la ausencia de empatía, es por esto que visto desde una perspectiva de género la masculinidad es una herramienta para la crueldad, donde los hombres son socializados en una relación directa: masculinidad y guerra y por eso es necesario reafirmar su ego y autoridad, obedecer a sus pares y opresores y tener conductas violentas ejemplarizantes con quienes subvierten esta concepción violenta de la masculinidad.

Dicho de otro modo, este tipo de masculinidad que teoriza Segato está presente en los actores armados y de manera particular en quienes sienten que los cuerpos de las mujeres y las personas LGBT son territorios que les pertenecen. Así que lo que vivieron María y Elías responde a estas premisas teóricas, donde la violencia es un mecanismo para reafirmar la propiedad y autoridad de los grupos armados y sus cabecillas sobre los cuerpos de las mujeres y personas LGBT o disidencias sexuales.

43 Delgado, L. (2019). Rita Segato: "Hay que demostrar a los hombres que expresar la potencia a través de la violencia es una señal de debilidad". El Salto. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/feminismos/rita-segato-hay-que-demostrar-hombres-expresar-potencia-violencia-senal-debilidad>

Actualmente, Elías y María no están juntos. Elías trabaja como empleado y ronda los cuarenta años. Al contar su historia, repasa con la punta de sus dedos y señala sobre su ropa los lugares en su abdomen y espalda donde le queda cicatrices de esa noche de tortura, las marcas de las hebillas de las correas, los palos, y las heridas profundas con arma blanca a las que de milagro sobrevivió.

Al preguntarle por el conflicto armado y lo que piensa alrededor del proceso de paz, Elías afirma que aún hay mucho por investigar en ese aspecto, que hay situaciones que merecen esclarecerse, cómo la complicidad entre la fuerza pública y los paramilitares en los actos criminales contra la población civil. Como también las ejecuciones extrajudiciales o justificar los asesinatos contra las personas, haciéndolos pasar por criminales e integrantes de guerrillas o incluso matándolos para adueñarse de sus terrenos, ganado y todo tipo de patrimonio.

Elías Patiño tiene otra relación afectiva ahora, su pareja actual le transmite mucha paz y aunque le quedó un dolor crónico en las costillas y un asma recurrente de aquella noche de horror, el amor y la fe han sido los caminos idóneos para sanar. Su barrio, la Comuna 13 de Medellín también se ha transformado a través del arte y la construcción de paz, pues ahora es un recorrido casi que obligatorio para los turistas, donde las casitas precarias de antaño ahora son de colores y se acompañan con un circuito de murales y grafitis que cuentan como un territorio que fue epicentro de la guerra

ahora es territorio de paz. Aquí el arte, la música y el trabajo comunitario intentan hacer memoria histórica y resignificar un pasado violento en la armonía de una comunidad resiliente.



Ser LGBT siempre ha sido de resistir cada día

Sinopsis:

Español

Jhon Restrepo es un hombre gay líder social y activista de Casa Diversa en la Comuna 8 en Medellín. Él no se enuncia desde su singularidad si no desde el plural de las resistencias colectivas de las personas LGBT de su barrio.

English

Jhon Restrepo is a gay man, social leader and activist of Casa Diversa in Comuna 8 in Medellín. He does not speak from his singularity but from the plural of the collective resistance of LGBT people in his neighborhood.

“Hemos logrado por medio de luchas construir una identidad, pero creo que hemos logrado lo más necesario, que son los cimientos para que algo estructural realmente cambie”.

Todas las noches la misma pesadilla se hacía real y una secuencia de sonidos del horror atormentaban los oídos de Jhon. Gritos, disparos, alaridos y unas voces profundas y fuertes vociferando insultos y obscenidades, los perpetradores del horror no tenían horario para sembrar miedo y violencia. Él por su parte se escondía debajo de la cama, mordía su cobija y reflexionaba que eran pocas las noches en las que no había un muerto, una balacera, una amenaza o una agresión en su barrio en la Comuna 8 de Medellín.

Jhon Restrepo es un líder social, activista y hombre gay cofundador del proceso de Casa Diversa en Medellín e integrante de la Mesa LGBT de la Comuna 8 de Medellín, el primer sujeto de reparación colectiva LGBT reconocido por la Unidad de Víctimas en el marco del conflicto armado. Jhon supo desde siempre que es un hombre homosexual, y que ser el primero de la clase, izar bandera casi que en cada fecha conmemorativa y tener una posición de poder por su alto rendimiento académico permitió que su entorno inmediato reconociera su orientación sexual y evitara situaciones de bullying, por lo menos en el ámbito escolar.

Por las venas de Jhon corre sangre de lucha e identidad, pues su madre es una mujer indígena y su papá un hombre afro y aunque dichos rasgos no se evidencian en el color de su piel, si en su forma de hablar y de expresarse, por eso a edades tempranas vivió discriminación con motivo de sus raíces. Su proceso de reconocimiento como hombre gay no implicó un proceso profundo, por el contrario, su incipiente actitud de líder posibilitó ese reconocimiento, pues cuando tenía 17 años decidió contárselo a su mamá y posterior a eso se fue de la casa.

Jhon inició su liderazgo desde los 14 años y a sus 20 cuando se conformó el MCJ, movimiento juvenil que organizaron en la comuna, allí su liderazgo y activismo se marca con los LGBT y desde entonces se empieza a enunciar como líder gay. Él fue admitido en la universidad para estudiar trabajo social y ciencias políticas pero por diferentes motivos no pudo iniciar esta formación, sin embargo, como él mismo lo dice, no es necesario un cartón que certifique sus conocimientos, porque él se ha formado en la calle y también a través de diplomados, cursos, capacitaciones en temas relacionados con la recreación y el deporte, la auditoría de calidad, derechos humanos, cartografía social, resolución de conflictos, medio ambiente, entre otros.

Para Jhon la guerra no es un sustantivo en pasado, de hecho, se sigue viviendo de manera continua, como también se ha venido transformando en relación con los actores armados y sus *modus operandi*. Los años más crudos del conflicto fueron entre 1999 y 2005, tiempo

en el que el control territorial por parte de los grupos armados se evidenciaba casi que de manera descarada. La presencia de los paramilitares estaba ligada a muertes, amenazas, balaceras, desapariciones forzadas. En esos años fue el proceso de desmovilización de los paramilitares, que sólo mutó las formas de operar de estos actores armados.

Ese primer lustro de activismo fue muy duro, la violencia se legitimaba por parte de la sociedad y en algunos casos la institucionalidad estaba involucrada. Así pues, comenzaron a darse desplazamientos forzados, desapariciones forzadas en donde mataban en silencio y enterraban en cualquier parte a las víctimas o a quien se opusiera a su política criminal de violencia y sevicia. De ahí que para Jhon el conflicto sea un fenómeno inamovible y que muchos espacios de recreación o de ocio terminen siendo ideales para negocios ilícitos como el microtráfico que financia y sostiene la guerra, y que en la actualidad sigue vigente.

Cronológicamente hablando, la Comuna 8 ha estado invadida por diferentes actores armados: de los noventa para atrás se encontraba el ELN y el M 19; entre 2006 y 2010 los desmovilizados de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC en Medellín, y pese a que en ese momento no se reconocían como un actor armado, la historia demostró que siguen siendo un actor ilegal perpetrador de violencias que operan en la zona, como el caso de las Bacrim y otros grupos que permanecen en el territorio ejerciendo todo tipo de agresiones.

De acuerdo con la lectura de contexto que hace Jhon los intereses de los grupos armados radican en mantener un control territorial en función de su proyecto económico, siendo entonces el narcotráfico, en particular porque la Comuna 8 comunica con todo el oriente antioqueño lo cual facilitaba el tráfico de armas. Respecto a la relación de la comunidad con el actor armado algunos los reconocían y otros no, ya que generalmente estos grupos llegan a lugares donde el Estado no hace presencia y si llega, no lo hace de la manera adecuada, es por esto que cabecillas de estos actores armados terminan mediando situaciones de convivencia entre las comunidades o tomando decisiones que determinan ciertas dinámicas en los barrios y comunas.

Jhon recuerda que él no dormía, que más de una vez el sonido de una bala a lo lejos lo hacía saltar de su cama en mitad de la noche, sus pesadillas eran tangibles en la realidad. Las acciones perversas de los paramilitares parecían sacadas de cuentos de horror, una de esas maquiavélicas estrategias consistía en hacer caminar a sus víctimas sobre una trocha que conducía a un vertedero, estando allá los acribillaban y los dejaban ahí como “ejemplo” de las consecuencias que podría tener cualquier persona que osara meterse con ellos o cuestionarlos, como si se tratara de una inquisición medieval.

Numerosos fueron los hechos de violencia que vivió Jhon de cerca, uno de estos fue el rapto de un grupo de jóvenes que se encontraba en una actividad deportiva,

a quienes desaparecieron y días después encontraron descuartizados, ellos resistieron a su manera y dichas resistencias los convirtieron en objetivo militar donde fueron atados y luego picados. Con el tiempo, Jhon vio cara a cara la crudeza del conflicto, se vio envuelto en situaciones en las que tuvo que ayudar a sacar a personas secuestradas, acompañar el proceso de rescate de varias personas que torturaron de manera indiscriminada y sistemática. En una ocasión tuvo que cuidar a los niños de una mujer que quedó en coma por una bala perdida, y en otra impedir una tentativa de masacre en contra de unos jóvenes que robaron a quien no debían y que al día siguiente ubicaron con el objetivo de matarlos.

En lo que respecta al trato que recibían las personas LGBT por parte de los actores armados, es un asunto complicado porque para entonces sólo había dos personas LGBT visibles en el territorio, Jhon y una mujer trans afro. La chica trans era vulnerada en repetidas veces y en uno de esos ataques por prejuicio la secuestraron, ella como pudo se escapó y no volvió más al barrio. Así que la única manera de sobrevivir era resistir en el silencio y en la clandestinidad, camuflándose, negándole a sus cuerpos vivir sus identidades diversas, que se reduce a esa discriminación persecución y aniquilamiento histórico que han vivido las personas LGBT.

Las palabras con que los actores armados reconocían a las personas LGBT generalmente eran insultos y obscenidades relacionados con su expresión de género u orientación sexual; como también asociar sus

orientaciones a la perversión y continuos señalamientos en los que les decían que estaban “mariquiando el barrio” o cualquier calle o esquina donde se encontraban. Además, como se trataba de prejuicios y violencias naturalizadas por la sociedad los actores armados, se aprovechaban de esto para ejercer sus violencias. Para Jhon, la violencia contra las personas LGBT no la inventaron los grupos armados, es algo inserto en el sistema patriarcal, el desprecio por lo diverso, siendo el Estado y la iglesia quienes justifican estas agresiones casi siempre.

En cuanto a la relación de la institucionalidad con las personas LGBT es inexistente, en muchos escenarios según lo describe Jhon las personas LGBT eran agredidas e insultadas y la policía no hacía nada y si alguien denunciaba era juzgado en primera instancia, alegando que esa misma persona se había buscado problemas y enemigos por ser como es. De hecho, Jhon coincide de que puede que ahora exista una política pública, pero muchas de estas legislaciones son letra muerta que se quedan en el papel, es por esto que dichos avances terminan siendo simbólicos, lo poquito que se ha logrado y que ha beneficiado a unos cuantos ha sido por la incidencia de la Mesa LGBT.

Cuando Jhon habla de sus heridas sus ojos se humedecen, recuerda las pesadillas tangibles de aquellos sueños interrumpidos por balaceras y gritos de auxilio, pues él no puede hablar de manera individual de sus heridas si no desde lo colectivo. Puede que su proyecto

de vida se haya detenido y que la parte económica y familiar se haya afectado considerablemente, pero en palabras textuales de Jhon “mi vida entera está ligada a lo comunitario, porque al quitarme eso me quitaron todo, tanto la primera vez como la segunda”. Aquí él se refiere a dos hechos victimizantes que lo afectaron, el primero fue bastante complejo porque le dejó un cuadro depresivo muy fuerte, depresión que de manera silenciosa se fue anidando a su mente desde los 14 años y que durante esa primera agresión ocasionó que se cayera su cabello y somatizara angustias emocionales que se tradujeron en síntomas físicos como dolor corporal y desánimo.

La primera amenaza llegó de manera directa, Jhon caminaba por el barrio recolectando información para unas encuestas y en ese momento se acercaron un grupo de hombres, quienes lo amenazaron, él hizo caso omiso, pero al día siguiente al salir de su casa uno de ellos lo estaba esperando para cuestionarse el porqué seguía en el barrio. Ese mismo día Jhon salió con sus amigos y durante la madrugada su mamá lo llamó llorando a contarle que un grupo de seis hombres armados había ido a su casa con toda la intención de hacerle daño, pero al no encontrarlo decidieron robarlo y como mensaje simbólico, quemaron las fotos de la Mesa LGBT que Jhon conservaba en su casa como recuerdo de aquellos días memorables de su activismo, además, quien en ese entonces era su pareja también lo buscaron para golpearlo. Durante esos días, Jhon usaba ropa prestada porque literalmente lo habían dejado sin nada, luego de dichas amenazas atentaron

contra su integridad, lo hirieron, lo empezaron a vigilar, seguir y a escuchar las conversaciones en su casa e incluso enviaron un petardo a una de las sedes de trabajo. Él ya tenía un reconocimiento social y por eso ante la entrada de un nuevo actor armado o relevo de los cabecillas lo citaban para socializarle las dinámicas de violencia y de apropiación que harían, es decir, los cambios del “nuevo mandato”, porque estos criminales tenían la conciencia que hacerle daño a él tendría consecuencias, como por ejemplo que dicho delito no se quedaría en silencio.

La respuesta de la institucionalidad para resguardar a Jhon y protegerlo fue confinarlo en un albergue, donde pasó de tener una agenda política y de activismo de domingo a domingo a encontrarse completamente aislado para proteger su integridad. Esos meses estuvo solo, con su salud mental a punto de quebrarse, extrañando a su mamá y a su hermanita menor y aburrido del trabajo que le obligaban a hacer como lavar tanques y cocinar. Claramente las amenazas y agresiones que recibió Jhon no fueron sólo por su orientación sexual sino por su liderazgo en Casa Diversa, por sus apuestas políticas, sociales y el impacto de las mismas en su territorio, sin embargo, tal cual como él lo menciona dichos liderazgos no son un sustantivo en singular, si no por el contrario es la suma de las vidas que han pasado por Casa Diversa en dónde él ha hecho las veces de líder, gestor cultural, confidente, soporte emocional, amigo y en muchas otras presenciado y acompañado momentos de sufrimiento de los y las integrantes de Casa Diversa.

No obstante, la vida de las personas LGBT de la Comuna 8 de Medellín antes del conflicto armado no era mejor, lo que trajo la guerra consigo fue una exacerbación de las violencias. Jhon, como escucha atento de las historias de vida que han pasado por sus ojos y oídos, sabe muy bien que ser una persona LGBT implica discriminación, exclusión, siendo la violencia y la soledad sus acompañantes frecuentes, que afectan principalmente su salud mental. Él siempre ha tenido un lugar visible, pero sus amigos y amigas LGBT han llorado, los han echado de la casa, han vivido el rechazo de sus propias familias, situaciones que no dejan golpes evidentes pero sí traumas profundos a nivel psicológico.

Ante la marejada de situaciones de conflictos, Casa Diversa, con esa magia que tienen los arcoíris de salir después de un fuerte aguacero, ha mantenido su razón primigenia de ser un proceso político para vivir y ser feliz, donde lo importante sea poder ser y poder hacer que las personas LGBT de la Comuna 8 de Medellín puedan vivir plenamente. Metafóricamente hablando, habitar la Casa Diversa es como llegar a un lugar feliz, un espacio para poder quitarse las cadenas de la opresión que impone el patriarcado y dejar brillar los colores que opaca una sociedad dualista y binaria. También la mesa LGBT se considera un escenario para sentirse amados, seguros, queridos y libres, dónde explorar su sexualidad según su voluntad está permitido. Esa sensación fraterna y de hermandad aún persiste, aunque ahora ambos sujetos colectivos tengan un carácter más político.

Jhon ve necesario que haya un relevo generacional en los liderazgos de los procesos sociales y activistas que ha gestado, en especial porque siente que ya dedicó más de la mitad de su vida a los mismos y que es hora de que nuevas personas se hagan cargo y aporten ideas frescas al movimiento y organización. Sin embargo, cuando se le pregunta por un aprendizaje significativo que le haya dejado el conflicto armado, responde que puede que a nivel individual nada, pero colectivo mucho más. Jhon Restrepo es un pronombre en plural, todo su ser lo conforman su amor por su territorio y los procesos que como fractales surgieron de su liderazgo, de aquella actitud altruista, creativa y disciplina que reverdecía en ese niño orgulloso que izaba la bandera casi todo el tiempo en el colegio.

Para garantizar la no repetición, Jhon afirma que la respuesta está en las instituciones, que el Estado y la sociedad tienen la responsabilidad de acompañar los tránsitos individuales y colectivos, es decir, se ha logrado la construcción de una identidad. Sin embargo, no es suficiente, por ahora estos son los cimientos para que algo estructural realmente cambie. Visto desde un componente humano, es necesario proteger a las personas LGBT; no tiene sentido luchar por un matrimonio igualitario si de todas formas una pareja que se tome de la mano en la calle o exprese su amor en algún espacio público será víctima de agresión o discriminación.

En materia de restauración y reparación, para Jhon la respuesta de la institucionalidad deja mucho que desear, el no pudo continuar su educación superior debido a las amenazas que recibió y eso nadie se lo reparó. De igual manera, se sigue entendiendo la reparación como una transacción económica y en el caso de Jhon él sí recibió dicho recurso, pero el acompañamiento de retorno a su territorio o incluso el psicosocial fueron mediocres e inexistentes. Su salud mental fue una de las más afectadas por el conflicto armado y la atención psicosocial que recibió consistió en un profesional que en tres sesiones su objetivo era llenar un formulario. Esto evidencia como para el Estado y el sistema de salud, la salud mental sigue siendo un asunto de menor importancia, por eso la invisibilización de la misma y la ausente atención a las víctimas del conflicto armado en términos de su reparación relacionadas con su bienestar psíquico y emocional.

Para Jhon Restrepo es importante dar respuesta a la postura de la guerra frente a los cuerpos disidentes, pues quisiera escuchar a los perpetradores de estos actos bélicos dando respuesta a sus razones frente a la violencia desmedida que sufrieron las personas LGBT durante el conflicto armado. También es importante comprender las particularidades territoriales de las violencias vividas por parte de las personas con una orientación sexual, identidad o expresión de género diversa, ya que los hechos y patrones de violencia cambian de acuerdo con los territorios, señalar que los responsables de estos

crímenes no son solo los actores armados sino la sociedad y sus creencias patriarcales en sí mismas.

Finalmente, Jhon concluye que una manera de reparar a las personas LGBT que han sido víctimas del conflicto armado es eliminar la brecha de desigualdad existente, es decir, no se puede tratar meramente de un saludo a la bandera arcoíris si no algo real que se traduzca en becas, asuntos de salud, asignaciones de centros, empleos reales para las personas LGBT. No es solo dar una charla y sensibilizar a los demás, si no de que las oportunidades materiales se garanticen con un enfoque de derechos humanos, no sólo para dar talleres sino para proporcionar cambios reales y tangibles.

Bibliografía

Alarcón, Y. (2019). Reclutamiento forzado de niños y niñas en el conflicto armado colombiano: los menores de 18 años como víctimas con protección especial reforzada en el DIH y DIDH.

Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual. (2012). El Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual, presente en la Marcha de la Memoria por la Verdad y la justicia . Disponible en: <http://memoriadiversidadsexual.blogspot.com.co/2012/03/el-archivo-de-la-memoria-de-la.html>

Arcópoli. El discurso bifóbico. Arcópoli. Disponible en: <https://arcopoli.org/el-discurso-bifobico/>

Ávila, A. (2020). El fracaso de la seguridad en el gobierno de Iván Duque. Disponible en: <https://www.semana.com/opinion/articulo/el-fracaso-de-la-seguridad-en-el-gobierno-de-ivan-duque/680472/>

Cano, L. (2021). Una Sociedad Cansada de la Brutalidad Policial. Pares Fundación Paz&Reconciliación. Disponible en: <https://pares.com.co/2021/02/26/una-sociedad-cansada-de-la-brutalidad-policial/>

Caribe Afirmativo. (2019). Nosotras Resistimos. Informe sobre violencias contra personas LGBT en el marco del conflicto armado en Colombia. Informe entregado a la Comisión Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Caribe Afirmativo (2021) Vidas confinadas, Informe derechos humanos de personas LGBT en el Caribe Colombiano en 2020.

Caribe Afirmativo. (2016). Mujeres trans – afrodescendientes en contexto de marginación en Cartagena. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/mujeres-trans-afrodescendientes-contexto-marginacion-cartagena/>

- Caribe afirmativo. (2020). Juguemos en el bosque mientras el lobo no está y Violencias en el marco del conflicto armado contra niñas, niños y adolescentes con orientaciones sexuales, identidades y/o expresiones de género diversas en Colombia.
- Caribe Afirmativo. (2021b). Entre silencios y palabras Conflicto armado, construcción de paz y diversidad sexual y de género en Colombia. Libro IV. Somos las más visibles y las menos visibles. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2021/11/Entre-silencios-y-palabras-4.pdf>
- Caribe Afirmativo. (2021). Caribe Afirmativo presenta ante la JEP informe sobre persecución por prejuicios relacionados con las OSIGEG diversas que sufrieron las personas LGBT durante el conflicto armado en el norte del Cauca. Disponible en: <https://bit.ly/3BI9MO5>
- Caribe Afirmativo. (2021). Desaparición Forzada de personas LGBT en el marco del conflicto armado. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/desaparicion-forzada-de-personas-lgbt-en-el-marco-del-conflicto-armado/>
- Centro de Documentación de Mujeres. (1985). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. Nosotras que nos queremos tanto, 3(Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid), 3–36. Disponible en: https://www.caladona.org/grups/uploads/2014/02/rich-a-heterosexualidad-obligatoria-revista_nosotras_n_3_11_1985.pdf
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), Desaparición forzada. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico, Bogotá, CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). Trece años de la Operación Orión. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/trece-anos-de-la-operacion-orion/>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2020). Comunicado ante la violencia que se viene registrando en Los Montes de María. Disponible en: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/comunicado-ante-la-violencia-que-se- viene-registrando-en-los-montes-de-maria/>

- Cortés, V. (2021). Mujeres víctimas del conflicto en el Caribe narran cómo fueron despojadas de su humanidad. Colombia +20 País que Avanza. Disponible en : <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/mujeres-victimas-del-conflicto-en-el-caribe-narran-como-fueron-despojadas-de-su-humanidad-article/>
- Delgado, L. (2019, 26 octubre). Rita Segato: “Hay que demostrar a los hombres que expresar la potencia a través de la violencia es una señal de debilidad”. El Salto. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/feminismos/rita-segato-hay-que-demostrar-hombres-expresar-potencia-violencia-senal-debilidad>
- Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. (2014). Conflicto y salud mental. Las heridas invisibles de la guerra. De Política 160. Disponible en: <https://appsciso.uniandes.edu.co/cpol/dp/home.php?numero=160&ac=Noticias>
- El Espectador. (2021, 20 abril). No cesa el reclutamiento forzado en el país: Defensoría pide redoblar esfuerzos. Disponible en: <https://www.elespectador.com/judicial/no-cesa-el-reclutamiento-forzado-en-el-pais-defensoria-pide-redoblar-esfuerzos-article/>
- El Tiempo. (2014). El drama de los hombres violados en la guerra. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14496395>
- El Universal. (2012). Vuelve la esperanza a San Vicente del Caguán. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/nacional/vuelve-la-esperanza-san-vicente-del-caguan-66124>
- Heredia, X. A. A. (2019). Entretejiendo hilos lesbofeministas: Aproximaciones a las acciones teórico- políticas de ocho lesbofeministas del Abya Yala. Disponible en: <http://memoriadiversidadsexual.blogspot.com.co/2012/03/el-archivo-de-la-memoria-de-la.html>
- Instituto Internacional sobre Raza, Igualdad y Derechos Humanos (Raza e Igualdad), Corporación Caribe Afirmativo, Fundación Arcoíris de Tumaco, & Fundación Afrocolombiana por las Diversidades Sociales y Sexuales (Somos Identidad). (2021, agosto). Nos decían: “tras de negras, maricas” Experiencias e impactos del conflicto armado en personas Afro-LGBT del Sur de Bolívar y el Pacífico Sur Colombiano. Disponible en: <https://caribeafirmativo.lgbt/wp-content/uploads/2021/09/Nos-decian-tras-de-negras-maricas.-Informe-victimas-AfroLGBT-del-conflicto-armado-colombiano.pdf>

- Instituto Internacional sobre Raza, Igualdad y Derechos Humanos (Raza e Igualdad), La odisea de ser mujer afrodescendiente y trans en Colombia. Disponible en: <https://raceandequality.org/es/colombia/la-odisea-de-ser-mujer-afrodescendiente-y-trans-en-colombia/>
- Jurisdicción Especial para la Paz. (Muertes ilegítimamente presentadas como bajas en combate por agentes del Estado. Jep. Disponible en: <https://www.jep.gov.co/Especiales/casos/03.html>
- León, J. D. (2019). Ser líder Lgbti en Colombia, un riesgo. UdeA Noticias. Disponible en: <https://bit.ly/3FbTgXZ>
- Luna, M. (2006). El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia. Sociedad y economía. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99616145006>
- Peñaranda D, (2015). Guerra propia, guerra ajena. Conflictos armados y reconstrucción identitaria en los Andes colombianos. El movimiento armado Quintín Lame. Bogotá: CNMH.
- Quintero, G. (2018). El miedo no se ha ido de El Naya: Entre disidencias de las Farc y Bacrim. Disponible en: <https://semanarural.com/web/articulo/el-naya-violencia-en-valle-y-cauca/583>
- Rutas del Conflicto. (2019). Masacre de Buenos Aires 2001. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/buenos-aires-2001>
- Rutas del Conflicto. (2019). Masacre El Naya. <https://rutasdelconflicto.com>. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/el-naya>
- Rutas del Conflicto. (2019a, octubre 10). Masacre de San Pablo, Enero de 1999. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/node/11410>
- Rutas del Conflicto. (2019a). Masacre de Chengue. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/chengue>
- Rutas del Conflicto. (2019b). Masacre de Buenos Aires 2010. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/buenos-aires-2010>

Rutas del Conflicto. (2019b). Masacre de Cartagena del Chairá 2003. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/cartagena-del-chaira-2003>.

Rutas del Conflicto. (2019e). Masacre de Chigorodó 1992. Disponible en: <https://rutasdelconflicto.com/masacres/chigorodo-1992>

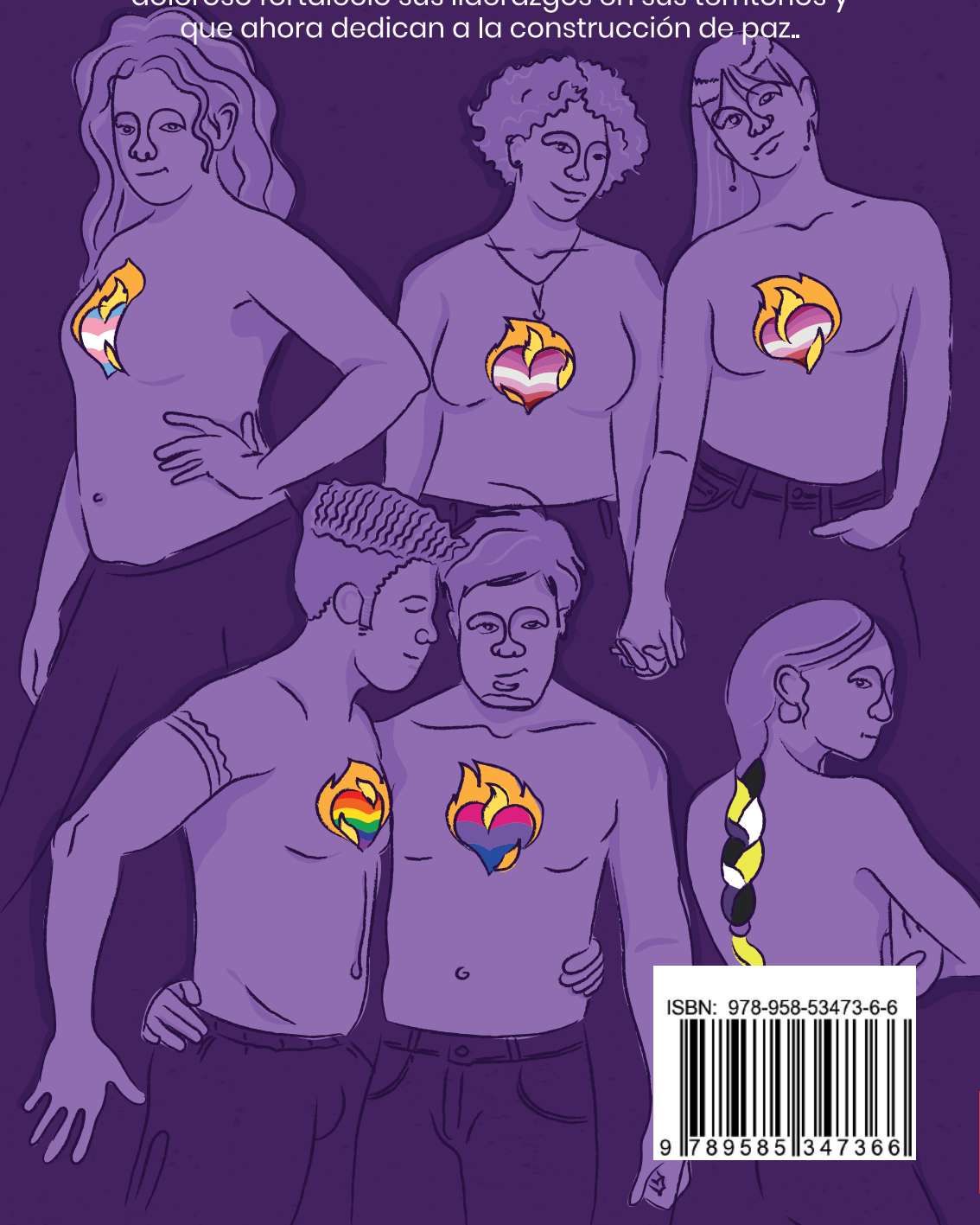
Semana. Conflicto y Salud Mental, las Heridas Invisibles de la Guerra. Disponible en: <https://especiales.semana.com/especiales/conflicto-salud-mental/>

Unidad de Víctimas. (2016) La Mesa LGBT de la Comuna 8. Disponible en: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/la-mesa-lgbt-comuna-8/37227>

Verdad Abierta. (2013). Los Brasiles, un pueblo al que pocos regresaron. Disponible en: <https://verdadabierta.com/los-brasiles-un-pueblo-al-que-pocos-regresaron/>

Verdad Abierta. (2019). Dabeiba, un municipio bajo todos los fuegos. Disponible en: <https://verdadabierta.com/dabeiba-un-municipio-bajo-todos-los-fuegos/>.

Estos relatos son historias vivas de reivindicación, experiencias de vida de personas LGBT atravesadas por el conflicto armado colombiano. Testimonios que surgen desde las voces, luchas y resistencias de quienes desafiaron la heteronorma y cuyo pasado doloroso fortaleció sus liderazgos en sus territorios y que ahora dedican a la construcción de paz...



ISBN: 978-958-53473-6-6

